NOA ALFÉREZ

CADA VEZ QUE *te tengo*

Los hermanos Craven 3

Selecta

Cada vez que te tengo

TRILOGÍA

Hermanos Craven 3

Noa Alférez

Selecta

Prólogo

Aquella oscuridad tan fría e inhumana le era de sobra conocida. Allison se estremeció, como tantas otras veces, y extendió los brazos intentando encontrar algo en mitad de aquella negrura. No supo si el roce que había sentido en su pelo, tan liviano como un soplo de brisa, había sido real, pero giró en redondo para intentar descubrirlo. Nada. De nuevo la nada más absoluta. Creyó escuchar que alguien la llamaba en la distancia, y su corazón se encogió queriendo imaginar que era su voz, esa que llevaba ya cinco largos años sin oír, la que pronunciaba su nombre.

—¿Charles? —preguntó a la oscuridad temiendo y anhelando la respuesta con la misma intensidad—. ¡Charles!

De repente un ligero resplandor empezó a brillar en la lejanía, algo parecido a una pequeña chispa que comienza a crecer recorriendo un leño. Allison echó a correr sin importarle el dolor que sabía que vendría ni los obstáculos que pudieran hacerla tropezar. Sollozó al darse cuenta de que era inútil correr y que la pequeña luz que titilaba en la distancia cada vez resultaba más inalcanzable. Sin previo aviso, el suelo se abrió bajo sus pies y la oscuridad la engulló. Su cuerpo se arqueó esperando el golpe contra el suelo, una sensación que ya conocía. Sintió un latigazo de pánico irracional y a la vez la infinita paz que le proporcionaba saber que el dolor cesaría al fin.

Pero no cesó, sino todo lo contrario.

Su cuerpo se tensó y chocó contra el colchón de su cama, haciendo que recuperase la consciencia, empapada en sudor y con la pierna izquierda palpitando por el malestar. Sintió ganas de gritar, pero se limitó a golpear la almohada y a gemir con la cara enterrada en ella. Con esfuerzo, y ayudándose de las manos, bajó la pierna izquierda hasta que el contacto con el suelo helado despertó los músculos entumecidos y pudo levantarse despacio. Necesitaba aire, y apoyada en sus dos bastones, fue hasta la ventana, que abrió con cuidado para no hacer ruido. El aire fresco traspasó la tela del camisón que se aferraba a su cuerpo como una segunda piel por culpa del sudor frío que la recorría. Se estremeció, pero al menos se sintió un poco más viva, y la telaraña que la había envuelto desapareció. El ruido de la música y las carcajadas de los invitados que se empeñaban en prolongar el banquete nupcial de su hermano Nathan y Mónica Blackmoore llegaron hasta ella amortiguados por la distancia. A veces le gustaría poder volver atrás, justo antes del momento en que todo se rompió en pedazos. Anhelaba disfrutar de la vida, reír a carcajadas, ir a una fiesta o dar un paseo sin que eso supusiese un suplicio, y, sobre todo, librarse de aquel manto trágico y solemne que empañaba su vida. Pero, aunque tuviera el poder para cambiar las cosas, ¿qué parte de sí misma podía eliminar? ¿Su amor por Charles, sus planes para ser felices, aquella locura de estar siempre juntos? No, no podía borrar nada de lo vivido porque ese amor desesperado era parte de ella. Solo que ahora se había convertido en una cicatriz más de las muchas que tenía, una que jamás se cerraría. Se apoyó en el alféizar y se inclinó hacia delante queriendo tomar un poco más de aire, y de golpe sus pensamientos se arremolinaron en su cabeza, mareándola. Recordó el impulso, el vacío, lo irremediable de su decisión... Una ráfaga de aire revolvió su pelo y volvió en sí con un respingo, creyendo que había regresado a aquella noche tan oscura en la que su vida cambió. Dio un paso hacia atrás para apartarse de la ventana sin medir las consecuencias y una insoportable punzada de dolor hizo que su pie no pudiera soportar el peso de su cuerpo y cayera sobre la alfombra. Se hizo un ovillo y lloró en silencio, incapaz de levantarse, hasta que el agotamiento la venció.

A muchas millas de distancia, bajo el cielo estrellado de Londres,

otra alma torturada huía de las garras de una pesadilla igual de tortuosa. Aidan Simpson se levantó de la cama empapado en sudor, con el corazón palpitando de manera salvaje, y miró a su alrededor con los ojos desorbitados para comprobar que las sombras que lo rodeaban eran las de su habitación. No sabía si el grito que había desgarrado su garganta había sido real o parte del sueño, y esperó inmóvil unos segundos interminables por si alguien se acercaba a su dormitorio para ver si estaba bien. Solo hubo silencio. Fue hacia la jofaina, se lavó la cara con el agua que contenía, ya fría, y por fin se atrevió a mirar sus manos temblorosas. Con alivio comprobó que lo que las mojaba solo era agua, y no había ni rastro de sangre en ellas.

lectuepub2.com

Capítulo 1

Snowfields. Mayo 1864

Casandra se sentó junto a Allison en una de las sillas de la terraza que daba al jardín, su lugar favorito, aunque claramente se le estaba empezando a quedar pequeña. Se acomodó como pudo, resopló y se acarició la prominente barriga.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó Allison con una sonrisa no demasiado entusiasta. La noche había sido un verdadero horror y no solo porque se había despertado casi al amanecer acurrucada en el suelo, helada y con el cuerpo entumecido de nuevo, algo que se estaba convirtiendo en una costumbre. Las pesadillas que se entretejían con los recuerdos se hacían más vívidas cada vez, como si fueran un mal presagio, y no podía librarse de esa sensación funesta que le cerraba el estómago.

—Pues muy incómoda. No he dormido apenas y cada vez que como algo parece que tu futuro sobrino lo golpea a patadas para que vuelva a salir. Por lo demás todo bien. ¿Y tú? Estás un poco pálida, Allison. ¿Te duele la pierna?

Allison negó con la cabeza y esquivó su mirada, no quería ser una víctima eterna ni que todos le tuvieran lástima, mucho menos que dejaran de preocuparse por ellos mismos cuando el dolor se hacía más

persistente. Sus heridas eran su penitencia y cada vez era más reacia a compartirla con nadie.

—Cielo, vamos adentro y te aplicaré el ungüento. No puedo hacer muchos milagros, pero...

—Gracias, Cassie. Estoy bien, no te preocupes, no voy a permitir que hagas esfuerzos innecesarios. Mi doncella me lo aplicará más tarde. Jessica es bastante diestra para ello.

Ambas sabían que esos masajes ayudaban a aliviar, al menos un poco, la tirantez de los contraídos músculos de su pierna lesionada, y que la doncella no estaba capacitada para hacerlo. De hecho, Allison no se atrevía a confesar que había relevado de esa labor a la chica que la atendía ya que había visto su gesto de aprensión cuando tenía que tocar las cicatrices y la deformidad de su pierna. No la culpaba, a ella misma le había costado aceptarse y durante meses había tenido que desviar la vista de su extremidad cuando la ayudaban a bañarse o vestirse.

—Ojalá el doctor Simpson dé señales pronto —apuntó Casandra y se arrepintió al instante al ver que el rostro de Allison se ensombrecía.

Aidan Simpson, un prestigioso doctor que había sido ayudante de su difunto padre y con el que Casandra había compartido correspondencia durante años, había prometido tener en cuenta el caso de Allison y tratarla para paliar su dolor en la medida de lo posible. Los Craven habían viajado hasta Londres a finales del verano anterior para que pudiera valorar su caso y él se había comprometido a convertirse en su médico cuando volviera del continente luego de un viaje de trabajo.

Allison suspiró. Habían pasado tantas cosas en ese tiempo que le parecía que habían transcurrido varios años. Sus dos hermanos se habían casado, y Leonard y Casandra estaban a punto de ser padres. Su vida, en cambio, seguía igual, como si el tiempo se hubiera congelado en aquel bucle donde cada día era idéntico al anterior, y lo único que variaba era la escala del dolor que padecía, que viraba de tolerable a insoportable.

—Hace casi ocho meses que estuvimos en Londres, si mis cálculos no fallan. Salvo una escueta carta el otoño pasado, no ha vuelto a decir nada más. —Allison no pudo evitar que un ligero rencor tiñera sus palabras—. Supongo que no resultará interesante tratar a una

paciente cuyas heridas no tienen solución.

—Eso no lo sabes, Allison.

Ella miró hacia el jardín dando el tema por zanjado, y su cuñada supo que no quería seguir hablando. Había pasado demasiado tiempo encerrada tanto física como mentalmente, apartándose de un mundo que le resultaba demasiado duro tras perder al hombre que amaba. Allison se había autoimpuesto una vida llena de restricciones y soledad, a las que se le unían las propias de su pierna herida y su falta de movilidad, prohibiéndose a sí misma la posibilidad de disfrutar de cualquier cosa que pudiera aportarle un mínimo de felicidad. Charles se había ido y ella se sentía culpable por seguir viva, y ese sentimiento la torturaba hasta el punto de haber limitado, durante años, su actividad a sentarse día tras día en su habitación y observar por las cortinas entreabiertas el mismo paisaje, un camino por el que sabía que su amor ya no volvería a transitar. Había dejado de hacer cualquier cosa que le gustase, y durante cinco largos años no se había permitido disfrutar del aire libre, de la comida ni de una conversación, regocijándose perversamente de su propio castigo. Y del efecto que tenía en los demás. Hasta que su ahora cuñada, Casandra, hermana de Charles, había irrumpido en su vida abriendo las ventanas (de manera literal, además), ayudándola a recuperarse tanto física como emocionalmente, obligándola a salir de su letargo y a aceptar que aquella noche aciaga ella no había muerto. Era consciente de que todavía le quedaba un largo camino que recorrer, pero ya había dado los primeros pasos, los más difíciles. Por eso, cuando le hablaron del doctor Simpson se aferró, en secreto, a esa migaja de esperanza. No lo admitiría en voz alta, por supuesto, prefería mantener su fachada hermética, hastiada y enfadada con el mundo. Era más seguro no aspirar a llevar una vida normal; su pierna estaba demasiado maltrecha para poder soñar siquiera con caminar sin sufrir, y las heridas de su corazón eran, si cabe, mucho más dolorosas. Cuando se precipitó por la ventana de su habitación ella no murió, pero la esperanza de ser feliz sí lo hizo. Era difícil cambiar el rumbo de su existencia cuando se sentía atada y asfixiada. Había supuesto una verdadera lucha aceptar la ayuda de los demás, y ya que lo estaba consiguiendo, apareció ese tal Simpson y la trató como si no fuera más que una chiquilla consentida, sugiriendo que quizá podría ayudarla.

Quizá. Pero ¿cuándo?

—El doctor Simpson ha estado de viaje durante varios meses, puede que haya tenido asuntos que atender o incluso otros pacientes prioritarios que... —Allison resopló sin poder evitarlo, y Casandra se mordió el labio sabiendo que había vuelto a hacer un comentario desacertado—. Se ha estado formando con médicos prestigiosos, doctores que se decidan a investigar y no solo a mandar remedios para las hemorroides y los resfriados.

Allison soltó una carcajada al fin y Casandra dejó escapar el aire que retenía. Oír ese sonido tan poco habitual era como ver un arcoíris.

—Si hay alguien que puede ayudarte es él y te aseguro que no nos dejará en la estacada —continuó, intentando que la joven no se desanimara y rezando por no estar equivocada. Le había costado mucho esfuerzo conseguir que Allison se abriera a la vida y era consciente de que con la llegada al mundo de su hijo no podría dedicarle todo el tiempo que le gustaría.

—Seguro que sí —concedió, no porque estuviese de acuerdo, sino para que se borrara del rostro de Casandra esa expresión de culpabilidad. Después de todo, ella no era responsable de que Simpson se hubiese olvidado de su existencia.

Capítulo 2

El estruendo de los pasos a la carrera en el piso de arriba resonó tan fuerte que Aidan pensó que la lámpara de su despacho caería sobre su cabeza e, instintivamente, miró hacia el techo. Volvió a coger la pluma para hacer una anotación en el papel que tenía delante y la clavó con fuerza sobresaltado al escuchar un grito agudo que estuvo a punto de romper los cristales de las ventanas. Los pasos apresurados volvieron a retumbar con intensidad, esta vez bajando las escaleras que daban al recibidor, e inmediatamente les siguió el estallido de un objeto de cristal haciéndose añicos. La voz de su hermana sonó amortiguada y dedujo que estaba intentado tranquilizar a las tres fieras que habían puesto su casa patas arriba desde que se habían instalado en la mansión familiar. Prefirió no investigar qué habían roto para no desconcentrarse, y cogió una hoja limpia para reanudar su trabajo, pero antes de que pudiera empezar a escribir de nuevo, unos suaves golpes lo interrumpieron. La tinta goteó sobre el papel, arruinándolo, y tras mascullar una maldición, dio permiso para entrar. Sonrió sin mucha convicción al ver aparecer la cara de su hermana, y con un gesto de la mano la instó a pasar.

—Venga, chicos —dijo ella, apartándose de la puerta para que sus tres hijos pasaran también—. Creo que le debéis una disculpa al tío Aidan.

Los tres niños entraron en el despacho, ordenados de mayor a menor, con cara de no haber roto un plato en su vida, y se colocaron frente a su mesa sin saber muy bien cómo empezar.

—¿Y bien? —preguntó el doctor con las manos entrelazadas sobre la mesa y su expresión más severa—. ¿Quién empieza?

Albert, el mediano, le dio un codazo a Brian, su hermano mayor —que ya era un hombrecito de diez años—, para que hablara, pero este le devolvió el golpe con un manotazo en el brazo. René, el más pequeño de los tres y que apenas tenía seis años, bufó y puso los ojos en blanco. Tenía demasiadas cosas que investigar, en aquella enorme casa que todavía no conocían del todo, como para perder el tiempo allí.

—Niños... —insistió su madre, cruzándose de brazos.

—Lo sentimos —susurró Brian sin mucho convencimiento.

—Ha sido Al —confesó el más pequeño ganándose una colleja de su hermano.

—Acusica. ¿Sabes lo que les pasa a los chivatos en la cárcel? —le recriminó su hermano con los dientes apretados.

—Chicos, por el momento hacer ruido y romper un jarrón no es motivo para ir a prisión, pero... —Los tres contuvieron la respiración mientras Aidan los observaba con el ceño fruncido—. Tendréis que pagar los desperfectos. Una cortina descolgada, un saco de harina echado a perder tras haberlo mojado y lo que sea que habéis roto ahora. —Brian levantó un dedo intentando explicar que el asunto de la harina fue sin querer, pero su tío no se lo permitió—. Ayudareis a limpiar las cuadras y el jardín durante una semana.

Los tres empezaron a discutir entre ellos disputándose las posibles tareas hasta que su madre los despachó y los mandó a la biblioteca para que continuaran con los ejercicios que el tutor les había pedido y que ellos habían dejado a medias. Se giró hacia el escritorio y se pasó los dedos por la frente, apesadumbrada.

—Lo siento, hermano. Sé lo importante que es para ti la tesis en la que estás trabajando, y no me perdonaría que ellos te retrasen en tus avances. Intentaré ser más severa.

—No te preocupes, Gina. En los últimos meses sus vidas se han vuelto patas arriba, y en sus actos no hay maldad, solo inquietud y curiosidad. Estaría más preocupado si se pasasen el día sentados y en

silencio.

—Jamás podré pagarte todo lo que estás haciendo por nosotros. —Sus ojos se humedecieron y bajó la vista hacia la alfombra de Damasco. Aidan se levantó para llegar hasta ella y puso las manos sobre sus hombros.

—Sois mi familia y esta también es vuestra casa. —El doctor se tragó el nudo de su garganta; él también sabía lo que significaba quedarse solo y no pensaba dejar a los suyos en la estacada. Movió la cabeza intentando alejar los pensamientos aciagos de su mente y le dedicó una sonrisa triste a su hermana.

—Lo sé, pero creo que si no tenemos mano firme con ellos se nos subirán a las barbas.

—Tranquila, después de almorzar tendré una charla con los tres, de hombre a hombres. Además, un par de días limpiando el estiércol de los caballos amansa el carácter de cualquiera, ya lo verás.

El sonido de los gritos de sus sobrinos llegó hasta ellos, y Gina se disculpó con una sonrisa, debía marcharse para detener la nueva trifulca en ciernes o podrían destrozar algo más.

—Eso espero, mientras tanto creo que me los llevaré al parque para dejarte trabajar.

Aidan asintió y volvió a su escritorio. Se reclinó en su sillón y se pasó las manos por el pelo. Había perdido por completo el hilo de sus pensamientos y no se lo podía permitir, pero tenía que asumir que con esos ruidosos diablillos correteando por allí no sería fácil recuperarlo. Tenía que ser un poco más estricto con ellos o acabaría malcriándolos; sin embargo, no quería ser demasiado duro. El esposo de Gina había fallecido hacía menos de un año y sus suegros se habían apresurado a dejarle claro que eran demasiadas bocas que alimentar, a pesar de que gozaban de una buena posición económica.

Aidan les había abierto las puertas de la casa que había heredado de su padre, aunque hacía tiempo que se había acostumbrado a su confortable soledad, especialmente tras volver de su viaje de varios meses por el continente. Estaba ansioso por plasmar en la tesis en la que estaba trabajando todos los conocimientos adquiridos, tanto que incluso había postergado el compromiso que había adquirido con los Craven. Miró el papel en blanco que tenía frente a él, y de repente los sonidos domésticos e incluso los ruidos que entraban de la calle le

resultaron atronadores y molestos.

Quizá en su despacho de la universidad encontrase la calma que necesitaba. Convencido de que sería así se dirigió hacia allí con su carpeta llena de anotaciones y entró con paso firme intentando pasar desapercibido y esquivar a sus colegas para no demorarse en saludos interminables. Al llegar al despacho cerró la puerta, resopló como si hubiera sido capaz de traspasar las líneas enemigas y procedió a sentarse en su mesa. Apenas había escrito unas líneas cuando la puerta se abrió con estrépito.

—Buenos días, Simpson —lo saludó el profesor con el que compartía el despacho. Se consideraba afortunado ya que casi nunca pasaba por allí más que para recoger algunos informes o libros pero precisamente ese día no iba solo.

—Buenos días, Roger. ¿Todo bien? —correspondió con sequedad.

—Todo correcto —contestó con una sonrisa bobalicona que a Aidan siempre lo sacaba de quicio—. Disculpa, pero no sabía que vendrías hoy y he citado a uno de mis alumnos, espero que no te importe.

Aidan negó con la cabeza mientras el chico se acercaba y le tendía una mano con efusividad.

—Doctor Simpson, soy John Lyss. He leído algunos de sus trabajos y he de decir que le admiro. Quizá algún día podamos comentarlos.

—Seguro que sí, señor Lyss. Será un placer.

Aidan dio por zanjada la conversación sin importarle ser descortés, e intentó concentrarse en lo que tenía entre manos, pero la conversación de Roger y su alumno, que no se molestaron en bajar la voz, acabó de minar su paciencia. Cogió un puñado de papeles y su estuche de escritura y se marchó a la biblioteca con la esperanza de encontrar el sosiego necesario para intentar escribir al menos un par de líneas. Se sentó cerca de una de las ventanas de la estancia y respiró profundamente para recolocar sus ideas. A los pocos minutos, unos obreros entraron cargados con una escalera y comenzaron a picar una de las paredes para eliminar unas manchas de humedad. El destino parecía confabularse contra él y estaba empezando a barajar la idea de alquilar un barco y fondearlo en mitad del Támesis para conseguir un poco de paz. Resopló y se pasó las manos por el pelo mientras los martillos repiqueteaban rítmicamente junto a él.

Frustrado y agotado, recogió el tomo de papeles que había tomado sin ton ni son y observó cómo uno de ellos se escapaba del resto y caía al suelo tras hacer un zigzag en el aire. Se agachó para coger la hoja y el nombre escrito en letra inclinada llamó su atención de inmediato, agitando su conciencia. «Allison Craven». Repasó por encima las notas que había tomado meses atrás y se preguntó por qué no había acudido todavía a la mansión de los Craven para comenzar a tratar a la joven. Había postergado el momento para poder concentrarse en su tesis en cuerpo y alma, pero ante el bloqueo mental que no lo dejaba trabajar, puede que hubiera llegado la hora de cambiar las prioridades.

No quería reconocer que investigar y escribir eran un terreno amable, una especie de salvavidas, que las dudas seguían carcomiendo su templanza y que a menudo sus manos temblaban cuando más precisión se les exigía.

El hecho de que no tenía claro que las lesiones de la joven pudieran mejorar había influido también en su falta de interés, pero siendo sinceros, sus gastos, con la presencia de su hermana y sus sobrinos en casa, se habían multiplicado exponencialmente; y a pesar de que la herencia de los Simpson era bastante generosa, no le vendrían mal unos ingresos extras.

Salió del edificio de la universidad y, sin darse demasiada prisa, se dirigió dando un largo paseo hacia la mansión de los Craven, sin tener muy claro cómo sería recibido después de tantos meses.

Capítulo 3

«Serénate, Aidan. Tú eres la roca, tú eres fuerza, tú siempre ganas». Se repitió mentalmente para infundirse tranquilidad y seguridad en sí mismo, mientras esperaba en la sala de las visitas de la mansión de los Craven. Estaba acostumbrado a tratar con gente como el vizconde, caballeros altaneros que camuflaban con amabilidad su soberbia y la idea de que estaban muy por encima de un simple galeno.

Si bien su familia no ostentaba ningún título nobiliario, Aidan provenía de una estirpe de abogados que habían trabajado para lo más granado de la alta sociedad y habían amasado una fortuna más que considerable. Para su padre había sido una decepción que su vocación lo empujase hacia la medicina, aunque terminó por aceptarlo cuando su prestigio fue en alza a pesar de su juventud. De eso parecía hacer mil años. A sus treinta y tres años, Aidan había conseguido ser respetado por su constancia y su fe en el progreso, y sus clases eran las más solicitadas por los alumnos, aunque llevase mucho tiempo sin tratar a un paciente. Lo había intentado, Dios sabía que sí, pero su mente se bloqueaba en cuanto regresaban las imágenes que lo desencadenaron todo.

—Doctor Simpson, no esperaba su visita —dijo el vizconde de Richter, nada más entrar, tendiéndole la mano.

Aidan la estrechó con fuerza intentando no pensar que el

comentario llevaba una pulla implícita. Su hermana siempre le decía que era muy mal pensado y que tenía que aprender a buscar el lado amable de la gente. La única pega era que Gina no sabía que algunos no tenían un lado bueno.

—He estado ocupado tratando a algunos pacientes, y con mi estudio sobre... Bueno, no quiero aburrirlo, milord —se interrumpió al ver que Nathan se metía las manos en los bolsillos y se balanceaba ligeramente sobre sus talones con impaciencia—. Creo que las prácticas que he realizado durante mi viaje al continente pueden ser de utilidad para el tratamiento de las dolencias de su hermana. Si le parece bien podría examinarla de nuevo.

—Me temo que eso no va a ser posible. Allison se ha trasladado al campo, a Snowfields, su residencia habitual. Mi hermano Leonard y Casandra la acompañan, aunque mi cuñada no puede seguir tratándola debido a su estado.

—¿Está enferma?

—No, embarazada.

—Oh, sí. Escuché que se había casado con su hermano.

—Sí, yo también me he casado recientemente. De hecho, mi esposa y yo llegamos a Londres hace tan solo unos días, y nos marcharemos próximamente para iniciar nuestra luna de miel.

—Permítame que le dé la enhorabuena, milord. Veo que en su familia se suceden las buenas noticias.

—Gracias. —Nathan sonrió, pero Aidan notó su incomodidad—. Verá, doctor Simpson. No sé cuáles son sus intenciones viniendo hasta aquí. Mi hermana no es una mujer frágil, ahora estoy empezando a entenderlo. Pero sí está en una situación vulnerable. Si quiere ayudarla tendrá que implicarse al cien por cien. Ya le comenté que no solo nos preocupa su pierna, también su estado de ánimo, sus ganas de vivir. Si no cree que pueda dedicarse en cuerpo y alma a ella es mejor que no lo intente. ¿Me comprende?

Aidan asintió, aunque no tenía demasiado claro lo que le estaba pidiendo.

—Allison no se encuentra cómoda en la ciudad. Estoy seguro de que no le favorecería tener que desplazarse hasta aquí para recibir sus cuidados.

—¿A dónde quiere usted llegar, milord?

Nathan guardó silencio unos segundos y se dirigió hacia la mesa de los licores que se encontraba en el otro extremo de la habitación, con el fin de ganar un poco de tiempo y ordenar su discurso. Había pensado durante mucho tiempo sobre la mejor forma de ayudar a su hermana; y ahora que Simpson parecía querer implicarse en ello, pensaba apurar hasta la última opción.

—Discúlpeme, no le he ofrecido nada. ¿Quiere una copa? —Aidan aceptó y tomó asiento en el sillón que Nathan le señaló. El vizconde le tendió un brandy y, tras ubicarse frente a él, lo observó unos segundos mientras agitaba muy despacio el vaso que sostenía entre los dedos, con la clara intención de ponerlo nervioso—. Verá, doctor, He perdido la cuenta de cuántos médicos han visitado a mi hermana vendiéndose como la solución que necesitábamos, y ¿sabe lo que han conseguido? Nada. Ni una sola mejoría, ni un ápice de alivio a su dolor. Algunos se marcharon y a otros hubo que echarlos. Pero con cada fracaso añadieron una pequeña piedrecita a la mochila que Allison carga sobre su espalda. No dudo de su capacidad, pero entenderé que sus obligaciones aquí le impidan hacerse cargo de un caso tan complejo.

—A decir verdad, en estos momentos estoy preparando una tesis que quiero presentar ante mis colegas y que puede suponer cambios fundamentales en los protocolos de las intervenciones quirúrgicas. No puedo desplazarme a Snowfields cada vez que tenga que ver a su hermana. ¿Cuánto se tarda en llegar hasta allí? ¿Un día de viaje?

—En realidad un poco más. —El vizconde se puso de pie dando la conversación por zanjada. La expresión de su cara daba a entender que sabía que esa sería su respuesta. Su mirada de condescendencia encendió el ánimo de Aidan, que deseó estamparle el puño en la nariz —. Le agradezco su sinceridad, doctor. Así ninguno perderemos el tiempo. ¿No le parece? Mucho éxito con su tesis.

Aidan se levantó sin poder evitar sentirse un poco insultado. El vizconde le había hablado con franqueza, pero también con prepotencia, dando por sentado que él no se implicaría en cuerpo y alma en un caso tan complicado como el de Allison. No era un médico novato recién salido de la universidad, era el puñetero doctor Simpson, y la gente se cuadraba a su paso. Aunque más veces de las que desearía, también se giraban para cuchichear y recordar sus pecados.

—No me he negado aún, lord Richter. Solo le expongo lo inconveniente de la situación.

—Los inconvenientes solo son circunstancias que se pueden solucionar. Sé que usted es muy bueno en lo que hace, puede que uno de los mejores, doctor Simpson, pero no puedo permitir que le dé esperanzas a mi hermana y luego la deje en la estacada.

—Sería muy aventurado garantizarle que va a mejorar antes de comenzar a tratarla. Sus secuelas son graves, ni siquiera sé si podré hacer algo para aliviarla.

—Me basta con que me dé su palabra de que va a poner todo de su parte para hacerlo, y yo pondré todo de mi parte para compensarlo. Verá, Simpson, quizá Allison necesite una ayuda más constante y no solo un par de consultas esporádicas. Podría alojarse en Richter Manor el tiempo que necesite, mi madre ha comenzado a preparar su *tournée* veraniega por las casas de sus amigos. Se marcha a Bath, algo que a Allison le vendrá muy bien ya que no son demasiado compatibles, y no interferirá en su trabajo. Mi hermano y mi cuñada lo ayudarán en lo que necesite. Si lo prefiere hay una casa de invitados junto a la mansión con todo lo que pueda necesitar, en caso de querer un poco más de privacidad.

La cabeza de Aidan comenzó a trabajar a toda velocidad. Puede que le viniera bien esa especie de retiro. Siendo sincero consigo mismo, hacía tiempo que no se encontraba a gusto en su propia piel, y el largo y agotador viaje por Europa solo había potenciado la sensación de no pertenecer a ninguna parte. Había resultado fructífero, no cabía duda, y las experiencias y datos recopilados eran justo lo que había ido a buscar, pero a la vuelta todo era exactamente igual que antes de marcharse. Durante años había estado tan ocupado asistiendo a conferencias, tertulias y consultas que no había tenido tiempo de curarse a sí mismo. Puede que huir hacia delante ya no fuera una opción.

Marcharse a la apacible propiedad en el campo de los Craven le brindaba la oportunidad de afrontar un caso como el de Allison, y la verdad era que echaba de menos la satisfacción que sentía al ir encajando las piezas, dar con un diagnóstico certero y avanzar poco a poco hasta llegar a curar a un paciente. Era una de las mayores satisfacciones que había experimentado en la vida. Y de paso,

conseguía la paz que necesitaba para concentrarse en su tesis y poder presentarla en la universidad ante sus colegas y recuperar así el prestigio que se había empañado unos años antes. Paz, hacía mucho tiempo que no se atrevía a soñar con ella.

—Lo haré —dijo con voz solemne antes de que su cerebro terminase de hilar todas las posibilidades.

El vizconde sonrió, pero su mirada no reflejaba alegría ni ningún otro sentimiento positivo. Su expresión afilada era una advertencia, y Aidan conocía de sobra a los tipos como él. No le cupo ninguna duda de que, si fracasaba, el vizconde de Richter lo pisaría con la puntera de su bota igual que haría con una cucaracha. Y puede que por una u otra causa se lo mereciera.

Capítulo 4

Aidan se había sorprendido al ver la casita de invitados de Richter Manor, que era casi tan grande y bien equipada como la suya propia. Se trataba de una edificación de dos plantas que parecía una copia de la vivienda principal, pero un poco más pequeña, y que se situaba a unos metros de la mansión semioculta por un grupo de olmos.

—Cuidado con eso —les pidió de mal humor a los lacayos que bajaban su equipaje del carruaje, al ver que dejaban caer un gran baúl en el suelo, sin miramientos. Ellos le pidieron disculpas y él acarició la pesada caja forrada de cuero de color marrón, para asegurarse de que no había sufrido daños.

Decidido a hacer su trabajo de la manera más eficaz posible, en cuanto se aseó se dirigió a visitar a su paciente. De repente le parecía que no tenía ni un minuto que perder. Al entrar en la mansión, Leonard Craven apareció en el recibidor para actuar como el más perfecto de los anfitriones aunque era más que palpable que no le caía bien. Leonard le tendió la mano y se la apretó con más fuerza de la necesaria dándole la bienvenida, pero no se privó de echarle en cara que apenas les habían avisado con la suficiente antelación para prepararlo todo.

Aidan no necesitaba demasiado. Una mesa donde escribir, un lecho cómodo para dormir y que no le llevaran la contraria en sus

diagnósticos. Aunque teniendo en cuenta la soberbia que parecía anidar en todos los Craven, aquello parecía poco probable. Leonard ni siquiera se molestó en acompañarlo a la habitación de Allison, como si su presencia le resultase tan insoportable que no fuese capaz de permanecer en su compañía más de un minuto, y le encargó la tarea a la señora Marsh, el ama de llaves.

Llamó con suavidad a la puerta de la habitación de Allison, situada en la planta baja, y esperó durante lo que parecieron unos segundos interminables, mientras escuchaba el susurro de un par de voces femeninas discutiendo. Al final la puerta se abrió y apareció la sonrisa de Casandra Craven dándole la bienvenida.

—Buenas tardes, doctor. Me alegra mucho que se haya animado a venir. —Aidan estrechó su mano, pero percibió la tensión en sus gestos a pesar de su encomiable esfuerzo por disimularla—. ¿Ha tenido un buen viaje? Espero que todo esté a su gusto; si necesita cualquier cosa hágamelo saber, tanto Leo como yo estaremos encantados de ayudarlo.

Tras su efusiva bienvenida, Casandra se dio cuenta de que estaba bloqueando la puerta y se apartó para dejarlo pasar.

—Permítame darle mi enhorabuena por su boda y su futura maternidad. —Ella asintió sonrojándose y se llevó la mano a la tripa en un acto reflejo—. Y no se preocupe por mí, todo está perfecto.

—Gracias, doctor.

La vista de Simpson se desvió hacia la figura que se mantenía obstinadamente de espaldas a él, recortada contra la luz que entraba por las cristaleras que daban al jardín. El pelo rubio caía en una cascada infinita por la espalda de la joven y su vestido blanco y etéreo le daba el aspecto de un hada del bosque. Miró a su alrededor intentando apartar la vista de Allison Craven, que por lo que parecía, no era demasiado proclive a darle la bienvenida. La habitación, a pesar de ser bastante grande, era muy acogedora. Tras un enorme biombo blanco estaban la cama, el tocador y el armario; y en el otro extremo, una mesa con utensilios de dibujo. Junto a la ventana se encontraba la butaca donde Allison pasaba la mayor parte de su tiempo y una mesita más pequeña donde había varios botecitos de cristal además de un servicio de té. Todo el mundo de Allison parecía concentrarse en aquella luminosa estancia, y a pesar de resultar

práctico también resultaba triste.

—Allison, querida. —Casandra carraspeó, visiblemente incómoda por el desplante de su cuñada—. El doctor Simpson está aquí.

La aludida comenzó a girarse muy despacio hasta clavar sus impresionantes ojos azules sobre él, que, de no haber estado tan curtido a la hora de tratar pacientes irascibles, se habría sentido intimidado.

—Bienvenido, doctor. Lamento que se haya molestado, si alguien me hubiera preguntado mi opinión habría dicho que no era necesaria su presencia.

Aidan no se inmutó por su descortesía y, tras hacerle una brevísima inclinación de cabeza, pidió permiso para acercarse.

—¿Debo suponer que los dolores han cesado, o que ha recuperado por completo la fuerza y la movilidad de su pierna izquierda?

Ella tomó aire con fuerza y sus mejillas se tornaron del color del fuego, pero no por timidez o mortificación, sino por la rabia que bullía dentro de ella.

Era una desconsideración que ese hombre le recordase sus limitaciones, él lo sabía; sin embargo, quería que ella entendiera que no era un caballero en un baile, sino un médico que quería hacer su trabajo, y de paso llevarse una suma considerable por él.

—Ya suponía que no. Siéntese, señorita Craven. Si me permite, vamos a comenzar.

Aidan se situó frente a ella y se quitó la chaqueta, arrepintiéndose de inmediato de haber dejado olvidada en la maleta la bata blanca que usaba en sus consultas. Allison apretó las mandíbulas y se mantuvo inmóvil unos segundos, midiendo al doctor, hasta que se dio por vencida y se sentó con cuidado en el sillón. Su pierna había empezado a palpitar dolorosamente por el esfuerzo de mantenerse en pie, y no servía de nada fingir lo contrario. Ambos se dieron cuenta de que Casandra había dejado escapar un sonoro suspiro, pero fingieron que no había pasado.

Con calma, se levantó las mangas de la camisa y se arrodilló frente a ella.

—¿Me permite? —preguntó él con tirantez.

Allison apretó los labios en una fina línea furiosa, pero acabó asintiendo con la intención de terminar con aquello de una vez. Pensó

que el doctor se limitaría a palpar un poco su pierna para hacerse una idea de si la lesión había variado en esos meses; sin embargo, para su sorpresa, comenzó a masajear con intensidad sus doloridos músculos. Cuando ella pensó que ya no podría aguantar ni un minuto más sin emitir un gemido de dolor, él volvió a colocar sus faldas en su lugar y se levantó volviendo a abrocharse las mangas con parsimonia.

Sus ojos se clavaron en los frascos de cristal que había dispersos sobre la mesita, y sin pedir permiso comenzó a abrirlos y a acercárselos a la nariz para averiguar su contenido. Pudo reconocer el aceite medicinal y las hierbas aromáticas de los ungüentos que Casandra preparaba para la inflamación de la pierna y que él mismo había usado más de una vez con pacientes con dolencias similares, sobre todo en sus primeros años como médico. Al abrir un frasquito de color marrón oscuro pudo ver por el rabillo del ojo que Allison se tensaba aún más. El inconfundible olor intenso y profundo del láudano llegó a sus fosas nasales y alejó el frasco rápidamente. Miró a Allison de una manera tan intensa que ella pensó que la fundiría en el asiento si no parpadeaba de una vez.

—¿Cada cuánto tiempo lo toma?

—Cuando lo necesito —respondió ella a la defensiva.

—Y eso ¿cuándo es? —insistió el doctor.

—Cuando el dolor es tan fuerte que me arrancaría la piel yo misma, o cuando las noches se hacen tan insoportables que no hallo consuelo ni dormida ni despierta, o cuando la vida es tan insoportable que respirar es una tortura. —Allison se arrepintió de la amargura que había dejado traslucir. Había hablado con rabia, como si él fuese el culpable de su dolor. Su mirada fría y su porte impasible la sacaban de sus casillas. Daba la impresión de estar por encima del bien y del mal. Puede que los años lo hubieran vuelto inmune al dolor de los demás, pero no tenía derecho a hacerla sentir como un vulgar objeto de porcelana del que pretendiera unir las piezas rotas.

—De ahora en adelante yo le prescribiré lo que debe o no debe tomar. Nada de láudano sin mi autorización.

Aidan se metió el botecito en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se detuvo para dirigirle una última mirada a Casandra, que había permanecido en segundo plano como una mera espectadora todo el tiempo.

—Por la mañana empezaremos con el tratamiento. Agradecería que estuviera presente... por el bien del decoro.

Casandra asintió, pero él ya había abandonado la estancia sin esperar su respuesta.

—¿Quién demonios se cree que es para tocar mis cosas? —gritó Allison mientras golpeaba con furia los reposabrazos de su asiento.

—Es tu médico, Allison. Estoy segura de que todo lo que haga será con la intención de ayudarte.

—Salta a la vista que no le caigo bien. ¿Has visto cómo me miraba? Creo que su intención es la de volverme loca. ¿Por qué si no iba a arrebatarme lo único que me alivia el dolor?

—¿Y por qué razón querría hacerte sufrir?

—Porque es un sádico. Qué sé yo.

Casandra soltó una pequeña carcajada a pesar de que su cuñada parecía a punto de entrar en erupción y echar fuego por la boca.

—Dale un poco de tiempo, y piensa que quizá sea buena idea poner todo de tu parte. Cuanto antes mejores, antes se marchará.

—Estás muy segura de que mejoraré gracias a él, yo no lo estoy tanto.

—Pues yo sí. Y cambiando de tema, ¿sabes lo que sería una buena idea en este momento? Olvidar el berrinche con un buen trozo de bizcocho. Llamaré a tu doncella.

Allison siguió rezongando, aunque ya nadie le prestaba atención. No sabía si iba a mejorar su salud, pero desde luego su buen humor, mientras ese hombre estuviera cerca, solo podía empeorar.

Capítulo 5

Tal y como había prometido, a la mañana siguiente Aidan Simpson se presentó en la habitación de su paciente con su pulcra bata blanca y su carácter agrio, para cumplir con su labor. Casandra había ido a visitar a su tía Meredith y había delegado en Jessica, la doncella, el papel de guardiana del decoro. La joven era bastante débil de carácter, se mareaba cuando alguien se hacía un cortecito en la cocina, y si algún conocido enfermaba ella empezaba a notar los mismos síntomas. Con Allison no le pasaba exactamente eso, pero cada vello de su cuerpo se erizaba y los dedos de sus pies se encogían cuando veía sus cicatrices. Y eso que podía considerarse afortunada por no tener que aplicarle los ungüentos que preparaba la señora Casandra; cada vez que lo hacía no podía librarse del hormigueo de sus manos en todo el día. Allison era consciente de la repulsión que le causaba y se sentía tan humillada por ello que fingía no notarlo, tanto que procuraba que la muchacha no tuviera que ayudarla con sus medias ni con nada que tuviera que ver con esa parte de su cuerpo. Esa misma mañana había luchado con la prenda antes de que Simpson llegara, para poder desprenderse de ella, bastante tenía con tener que hacer semejante esfuerzo como para tener que soportar su mirada de censura por su poca destreza, o lo que era peor, su lástima.

El doctor comenzó a extender el aceite sobre la pierna de Allison

primero con suavidad, calentándolo para que su aroma la reconfortara y sus propiedades empezaran a hacer efecto. Con cada pasada sobre la piel aumentaba la intensidad y variaba la presión de sus dedos jugando con los músculos y tendones. Lo que en verdad le preocupaba era la falta de movilidad del tobillo y la deformidad del hueso en esa parte, que resultaba evidente al presionar la zona. Probablemente el hueso había soldado mal y los dolores que Allison sufría por esa causa debían ser insoportables. Con suaves pero firmes movimientos comenzó a mover con ligereza el pie de Allison, masajeándolo, pero llevaba demasiado tiempo inmóvil. Aquello iba a requerir mucha dedicación y aun así sería difícil su recuperación. Continuó tensionándolo con suavidad, intentando ganar aunque fuera un milímetro a la rigidez. Con un gesto controlado lo hizo crujir y un pequeño grito lo sacó de su concentración. Estaba tan abstraído como un músico tocando un instrumento y no se había percatado hasta levantar la cabeza de que Allison no había sido quien había emitido el sonido, sino la doncella. La chica parecía un polluelo asustado, encogida en la silla y con la cara contraída por un dolor que ni siquiera podía imaginar. Aidan intentó volver a concentrarse en lo que estaba haciendo, pero ya solo era capaz de escuchar los pequeños hipidos de la chica, sus gemidos ahogados y sus resoplidos. Se puso de pie en toda su envergadura y colocó los brazos en jarras para intimidarla. La doncella se llevó al pecho el pañuelo que apretaba entre las manos, como si estuviera a punto de sufrir una apoplejía.

—¿Cómo se llama, señorita?

—Jessica, señor, doctor... señor doctor.

—Bien, Jessica. El ama de llaves me ha comentado que recolectáis las hierbas para los aceites en vuestro propio huerto. —La joven parpadeó como si le hubiera hablado en un idioma desconocido para ella, y Aidan suspiró, a punto de exasperarse—. Romero, melisa, menta...

Jessica esbozó una sonrisa llena de dientes torcidos y asintió sin saber qué tenía eso que ver con ella. El huerto había sido idea de la señora Casandra, que había traído los esquejes de su propia casa y ella misma se encargaba de su cuidado.

—Quiero que vaya a hacer inventario. —Jessica frunció el ceño, si eso requería un trabajo extra no le haría ninguna gracia—. Vaya a la

despensa, cuente las hierbas que tienen guardadas y reponga las que sean necesarias ¿Podrá hacerlo?

Allison, que observaba la escena con curiosidad, apoyó las manos en el reposabrazos con la intención de levantarse, pero se lo pensó mejor cuando el doctor Simpson se giró hacia ella y la fulminó con la mirada.

—Doctor Simpson, no se ofenda, pero es mi doncella. Usted no tiene ninguna potestad para darle órdenes.

—Bien, pues hágalo usted.

—¿Cómo dice? —preguntó con incredulidad ante su soberbia.

—Ya lo ha oído, señorita Craven. El inventario.

Allison quería gritarle, echarlo a patadas de su habitación y de su casa por su descaro, pero se limitó a indicarle a Jessica, con un gesto de la cabeza, que obedeciera. En el instante en que la chica salió apresurada de la habitación, la contención de Allison se esfumó.

—¿Quién se cree que es, doctor Simpson? —preguntó echándose hacia delante en cuanto el médico volvió a sentarse en el taburete frente a ella.

—Usted misma lo ha dicho. Soy el doctor Simpson. Puede que usted no valore su tiempo, pero el mío es oro. Cada minuto que perdemos es un minuto más que nos separa de su recuperación.

—Mi recuperación —bufó ella con sarcasmo—. Para mí eso no es más que una utopía.

—Y puede que ese sea precisamente su problema —aseveró mientras volvía a sujetar el tobillo de Allison para reanudar su exploración—. Yo, a diferencia de usted, sí tengo fe en mí y en mi trabajo. Si no me viera como un enemigo esto sería más llevadero, y sobre todo, más fructífero. Esa es mi única intención.

—Eso no le da derecho a ser un déspota.

—Esa chica no está preparada para acompañarla mientras yo trabajo, por el amor de Dios, estaba a punto de desmayarse. No puedo concentrarme con alguien al lado resoplando y suspirando y...

—Quizá si usted no fuera tan intimidante... —Allison se arrepintió de inmediato, no quería concederle esa pequeña victoria sobre ella.

—¿La intimido?

—No se atribuya ese poder sobre mí, doctor. ¿Sabe qué? Creo que ya he tenido suficiente por hoy. —Allison tironeó de su pierna, pero él

la sujetó con firmeza.

—Yo decido cuándo es suficiente.

Aidan se acercó hacia ella imitando su gesto, hasta que sus narices estuvieron a punto de tocarse y pudieron sentir con claridad el aliento cálido del otro en sus rostros. Ese reto estaba llegando demasiado lejos, especialmente porque la energía que crepitaba entre ellos era demasiado fuerte para ignorarla. Se dio por vencido y con delicadeza colocó el pie de Allison sobre el escabel. Se marchó sin añadir nada más, tan confuso como enfadado consigo mismo.

Aidan declinó la invitación de los Craven para pasar una velada con ellos y prefirió tomar una cena frugal en la soledad de la casa de invitados. No quería implicarse más de lo necesario, su intención era hacer su trabajo hasta el límite de sus posibilidades, aprovechar el tiempo que tuviera libre para escribir su tesis y marcharse, dejando la menor huella posible en la vida de los demás.

Aunque en la actualidad la mayor parte de su actividad se centraba en la investigación y en sus clases en la universidad, no siempre había sido así. Fue un médico como cualquier otro, y los pocos años en los que había sido ayudante del doctor Butler lo habían curtido y le habían hecho conocer la realidad de la gente. Butler tenía una consulta en un pueblucho a mitad de camino entre Snowfields y Londres a la que acudía dos veces en semana, pero pronto comenzó a delegar en Aidan la responsabilidad para centrarse en cuidar a sus pacientes de toda la vida. Él le había enseñado una de las lecciones más valiosas de toda su carrera: «Por insignificantes que nos parezcan los problemas de los demás, para ellos son lo más importante del mundo». Butler le enseñó a ser humilde y a que cada paciente merecía toda su dedicación. Pero a veces, la vanidad nos hace olvidarnos de los principios, y a él le había ganado la batalla más de una vez. Su arrogancia unida a la desesperación le había salido muy cara.

Sumido en la oscuridad de su habitación, se acercó hasta el ventanal desde el que se veía la mansión y dio un trago a su copa, contemplando el cielo nocturno. La luna llena teñía las nubes de un color blanquecino y dificultaba que las estrellas pudiesen

contemplarse. Tal vez otro día tendría más suerte.

Algo al otro lado de la línea de árboles que separaba ambas construcciones llamó su atención. Abrió la ventana para asegurarse de que el reflejo de la luna entre las ramas no lo había engañado y entonces pudo observar con más claridad una forma blanca que avanzaba despacio hasta mezclarse con la oscuridad. Cerró la ventana sabiendo que lo más sensato era meterse en la cama, pero su curiosidad le ganó la batalla; y cuando quiso darse cuenta, ya estaba fuera de la casa.

Avanzó con cautela ya que, aunque la luna iluminaba el camino, no conocía el lugar. Escudriñó la oscuridad hasta que volvió a ver el reflejo perdiéndose por una esquina de la casa y se dirigió hacia allí pisando la hierba para que sus pasos no hicieran ruido. Intuyó que el camino conducía a las caballerizas y se preguntó quién se dirigiría hacia allí a esas horas. Si se trataba de un ladrón quizá fuese más sensato volver sobre sus pasos y avisar a alguien. Pero ¿qué ladrón sería tan insensato para cruzar la propiedad vestido de blanco una noche de luna llena? Con todo el sigilo que pudo, se acercó a las cuadras por uno de los laterales y entonces la vio. Allison se encontraba de pie con la frente apoyada en una de las paredes, recuperando el resuello tras la caminata, enfundada en un camisón blanco y con su larga melena suelta. El corazón de Aidan comenzó a bombear con fuerza sin saber muy bien por qué y todo su cuerpo lo impulsó a llegar hasta ella y ayudarla. Aunque decidió contenerse, ese era su pequeño momento de privacidad y él no era nadie para interrumpirlo; ni siquiera para observarla, pero inexplicablemente sus pies se habían anclado al suelo y la imagen le resultó demasiado fascinante para perdérsela.

Apoyada en sus dos bastones, avanzó arrastrando su pierna izquierda hasta colocarse delante de las dos caballerizas.

—Hola, preciosos. —Su voz sonó melodiosa y dulce, nada que ver con el tono defensivo y casi rabioso que empleaba con él, y sin poder evitarlo se sintió un poco celoso—. No he podido venir antes.

Uno de los caballos dio un pequeño relincho y ella dejó escapar una carcajada cantarina.

—Ya voy, ya voy, Perla. —Allison se acercó con calma hasta su yegua y le dio una zanahoria que sacó del bolsillo—. ¿Cómo está mi

niña preciosa?

Acarició el cuello de su yegua, esa que llevaba tanto tiempo sin poder montar y a la que tanto echaba de menos. Tras unos cuantos mimos más se dirigió hacia el caballo que había junto a ella, un animal magnífico e imponente que resopló feliz al saberse el destinatario de su atención.

—Y tú, campeón. Me han chivado que hoy has estado de paseo con Carl. ¿Te lo has pasado bien? —El animal cabeceó como si quisiera decirle lo feliz que estaba y aceptó la zanahoria que ella le tendió—. ¿Qué tal tu pata?

Aidan vio cómo se agachaba trabajosamente y acariciaba una de las patas del animal. Su hermano Nathan había adquirido al caballo, llamado Nube de tormenta por su pelaje gris oscuro, tras sufrir una aparatosa fractura que le impedía seguir corriendo en las carreras. Su destino era ser sacrificado, algo realmente cruel e incomprensible. Allison se había identificado con el animal, cuya vida había cambiado de un momento a otro, y había iniciado con él un vínculo como el que ya tenía con su yegua. Sus visitas secretas a los establos suponían una verdadera tortura física, pero a la vez eran una cura para el alma. Se dirigió hacia un cajón de madera apostado contra uno de los muros y se sentó allí con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados.

—¿Sabéis qué? —dijo después de unos minutos en los que Aidan barajó la posibilidad de volver por donde había venido. Pero su sentido del deber no le permitía marcharse y dejar a Allison a su suerte, a pesar de que parecía probable que aquellas visitas fuesen muy habituales—. Creo que no os he contado que mis hermanos han ideado para mí un nuevo método de tortura. Como si no tuviera bastante con los insoportables dolores, ese maldito médico de Londres ha surgido de la nada para intentar arreglar mi vida. Es un mandón, ¡si incluso se ha atrevido a darle órdenes a mi doncella! Y lo peor es que me ha quitado el láudano. ¿Cómo se supone que voy a dormir cuando el dolor se haga insoportable? El muy idiota no sabe que mi vida no tiene arreglo. No hay ninguna posibilidad de curarme, ninguna posibilidad de ser feliz.

Uno de los caballos relinchó como si quisiera llevarle la contraria, y ella esbozó una sonrisa en la oscuridad.

—Tienes razón, cuando estoy con vosotros soy feliz. Eh, ¿y si os

trasladáis conmigo a la mansión? Estaríamos muy cómodos los tres, aunque el ama de llaves moriría del disgusto.

Aidan sonrió y se sintió un poco mezquino por espiar las confidencias de la joven, pero de manera ilógica se sentía atrapado, atado por un hilo invisible que no le permitía dar un solo paso. Al cabo de unos minutos en silencio ella se despidió de los animales e inició el tortuoso camino de vuelta a casa. Esta vez tardó mucho más en recorrerlo y tuvo que detenerse en infinidad de ocasiones, y a Simpson le costó un esfuerzo sobrehumano no acortar los pasos que los separaban y cogerla en brazos para aliviarle aquella tortura. Pero ella ya le tenía bastante inquina como para romper cualquier mínima posibilidad de un trato cordial dejándola al descubierto. Respiró aliviado cuando al fin la vio llegar a la mansión y entrar por la terraza enlosada que daba a su habitación. Esa puerta acristalada le daba vía libre para entrar y salir sin ser vista y quizá ese resquicio de libertad le permitía sentirse más viva, y él no era nadie para arrebatárselo.

Aidan volvió a la casa de invitados con una sensación extraña, sintiéndose un intruso en la vida de aquella mujer, que no por ser tranquila era apacible. Se había jurado a sí mismo que jamás se implicaría emocionalmente con ningún paciente, y esta vez no iba a ser diferente, pero se prometió que haría todo lo posible para que su realidad fuese distinta.

Capítulo 6

Allison repiqueteaba con las uñas el reposabrazos de su sillón de manera incansable, aunque hubiera preferido clavarlas y rasgar la oscura piel a tiras. La idea de tener que aguantar la presencia del doctor Simpson ya era de por sí desagradable, pero permanecer allí mientras Casandra y él cuchicheaban como si ella no estuviese en la misma habitación le resultaba desquiciante. Su cuñada se acercó tras unos minutos y con una sonrisa y un esfuerzo considerable se sentó en el taburete bajo que había frente a ella.

—¿Podrías poner el pie sobre el escabel, Allison? Ya sabes que el doctor Simpson necesita que te quites la media para poder tocarte. Jessica no está, pero puedo ayudarte yo.

Allison accedió con una especie de gruñido sin saber muy bien por qué razón le desagradaba tanto que ese hombre estuviera dispuesto a hacer su trabajo.

—Yo lo haré —dijo, frenando a Casandra, que en su avanzado estado de gestación tenía que hacer un esfuerzo considerable para agacharse, aunque a ella también le costó inclinarse sin forzar la pierna.

Cuando hubo terminado, Casandra le cedió su puesto al doctor y se sentó con la espalda muy recta en una silla junto a ellos, para que nadie pudiese recriminar nada en cuanto al decoro se refería.

Simpson se posicionó en el taburete y la miró con expresión neutra. Observó durante unos instantes la pierna de Allison con el ceño fruncido, aunque a decir verdad esa expresión concentrada parecía acompañarlo de manera perpetua y las arrugas entre sus oscuras cejas eran ya un rasgo más de su cara, que sin embargo no le restaban ni un ápice de atractivo. Allison lo vio coger uno de los botecitos, el que contenía aceite con una mezcla especial de hierbas con propiedades antiinflamatorias que preparaba Casandra. Se vertió unas gotas en la palma de las manos y las frotó para calentarlo. El agradable olor mentolado llegó hasta sus fosas nasales y pareció despejar sus sentidos. Tras unos interminables segundos los dedos de Simpson tocaron su piel, y aunque el contacto era esperado, dio un respingo al sentirlo sobre ella. Sus dedos desnudos comenzaron a palpar su pierna con extrema delicadeza, buscando los dolorosos nudos. Se detuvo sobre uno de ellos para ejercer un poco más de presión y elevó los ojos hacia los suyos calibrando su reacción.

Allison se quedó enganchada a su mirada y por un momento se olvidó de respirar. Había habido otros médicos, muchos, a decir verdad, que la habían tocado con mayor o menor destreza, igual que Simpson lo hacía ahora. A veces venían acompañados de ayudantes inexpertos que la miraban como si fuese un animal disecado al que observar, o incluso tomaban notas mientras hablaban sin ningún pudor de su pie inmóvil o de sus cicatrices, como si a la par de lisiada, fuese ciega, sorda y tonta.

La luz que entraba por las cristaleras incidía directamente sobre el doctor Simpson, y sus ojos, que a menudo se veían oscuros, resplandecieron como el verde de un lago de verano. La realidad se hizo tan evidente para Allison que se tensó todavía más. No se sentía incómoda por un escrutinio al que había sido sometida cien veces, sino por el hombre que lo estaba llevando a cabo. Si Simpson hubiese sido panadero, o maestro o un noble cualquiera en una de tantas fiestas hubiera tenido el mismo efecto sobre ella. Por alguna razón inexplicable la alteraba, se sentía extraña, y no podía tolerar la idea de que él la considerase débil, o consentida o algo peor.

—Su tobillo parece un poco hinchado —apuntó al fin sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Ha forzado la pierna, ha andado más de lo aconsejable o...?

—Es obvio que no —contestó con sequedad, aunque su voz tembló ligeramente al sentirse descubierta. Pero él no podía saber nada sobre sus paseos, nadie lo sabía.

Aidan esbozó una media sonrisa y continuó masajeando la pierna, esta vez apretando los pulgares con más fuerza sobre los doloridos músculos.

—Si sigue tensando la pierna de esta manera me resultará muy difícil ayudarla. Relájese. —Allison se mordió el labio para no decirle que le resultaba imposible hacerlo mientras él clavaba sus dedos de manera dolorosa sobre ella, y lo que era peor, mientras hacía lo mismo con sus inquisitivos ojos.

Aidan deslizó las manos por el tobillo, y al llegar a la pequeña protuberancia más abultada de lo normal, notó con toda claridad que ella se tensaba y daba un respingo. La miró y vio que apretaba los labios con fuerza y una gota de sudor resbalaba por su sien.

—¿Le duele? —Ella negó de manera obstinada y él movió la cabeza, pero continuó con el masaje sin añadir nada más.

Hacía tiempo que Allison se había cansado de las miradas piadosas, de la lástima y la condescendencia de los que la rodeaban. Era evidente que necesitaba ayuda para hacer algunas cosas, muchas en realidad, pero había decidido tragarse el dolor, las quejas, silenciar las pesadillas y los demonios en un intento de ser una persona «normal». Estaba cansada de ser la pobre Allison, la frágil Allison, la inestable Allison. Solo quería ser Allison, sin más. Era consciente de que cambiar la imagen que los demás tenían de ella era una labor complicada, pero lo conseguiría, aunque para eso tuviera que anestesiar sus sentidos.

Simpson volvió a apretar sin previo aviso la zona abultada de su tobillo, y esta vez ella no pudo evitar que un gemido se escapara de su garganta.

—¿Por qué se contiene, señorita Craven? —preguntó el doctor masajeándola con suavidad para aliviar el dolor—. El dolor es incómodo, nunca bienvenido, pero a menudo nos salva la vida. No debemos renegar de su existencia, tenemos que aceptarlo y aprender de él.

Allison tragó saliva mientras se perdía en sus palabras. ¿Qué demonios podría enseñarle su dolor? ¿Que había sido una estúpida?

¿Que había sido una cobarde? Su dolor era el recordatorio constante de lo que había perdido, y sobre todo de su debilidad.

—Necesito conocerla, Allison. Lo siento, pero tengo que saber dónde está el problema —continuó él, mirándola a los ojos con intensidad, buscando hacerla cómplice de lo que estaba haciendo. Volvió a palpar el abultamiento y ella arqueó la espalda sin emitir ningún sonido, conteniéndose hasta más allá de lo humano—. Grite, Allison. Grite. Libérese, desahóguese, deje que el dolor se vaya. —Simpson volvió a apretar los dedos intentando memorizar la forma de aquella minúscula porción de piel que la torturaba—. ¡Grite!

Y Allison le obedeció dejando escapar un grito tan fuerte que ella misma se sorprendió. Simpson sonrió satisfecho y su aprobación la reconfortó. La pierna seguía palpitando en el lugar que él acababa de presionar, pero el nudo de su pecho, ese que apenas la dejaba respirar, se había deshecho. Sus pulmones bombeaban el aire a toda velocidad y su pulso se había acelerado, y no supo muy bien qué lo había provocado, no quiso pensar que tenía algo que ver con el brillo de los inteligentes ojos verdes de Simpson.

En ese momento la puerta se abrió con tanta fuerza que la madera chocó con la pared, y la cara asustada de Leo apareció en el umbral. Miró a los presentes, confundido, deteniéndose en su esposa Casandra, que se encontraba sentada apaciblemente, mientras el doctor sostenía el pie de Allison en alto. Todos los ojos se volvieron hacia él y no le quedó más remedio que cuadrarse con un carraspeo.

—¿Necesitas algo, cariño? —preguntó Cassie con una sonrisa angelical.

—Emm... me ha parecido escuchar... ¿Todo bien? —Leonard se rascó la nuca, quizá sus oídos lo habían traicionado y su irrupción allí había sido un poco impetuosa.

—Perfectamente —añadió Simpson con seriedad, aunque Allison pudo detectar el brillo burlón en sus ojos.

—Bien... pues... me marcho. Si me necesitáis estaré por aquí.

Una vez que abandonó la habitación y la puerta se cerró tras él, todos soltaron una pequeña carcajada.

—A juzgar por su magnífica aparición, está claro que no se fía demasiado de mí —concluyó Simpson mientras pasaba un paño húmedo por la pierna de Allison, para retirar los restos de aceite, un

gesto que le produjo tanto alivio que se le escapó un ligero suspiro.

—Leonard es muy protector. Pórtese bien o no tendrá ningún inconveniente en enviarlo a Londres de una patada en el trasero. —Casandra acompañó la afirmación de un pestañeo inocente, pero algo le dijo que ese gigante rubio no tendría ningún problema en hacerlo—. Si me disculpáis voy a ver dónde está, seguro que se encontrará dándole vueltas a lo del grito.

Allison abrió la boca para hacerle notar que iba a dejarlos solos en la habitación, pero guardó silencio. La puerta estaba abierta, y al fin y al cabo Simpson era un doctor que habría hecho eso miles de veces. Era un hombre de mundo, un profesional con experiencia que no tendría ningún interés en una joven insegura como ella. Ese pensamiento le causó una punzada de desasosiego, y si hubiera estado sola quizá hubiera gritado otra vez.

—Señorita Craven, quiero que entienda algo. Debo conocer dónde está su debilidad, dónde le duele, sus sensaciones cuando la toco. —Simpson pareció azorarse mientras cogía otro de los ungüentos y se impregnaba las palmas de las manos con él. Allison percibió el olor a lavanda y se mantuvo inmóvil mientras él repartía la crema por su piel con suavidad. Sus palabras y su toque resultaban demasiado íntimos, y secretamente deseó que no se detuviera—. Aunque no le resulte fácil abrirse a un desconocido tiene que entender que, si no es sincera conmigo, si intenta camuflar el dolor, todo esto será inútil. Yo me he comprometido a ayudarla, espero el mismo compromiso de usted.

Aidan dejó la pluma y se frotó los cansados ojos antes de mirar el reloj de bolsillo que había dejado junto al tomo de papeles que se iban acumulando para su gran satisfacción. La falta de otra cosa mejor que hacer en sus ratos libres había hecho que se concentrara en su tesis y estaba avanzando más rápido de lo que había imaginado. Empleaba las mañanas en las consultas con Allison y por las tardes daba algún paseo por la finca a buen ritmo para mantenerse en forma. El resto del tiempo lo dedicaba a su trabajo, y se estaba convirtiendo a algo parecido a un ermitaño. Quizá por eso Casandra había vuelto a

invitarlo a cenar y él había declinado la invitación de nuevo. No quería ser un invitado molesto ni involucrarse más de la cuenta. Hacía muchos años que se había prometido no implicarse de manera personal con un paciente. Por eso, por muy amable que fuera Casandra, y correcto su esposo, prefería reunirse con ellos el tiempo justo para hablar de los avances de su paciente, que no eran muchos. Bastante tenía con mantener a raya el interés que Allison Craven despertaba en él. Era un profesional y nunca había traspasado los límites del decoro ni de la ética. Allison, como cualquier persona enferma, estaba en una situación de vulnerabilidad, y sería mezquino si se dejara llevar por algún tipo de sentimiento que no fuera el celo profesional. Pero eso no evitaba que sus enormes ojos azules le provocaran una ternura que le arañaba el alma, un sentimiento que no se podía permitir. Se frotó la cara con las manos y, sin pararse a pensar lo que hacía, se dirigió hacia los establos, con la intuición de que Allison estaría allí.

Escuchar cómo Allison se desahogaba con sus caballos sin saber que estaba siendo espiada, especialmente por él, era mezquino y rayaba todos los límites de la honestidad. Pero se estaba convirtiendo en un pequeño vicio para Aidan, que no podía evitar sentirse una mala persona por ello. Se convenció de que lo hacía porque era su paciente y necesitaba conocer su estado de ánimo y sus preocupaciones cotidianas, y dado el hermetismo con el que lo trataba esa era la única opción. Y de paso se aseguraba de que llegaba sana y salva a la seguridad de su cama. La noche anterior lo había puesto verde con Perla, alegando que sus sesiones eran demasiado largas y tediosas, y que ella acababa agotada, a lo que la yegua respondió con un relincho indignado, dándole la razón en sus quejas. También le había dicho que, a pesar de ser un poco cretino, era muy atractivo, y que sus ojos verdes eran tan intensos que la ponían nerviosa, momento en el cual Aidan decidió salir huyendo de allí y vigilar su regreso a una distancia prudencial. Su madre siempre le había avisado de los peligros de espiar a la gente escuchando a escondidas, uno podía enterarse de cosas que más le valía no saber. En esta ocasión fue así. Saber que no

le resultaba indiferente solo servía para complicar las cosas.

Capítulo 7

Aidan esperaba impaciente a que llegara el correo de Londres, aunque no era precisamente una carta lo que lo mantenía inquieto. No sabía cómo iba a tomarse Allison su idea, pero supuso que mal. Había comenzado a abrirse a él, a contarle dónde le dolía más, y le había relatado algunas píldoras sobre cómo había sido su penosa recuperación. Estaba seguro de que alguien más diestro que el médico que la atendió en un principio hubiera podido recolocar mejor sus huesos fracturados para que cicatrizaran de manera correcta. Sus masajes y ejercicios estaban dando unos tibios resultados en cuanto a su debilitada musculatura y la movilidad del pie, pero lo que realmente le preocupaba era el terrible dolor de su tobillo, ya que había percibido que la simple presión de la media sobre él le causaba molestia. A veces deseaba poder ver a través de la piel y detectar con claridad cuál era el problema para poder ayudarla, porque si tenía una cosa clara era que algo no iba bien.

—Señorita Craven, creo que es el momento de avanzar en su recuperación. He pensado que podríamos dar pequeños paseos en el exterior. El aire libre le vendrá bien —opinó Simpson de manera distraída mientras colocaba sobre la mesilla los frascos que necesitaba.

—Me parece bien —aceptó ella con una sonrisa radiante. Echaba de menos los paseos con Casandra y sus largas charlas, pero ella ahora

tenía que pensar en su bienestar y en el del bebé que esperaba—. Podríamos aprovechar el buen tiempo y tomar un poco el sol.

Aidan desvió la vista hacia ella y el desacostumbrado gesto de Allison lo atrapó unos segundos. Era un pecado que una mujer así no sonriera más a menudo cuando con ello era capaz de iluminar la habitación.

Se sentía ilusionada ante la idea de salir de aquella habitación sin tener que esconderse, y tenía que reconocer que la oportunidad de hacerlo en la compañía del doctor Simpson le resultaba tentadora. Era un hombre estricto y testarudo, incluso a veces rayaba la grosería, y se podían contar con los dedos de una mano las veces en las que su perpetuo ceño fruncido se suavizaba y esbozaba una sonrisa. En esos momentos, quizá por ser tan escasos, parecía que la luz del sol brillaba más y el aire que los separaba se caldeaba. A decir verdad, el aire crepitaba de manera constante entre ellos, al menos ella lo percibía así. En cuanto él entraba en la habitación su cuerpo vibraba como un diapasón, y no podía respirar con normalidad hasta que se marchaba. Intentaba alejar esos pensamientos de ella, concentrarse en el dolor de sus músculos, pero no podía evitar sentir algo que no logra definir cuando los hábiles dedos de Simpson se deslizaban con suavidad sobre su piel. No había nada indecente o lujurioso en su forma de tocarla, y ella lo sabía, y tampoco podía calificar lo que despertaba en ella como deseo propiamente dicho. Recordaba las cosquillas que sentía cuando Charles la acariciaba de manera furtiva, o las mariposas en el estómago cuando le robaba un beso. Esto era distinto pero igual de emocionante, o incluso más. Por eso se esforzaba en mantenerse fría y hermética ante él, incluso arisca, con tal de que no sospechase que no le era indiferente.

Como cada mañana, Casandra se había sentado a una distancia prudencial, Aidan había tomado posición frente a Allison, y esperó de la manera más cortés posible a que se levantara la falda para dejar su pierna expuesta ante él. Tras impregnarse las manos con aceite comenzó a deslizarlas con lentitud sobre la piel de la joven, atento a la respuesta de sus músculos y tendones, y a su propia reacción. Estaba tan concentrado en lo que hacía que la habitación y todo lo que le rodeaba pareció desvanecerse, todo excepto Allison, sus enormes ojos azules y su aliento superficial. Algunos días se obsesionaba con la

manera en la que su pecho subía y bajaba con cada respiración, y tenía que hacer un verdadero esfuerzo para controlar lo que sentía. Solo tenía delante una pierna lesionada, músculo, tendones y huesos, en eso debía concentrarse, y lo hacía eficazmente. Pero cuando salía de aquella habitación tenía que tomar una gran bocanada de aire y recolocar cada una de sus emociones en su sitio. Dejarse llevar solía tener consecuencias nefastas, lo sabía por experiencia propia, y Allison Craven también era un claro ejemplo de ello. La única opción aceptable era ser cerebral y frío, y tenía muchos años de práctica en ello.

Un bostezo contenido seguido por un carraspeo lo distrajo y elevó la cabeza para mirar a Casandra, que levantó la mano a modo de disculpa. Abrió la boca para hablar y un nuevo bostezo la interrumpió, sin tiempo casi para cubrirse.

—Discúlpeme, doctor. Me paso casi toda la noche en vela y el único momento en el que el bebé está tranquilo es por la mañana.

—Pues aproveche —dijo él encogiéndose de hombros—. No me mire así. Váyase a descansar. Creo que sabremos apañárnoslas sin usted.

—Pero… —Casandra quería negarse, pero sus párpados pesaban una tonelada y el cansancio hacía que cada músculo de su cuerpo doliera. Miró a Allison buscando su aprobación; y cuando ella asintió con una sonrisa comprensiva, se levantó para marcharse—. Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que gritar y Leo aparecerá como alma que lleva el diablo.

Allison soltó una risita nerviosa y prefirió no pensar demasiado en la intimidad que surgió entre ellos en cuanto Casandra salió por la puerta.

—Supongo que estaréis muy ilusionados con la llegada del bebé, una nueva vida es siempre motivo de alegría —comentó Aidan para romper el silencio, ignorando el pellizco que le produjo esa afirmación.

—Sí, Casandra lo ha pasado muy mal tras la muerte de su padre. Y… aunque haya transcurrido el tiempo, todavía siente muy presente la pérdida de Charles.

Aidan podía haber fingido que no sabía que el hermano de Casandra era el gran amor de Allison, el hombre por el que quiso

sacrificarlo todo.

—Sé que debe ser duro para ambas. No poder compartir ese momento de felicidad con él no es fácil.

—Lo es. Pero pensar en lo contento que estaría Charles al ver a Casandra feliz reconforta.

—También lo estaría si pudiera verla a usted, Allison.

—Es diferente. Mi futuro se truncó esa noche. Nos prometimos estar juntos hasta el fin de nuestros días. Pero la vida es muy injusta. Él se fue y yo...

Aidan negó con la cabeza y sus dedos detuvieron el movimiento, aunque se quedaron posados sobre la pierna de ella casi sin ser muy consciente de que lo hacía.

—Y usted no debe sentirse culpable por seguir viva, Allison. Por supuesto que la vida es injusta. A todos nos pasan cosas malas, pero no podemos sentirnos culpables por superarlas. Le habrán dicho mil veces que la vida sigue. Y es la verdad. Y nosotros también seguimos respirando. Cada día vuelve a amanecer y el mundo continúa girando aunque nosotros no queramos.

—Seguimos respirando, pero ¿cómo soportarlo cuando estamos tan rotos que levantarse cada día duele más que la muerte?

Aidan sintió que su dolor le llegaba al alma y no pudo evitar entenderla. Su mano se deslizó por su piel con suavidad en una caricia inesperada que tuvo un efecto balsámico sobre ella.

—No puedo darle una fórmula mágica para eso. Solo sé que no podemos cambiar el pasado, y que si el destino ha decidido que usted siga aquí es porque tiene planes más elevados.

—Un médico que deja el futuro en manos del destino —apuntó levantando una ceja con una media sonrisa—. Creí que los hombres de ciencia creían solo en sus logros.

—Yo siempre digo que hay que intentar que la suerte te encuentre trabajando duro, supongo que para el destino también es aplicable. Es mejor que tu sino te alcance cerca del objetivo.

—¿Y qué se hace cuando no tienes fuerzas?

Aidan negó con la cabeza; y como si en ese momento hubiese sido consciente del gesto excesivamente íntimo, retiró la mano de su pierna.

—Siempre hay algo por lo que vivir. Algunos amaneceres son tan

oscuros que parece que la luz del sol no nos iluminará nunca; las horas se hacen tan largas e insoportables que parecen interminables y solo la esperanza de una nueva noche donde cerrar los ojos y olvidarlo todo resulta tolerable. Pero luego llega el crepúsculo y con él los fantasmas y el insomnio. Todo parece un bucle de sufrimiento y agonía del que resulta imposible escapar. Pero de repente, un día el aire se vuelve un poco más limpio, al menos lo suficiente para que no resulte intolerable respirar. Y ese día descubres que puedes sobrevivir, que eres más fuerte de lo que pensabas. El dolor no desaparece del todo cuando pierdes a alguien, pero le doy mi palabra de que se aprende a vivir con él. Usted ya está empezando a aprender esa lección, ¿verdad?

Allison tragó con dificultad el nudo de su garganta mientras se preguntaba a quién habría perdió él. Sus ojos intentaron retener las lágrimas que se agolpaban ardientes y traicioneras, y una emoción incontenible presionó su pecho. Él la entendía, y pudo intuir que no la creía débil ni vulnerable, y eso además de reconfortarla había empezado a crear una conexión entre ellos.

Unos golpes en la puerta entreabierta rompieron el momento, y las emociones se esfumaron tal y como habían venido. Aidan se incorporó al ver entrar a un lacayo que portaba una caja de madera en sus brazos.

—Doctor Simpson. Han dejado esto para usted en la casa de postas.

—Déjelo sobre la mesa, por favor.

Simpson se dirigió hacia allí para abrir la caja; y por mucho que Allison estiró el cuello intentando atisbar con disimulo lo que contenía el paquete, no pudo ver nada ya que las anchas espaldas del doctor se lo impedían.

Tras unos minutos interminables, el médico se giró y Allison se congeló al ver lo que sostenía en su mano. No le importó que la expresión de la cara de Simpson fuese confusa e incluso esperanzada, lo que portaba era tan atroz a su entender que sintió que su piel se erizaba como si fuese un gato.

—¿Qué demonios es eso?

Aidan se acercó hasta ella llevando una especie de bota hueca fabricada en metal y con varias tiras de cuero que se cerraban con

hebillas para ajustarla a la pierna.

—Es una bota ortopédica, Allison. Estoy convencido de que esto puede ayudarla a caminar. La pierna tendrá una sujeción más firme y...

—No voy a ponerme esa monstruosidad. —Su cara reflejaba la aprensión que le producía la sola idea de enfundar su pierna en ese armazón.

Aidan se pasó la mano por el pelo con frustración, había intuido que podría mostrarse reticente, muchos en su situación lo hacían al principio, pero no esperaba ver esa cara de horror e, incluso, desilusión. No podía entenderlo. Salvar a una persona o ayudarla en el complicado proceso de recuperar la salud a menudo era complicado, por lo que le parecía una estupidez cerrarse en banda a los nuevos métodos y desoír los consejos.

—No es una monstruosidad, es un instrumento que puede ayudarla. Cada día surgen nuevos adelantos en este campo, sería absurdo rechazarlos. Mi ayudante fabrica prótesis para muchos pacientes y la mejoría con su uso es más que notable. Sería de necios negarse al progreso.

—Pues entonces seré una necia, pero no va a experimentar conmigo, doctor Simpson.

—Soy su médico, Allison —repuso con seriedad. El débil vínculo que se había creado entre ellos se había roto en pedazos y de nuevo estaban en bandos distintos—. No puedo obligarla a nada, pero si no va a seguir mis indicaciones no tiene sentido que siga aquí. No nos haga perder el tiempo a los dos.

—Seguro que mis hermanos le compensarán por haberse trasladado hasta un lugar tan recóndito y no haber conseguido colgarse una nueva medalla de la que presumir en sus conferencias. Yo no soy Lázaro, doctor Simpson. Ni usted es Dios.

Aidan se cuadró recuperando su porte más severo y se marchó de allí a tanta velocidad que la habitación pareció quedarse sin aire tras su partida. Allison contuvo las ganas de gritar y clavó sus ojos en aquella jaula horrenda y antinatural que Simpson había dejado sobre la mesa. Se sintió traicionada y absurda por haber creído que podría llegar a confiar en él y la rabia hizo que volcara la mesita que había junto a su asiento, haciendo que los botes de ungüentos y aceites se

estrellaran contra el suelo. Después volvió a dejarse caer sobre su sillón y se apretó las sienes con los dedos intentando controlar el dolor de cabeza. Su doncella llegó a la carrera asustada por el ruido y se acercó hasta ella para saber qué le había ocurrido, llevándose los dedos a la boca al ver los cristales rotos esparcidos por el suelo.

—¡Señorita Allison! No se mueva hasta que recoja esto. ¿Está bien? ¿Necesita algo?

—Láudano, tráeme láudano —ordenó con los dientes apretados, cerrando los ojos con fuerza—. Me da igual si tienes que buscarlo debajo de las piedras, o robarlo o matar por él. Pero tráemelo o me volveré loca.

Capítulo 8

La ficticia relajación que aportaba el láudano dio paso a un leve sopor que fue seguido por una sensación desagradable en el estómago y un leve aturdimiento. Allison había pasado toda la tarde durmiendo y había preferido no cenar con su familia. Ahora, cerca de la media noche, el sueño se negaba a acudir y su mente se empeñaba en traerle de vuelta sentimientos confusos y dolorosos. En la penumbra de su habitación, los relámpagos de una lejana tormenta de verano iluminaron levemente la estancia y creyó ver figuras que la observaban. Pero no había nadie allí, más que esa soledad que se había convertido en su más fiel compañera.

Nada ni nadie estaba a la altura de llenar el enorme vacío que Charles había dejado en su corazón. Pensó en él y un sollozo rompió el silencio sin previo aviso. Intentó imaginar, como tantas veces, qué sería de su vida si aquella noche él no hubiera ido a los riscos a hablar con Leonard. Aquel maldito tropiezo había truncado muchas vidas, la de Charles, la de su familia, la suya propia y la de los hijos que no tuvieron tiempo de tener. Si hubieran cumplido sus planes de fugarse aquella noche, se habrían convertido en marido y mujer, su familia habría acabado aceptando aquella unión por amor, y Charles ahora estaría junto a ella en su cama, abrazándola, susurrándole palabras de amor. Con solo un abrazo era capaz de infundirle sosiego y a la vez

darle alas para ayudarla a volar. Era la persona más optimista que había conocido jamás, y cuando a ella le asaltaban las dudas siempre la tranquilizaba dándole un beso y susurrando contra su boca que todo saldría bien. Pero se equivocaba, las cosas no siempre salían bien. A veces salían rematadamente mal. Recordó la ilusión con la que cada tarde esperaba que Charles acudiese a su casa con la excusa de visitar a sus hermanos, de los que era íntimo amigo, para poder dedicarse miradas furtivas, y, con un poco de suerte, rozarse las manos con disimulo o poder verse un rato a solas y robarse un beso en algún rincón. Cuando eso no fue suficiente se atrevieron a dar un paso más, y aprovechaban los paseos de Allison con su yegua para encontrarse en una pequeña cabaña que la familia de Charles tenía en el campo. Su amor era tan intenso que se creyeron por encima del bien y del mal, la pasión incontrolable los volvió impacientes y las prisas los hicieron descuidados. Y todo acabó demasiado rápido, dejando esa historia de amor inconclusa y latiendo dolorosamente.

Allison se levantó de la cama con más rapidez de la que su pierna le permitía; a veces olvidaba que sus limitaciones estaban ahí, suerte que el dolor siempre acudía raudo para recordárselo. La cercanía de la tormenta había hecho que el aire que entraba por la ventana se convirtiera en una corriente helada y se envolvió en un chal de lana. Miró por la ventana que daba al jardín y notó que su cabeza zumbaba haciéndola sentirse un poco mareada. Debía ser el láudano, llevaba muchos días sin tomarlo y quizá debería haber bajado la dosis. De una u otra forma la culpa era de ese maldito doctor Simpson. Se sintió idiota por haber pensado que había dentro de él un resquicio de humanidad, para él lo único importante era su trabajo y cada paciente salvado no era más que un nuevo logro. No veía en ella, ni en los que la precedieron o los que la seguirían, a una persona de carne y hueso con sentimientos y miedos, solo era capaz de ver síntomas, diagnósticos y expedientes resueltos. Se dio cuenta de que se sentía sola y frágil, incomprendida, y necesitó un abrazo cálido para calmarse. No había nadie a quien pedírselo. Los únicos que podían ofrecerle algo de consuelo eran sus caballos y, sin pensarlo demasiado, salió de su habitación en dirección a los establos. Apoyada trabajosamente en sus dos bastones le pareció que la cuadra estaba mucho más lejos de lo habitual, y tuvo que detenerse en varias

ocasiones para tomar aire. Pero valió la pena en cuanto llegó y pudo acariciar a Perla y a Nube de tormenta. Se sentía tan agotada que se acomodó sobre la caja que usaba como asiento, y tras arrebujarse en su chal, apoyó la cabeza en el pilar de madera y cerró los ojos.

El estruendo de un trueno sobre su cabeza la sobresaltó y la trajo de golpe de esa oscuridad apacible que la había atrapado. El agua caía con fuerza y resonaba sobre los techos del establo creando una burbuja que le hacía sentir que no había nada tras esas paredes. Había sido demasiado temerario por su parte aventurarse a salir teniendo en cuenta los espesos nubarrones que se habían ido acumulando durante toda la tarde y el viento frío que los arrastraba. Calibró si debía esperar a que cesara la lluvia, pero era poco probable que lo hiciera en toda la noche, y estaba aterida de frío. No se encontraba bien, le dolía la cabeza y la pierna, y apenas podía dejar de temblar; en ese momento su cama cálida se le antojó un paraíso lejano e inalcanzable.

La noche oscura la esperaba fuera de los límites de las cuadras y la mansión no era más que un bulto difuso que apenas se distinguía bajo la cortina de agua. Se había acostumbrado a caminar en sombras y había memorizado los caminos, las piedras y los obstáculos para avanzar sin necesidad de ningún farol, ya que con los bastones no podía cargarlo, y sin embargo aquella noche todo resultaba más amenazador que de costumbre. Decidida a no perder más tiempo, emprendió el camino hacia la casa haciendo un gran esfuerzo por no resbalar. Los charcos se acumulaban por doquier y la lluvia parecía caer con más fuerza a cada paso que daba. Hacía tiempo que no se sentía tan débil y su mente la transportó a aquellos primeros días en los que los médicos se empeñaban en ponerla de pie e intentar hacerla caminar sin importarles el dolor ni la impotencia que eso suponía, una y otra vez, día tras día, hasta que se dieron por vencidos y decidieron olvidarla. Se preguntó si Aidan Simpson también se daría por vencido. Lo dudaba. Era tenaz y orgulloso, y ahora el fracaso de Allison sería su fracaso. Podía verlo en sus ojos verdes e intensos y en su ceño eternamente fruncido. Simpson no se rendía y tendría que echarlo a patadas si quería librarse de él. No lo descartaba. A veces ansiaba la paz que suponía saberse desahuciada y que nadie tuviera expectativas respecto a su coraje o su tesón. La presencia del doctor allí la hacía estar con la guardia en alto todo el tiempo, sin permitirle flaquear o

caer en la vagancia o la resignación. Simpson era una especie de motor que tiraba de ella a veces y la empujaba otras, sin dejarla caer. Y a menudo, tener que cumplir las expectativas que los demás tenían sobre ella resultaba demasiado agotador.

Los bajos de su camisón estaban empapados de barro y su chal, que también estaba mojado, apenas la protegía si no todo lo contrario, suponiendo una carga extra para ella. Continuó la marcha y se dio cuenta de que estaba llorando cuando un sollozo quebró su pecho, mientras las lágrimas se mezclaban con los pequeños ríos que la lluvia formaba sobre sus mejillas. Sus bastones se clavaron en el barro y resbaló, dejando caer todo el peso sobre su maltrecho tobillo izquierdo. El dolor la aguijoneó con tanta fuerza que cayó de bruces, ante la imposibilidad de mantenerse en pie. Enterró los dedos en la tierra mojada intentando coger impulso para levantarse, pero le resultó imposible y se dejó caer, agotada y vencida. En ese momento, mientras las fuerzas la abandonaban y el frío se filtraba hasta sus huesos, se dio cuenta de algo que no había esperado sentir, y su garganta dejó escapar una carcajada cínica y ahogada. No quería morir, no sabía qué la ataba a este mundo, pero quería seguir adelante. Qué irónico resultaba que precisamente ahora todo se confabulara para llevarle la contraria.

A pesar del aire frío que entraba por la ventana entreabierta, Aidan se despertó empapado en sudor tras el estallido del trueno. De nuevo las pesadillas lo habían asediado, torturándolo y arañándole el alma. Esta vez habían sido tan reales que incluso después de abrir los ojos le había costado discernir si sus manos estaban manchadas de sangre o era solo el efecto de las sombras. Fue hasta la ventana para cerrarla y maldijo al pisar sin querer el pequeño charco de agua que había entrado traída por el viento. La noche era tan desapacible que costaba creer que estuviesen en junio y que esa misma mañana el sol hubiese brillado sobre sus cabezas. Cerró la ventana y giró sobre sus talones para regresar a la cama, pero algo hizo que volviera a asomarse al exterior. Un presentimiento, o su intuición, tal vez. Intentó escudriñar a través de los altos árboles y un relámpago iluminó la fachada de la

mansión que tenía delante. No consiguió ver nada, pero no pudo evitar pensar en Allison. Casi a diario acudía a visitar a sus caballos y contarles qué tal le había ido el día, lo sabía porque la había seguido durante varias noches para asegurarse de que estaba bien. O al menos eso quería pensar, aunque puede que su propósito no fuese tan noble después de todo. Escuchar a Allison hablar con sinceridad le producía una emoción extraña y le ayudaba a entenderla. Por eso la sentía más cercana de lo que ella lo sentía a él, y aquello desde luego era una pésima idea. No debía involucrarse con ella, sin contar lo mezquino que resultaba escuchar a escondidas las confesiones de la joven. Pero lo necesitaba.

Esa mañana se había llevado un buen disgusto al ver la bota ortopédica que él había encargado a su ayudante de Londres con sus medidas, y sabía por el ama de llaves que había pasado la tarde en cama. Sería una locura que se hubiera aventurado a dirigirse a los establos para desahogarse con una tormenta como esa, nadie en su sano juicio lo haría, ¿verdad? Pero algo dentro de él le decía que debía ir a comprobarlo sin perder tiempo; se vistió y salió de la casa de invitados sin importarle que el agua lo empapara nada más pisar el jardín. Se subió el cuello de la chaqueta en un inútil esfuerzo por resguardarse y avanzó a ciegas en dirección al establo. La noche era tan oscura que apenas podía ver sus propios pies al caminar, y estaba casi seguro de que Allison estaría descansando, pero se resistía a volver sin comprobarlo. Estaba a punto de llegar al establo cuando la vio, un bulto claro acurrucado en el suelo. Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado para comprobar que estaba bien. Solo sus muchos años de experiencia y la templanza que le daban evitó que cayera en la desesperación al comprobar que su piel estaba fría.

—Allison, ¿me oyes? Estoy aquí, tranquila. Ya te tengo. —La izó como si no pesara más que una pluma y la pegó a su cuerpo—. Ya te tengo.

Capítulo 9

Al contrario de lo que le había pasado a Allison, a Aidan el camino de vuelta a la mansión le resultó tan corto como un suspiro. Se dirigió a la parte de atrás como una sombra hasta llegar a la habitación de Allison y entró por la puerta que ella había dejado entreabierta. El aire impregnado de lluvia había invadido la estancia y resultaba tan desapacible como el exterior. Sabía que en esas situaciones lo primordial era establecer prioridades y la primera era encender el fuego.

—Allison, necesito que me escuches —dijo tras depositarla en uno de los sillones, pero a pesar de que la zarandeó con suavidad, lo único que obtuvo fue un quejido lastimero.

Se quitó la chaqueta y las botas empapadas, si él también enfermaba no serviría de ayuda, y siguió con la lista mental que había elaborado. Las manos le temblaban, pero consiguió hacer funcionar el chisquero que había junto a la chimenea y a los pocos minutos un apacible fuego iluminaba la habitación. No tenía tiempo para pensar en el decoro, y era consciente de que lo más correcto hubiera sido avisar a una doncella o incluso a su hermano Leonard, pero no quería traicionar la intimidad de Allison revelando que llevaba a cabo excursiones nocturnas a los establos. Era su secreto y no sería él quien lo descubriera. Mientras rebuscaba en el armario con premura para

encontrar toallas y algún camisón, su cabeza le dijo que era él precisamente quien estaba traicionando su intimidad hurgando entre sus cosas personales y su ropa interior. Desechó la idea cuando al fin encontró lo que necesitaba.

—Allison. —Le dio varias palmaditas en las mejillas para hacerla reaccionar, pero ella apretó más los ojos, negándose a despertar—. Necesito quitarte esa ropa empapada. ¿Me entiendes?

Su respuesta fue echarle los brazos al cuello y aferrarse a él buscando su calor. Por más que le apeteciera mantener ese abrazo tenía que hacer lo correcto, como siempre hacía, y la separó lo justo para poder quitarle el camisón empapado y las zapatillas. Se tragó sus reticencias y le quitó también la ropa interior. Por el amor de Dios, era médico, no un chiquillo inmaduro, y sin embargo sus manos temblaban, y no precisamente de frío. Frotó con una toalla de manera enérgica los pies, las manos y los brazos de Allison hasta que su piel enrojeció y pareció entrar en calor, y después cogió otra toalla para hacer lo mismo con su larga melena. Sus ojos cansados se entreabrieron y tras mascullar algo se volvieron a cerrar.

—Charles… —susurró aferrándose a la camisa de Aidan con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tranquila, ya te tengo, Allison. Te tengo.

Una vez que Aidan consiguió ponerle el camisón limpio la llevó en brazos hasta la cama y la cobijó bajo las mantas. Solo en ese momento se dio cuenta de que su propio pelo caía empapado sobre su frente y que estaba tan helado como ella. Tras secarse, se sentó junto a la cama para observarla. Allison seguía temblando y el miedo a que pudiera enfermar se hizo muy real. Tocó su frente con el dorso de los dedos, la temperatura no era demasiado elevada, pero era muy probable que la fiebre se hiciera presente durante la noche. Debería haber dado la voz de alarma. Al menos podría pedir una infusión que la reconfortara. Estaba especializado en dolencias graves y había salvado vidas, se negaba a que algo tan sencillo como ir a la cocina le supusiera un obstáculo. Con un candelabro en la mano se dirigió hasta la otra punta de la casa para hacer una incursión en el reino de la señora White, la cocinera. Jessica había repuesto las hierbas medicinales, como él le indicó, y le había comentado que tenían una buena cantidad de ellas, ya que Casandra era muy aficionada a usarlas no solo para sus

ungüentos, sino también en infusiones o incluso caldos. Tras llegar a la despensa casi de puntillas e intentando no hacer demasiado ruido, rebuscó entre los frascos ordenados meticulosamente hasta que dio con lo que buscaba.

—*Matricaria camomilla* —susurró para sí mismo al dar con un tarro que contenía manzanilla y siguió buscando y olisqueando los recipientes hasta encontrar el que buscaba, la corteza de sauce, el ingrediente más eficaz para controlar la fiebre—. Y corteza de *Salix alba.* Vamos allá.

Tras avivar los rescoldos casi muertos de los fogones, calentó un poco de agua con la que preparó la infusión y salió de la cocina asegurándose de que todo estaba como antes de su llegada. Si alguien le hubiera dicho que iba a cruzar la mansión de los Craven descalzo y en mangas de camisa, de manera furtiva, como si fuese un ladrón, y todo por un tazón de manzanilla, jamás lo hubiera creído. Sonrió al pensar la cara que pondría Leonard Craven si lo encontrara deambulando por el pasillo, seguro que no desaprovechaba la oportunidad de vaciar su escopeta sobre él, y ni siquiera le haría falta saber que había desnudado a su hermana, que se hallaba inconsciente, para hacerlo. Cuando llegó al refugio seguro de la habitación de Allison soltó el aire con fuerza, con el mismo alivio que hubiera experimentado al cruzar el frente de batalla sin recibir un tiro en el trasero. Se sintió un poco ridículo, había estado en situaciones mucho más peliagudas que aquella y en ninguna había notado que su corazón palpitara de esa manera en el pecho. Se acercó a la cama y se sentó junto a Allison, que se quejó al sentir que el colchón se hundía bajo su peso.

—Ven, tienes que tomar esto —le pidió con suavidad mientras colocaba un brazo detrás de su espalda para incorporarla. Acercó la taza a sus labios y la instó a beber unos sorbos. Cuando ella se negó a seguir bebiendo, depositó el recipiente sobre la mesita y la dejó acurrucarse de nuevo sobre la almohada. En un gesto inesperadamente dulce, Aidan posó los labios sobre su frente para comprobar su temperatura, como su madre hacía con él cuando era pequeño. Solo que ella no le despertaba ningún sentimiento fraternal ni inocente; lo que le instaba a actuar así era la necesidad de protegerla y cuidarla, algo mucho más profundo e intenso que el

vínculo normal entre un médico y su paciente. Podía calcular, tras años de experiencia, que la fiebre le había subido unas décimas, por ahora no era preocupante, y esperaba que la infusión la mantuviera a raya.

Aidan no podía apartar sus ojos y su atención de ella. Le retiró el pelo que todavía tenía húmedo para que no la molestara y lo extendió sobre la almohada, palpó su frente de manera sistemática cada pocos minutos para comprobar si le subía la fiebre y estuvo atento a cada pequeña queja o gemido que escapaba de sus labios. El agotamiento hizo que se recostase junto a ella, sin esperar que Allison tomara el gesto como una invitación para acurrucarse contra su cuerpo. Se quedó paralizado, temeroso de hacer cualquier movimiento que pudiera despertarla, hasta que su coherencia lo instó a alejarse del cálido contacto de aquella joven. Tenía que ser honesto y, ante todo, respetuoso con una mujer que no estaba en plenas facultades. En cuanto intentó levantarse, Allison se aferró a su camisa para que no se separase.

—No, no. No me dejes —rogó temerosa de volver a sentir el vacío que conocía tan bien, ese que la acompañaba cada noche, que se pegaba a su cuerpo al amanecer como una segunda piel y del que era incapaz de deshacerse—. Te necesito.

Aidan cerró los ojos. Nunca había tenido en una estima demasiado alta su propio control sobre sí mismo. Quería ser frío, profesional; distante, incluso. Su trabajo estaba por encima de todo y de todos, y sabía que para eso debía confiar en su capacidad. El tratamiento de Allison lo estaba poniendo contra las cuerdas, y su testarudez y su falta de colaboración lo exasperaban ya que retardaban su recuperación. No podía permitirse fracasar. Su ego no se lo permitía. O eso quería pensar. Saber que ella lo necesitaba, que se aferraba a él con todas sus fuerzas, lo hacía sentirse útil por primera vez desde su llegada.

—No me iré, Allison. —Se recostó de nuevo y ella sonrió con los ojos cerrados al sentirse arropada por su cuerpo. Como si fuese lo más natural del mundo, la joven se apoyó en su pecho y rodeó su cintura con el brazo—. Estaré aquí. Te tengo, y no dejaré que caigas de nuevo.

Ella ronroneó satisfecha y apretó un poco más su abrazo.

—Bésame. —Aidan dejó de respirar al oír su petición y la sujetó

del mentón con suavidad para ver mejor su rostro en la penumbra y asegurarse de que seguía dormida, o al menos en ese estado de duermevela en el que se había sumido por culpa del cansancio, el frío y la fiebre incipiente. Sentía su aliento dulce y cálido tan cerca que sus dedos hormiguearon con una sensación extraña ante la apremiante necesidad de acariciar su hermoso rostro. Quería besarla. No era la primera vez que había sentido ese deseo cuando ella estaba cerca. Siempre conseguía abstraerse lo suficiente mientras hacía su trabajo, pero en cuanto se desprendía de la piel del doctor Simpson, con sus prejuicios y sus restrictivas normas, cuando solo quedaba Aidan, todo se complicaba y el deseo acicateaba sus sentidos. Sabía que no la besaría en ese estado, pero imaginar cómo sería lo torturaba—. Bésame, Charles.

El jarro de agua fría hizo su efecto de manera inmediata y un sudor frío recorrió la piel del médico, como si estuviese a punto de despegarse de su carne. Miró el rostro de Allison y solo entonces se percató de que no había descanso en él. Calibró la idea de no sacarla de su error, de mantener aquella ilusión hasta que el sol alumbrara de nuevo la dura realidad, pero de qué serviría.

—Charles ya no está, Allison. Se fue, y no volverá.

En el sopor que la abrazaba ella emitió una especie de sollozo y unos instantes después su respiración se volvió más regular. Se había dormido profundamente, al fin. Aidan tocó su frente para comprobar, aliviado, que su temperatura era normal, y sin poder evitarlo deslizó los dedos con ternura por su mejilla. Su expresión, ahora sí, reflejaba paz.

Capítulo 10

—Suelta esa cosa de una vez —dijo Allison con voz avinagrada.

Casandra la ignoró y continuó observando con curiosidad científica la bota ortopédica que Simpson había encargado. Giró la parte que debía cubrir el tobillo y vio que el mecanismo articulable era suave y estaba ensamblado de manera impecable.

—He visto algunas parecidas, pero nunca ninguna tan bien hecha.

—¿Quieres decir que estás de acuerdo con Simpson? ¿Quieres que deambule por la casa con esa cosa chirriando a cada paso? Todos pensarán que soy un monstruo.

—No chirría —expuso Cassie mientras volvía a mover la articulación para demostrarlo—. Y los materiales son de primera calidad. ¿Has visto qué suaves son las correas? Y me parece muy cruel que tú misma uses ese calificativo, Alli. Y para tu información, no eres la única en el mundo con un problema. Hay muchas personas que por accidentes o enfermedades tienen que usar estos elementos, y están agradecidos de que haya algo que les haga la vida más fácil. Es cruel que uses la palabra «monstruo».

Allison estaba a punto de disculparse cuando Leonard entró en la habitación con una sonrisa encantadora y su energía habitual. Besó a su mujer en la mejilla como si no acabara de desayunar con ella unos minutos antes, y le quitó la bota de las manos para observarla con

detenimiento.

—No se ve tan mal como la pintas, hermana. Seguro que te acostumbrarás a llevarla y luego no podrás quitártela.

Allison hizo un puchero y Casandra le dio un codazo a su marido por su falta de tacto. Leo la miró confundido, sin saber qué había dicho que resultase tan inoportuno.

—¿Tenéis algo importante que hacer? —preguntó frotándose las manos con energía—. Hay un mercado ambulante en el pueblo y seguro que hay cosas interesantes donde gastar unas monedas. Hay puestos de comida, telas, libros... ¿Os apetece?

—Por supuesto que sí. Iremos encantadas —contestó Casandra, ilusionada—. Mi tía Meredith está tejiendo ropita para el bebé y me encargó algunas cosas, en la tienda de Todd no hay mucha variedad.

—Buenos días. Espero no interrumpir. —Todos desviaron la mirada hacia Aidan, que se detuvo en la puerta esperando a ser invitado a pasar.

—Buenos días, doctor Simpson —saludaron todos a la vez.

—Hablábamos sobre el mercado ambulante que estará en el pueblo unos días. Hemos pensado que sería buena idea ir, usted dijo que a Allison le vendría bien dar un paseo.

—Bueno, me refería a algo un poco más tranquilo, pero si a ella le apetece...

Simpson clavó sus ojos en Allison que, a pesar de lo que había pasado la noche anterior, tenía buen aspecto; no como él, que presentaba unas oscuras ojeras bajo sus ojos verdes. Apenas se había permitido dormir más que unas pocas horas, velando el sueño tranquilo de Allison. En cuanto el cielo empezó a clarear se escabulló como un ladrón, lo último que quería era que un escándalo dinamitara por los aires su vida y la de los Craven. A pesar de su buen aspecto pudo detectar la inseguridad en su mirada.

—Yo... en realidad... —Allison titubeó sin saber qué debía hacer.

Por un lado la idea de mezclarse entre el bullicio alegre de la gente y los comerciantes, ojear telas y encajes, y oler la comida de los puestos le resultaba tan tentador que dolía. Pero era algo que no se podía permitir, no estaba preparada para que la gente la observara minuciosamente, escudriñando sus gestos, diseccionándola para luego poder cuchichear durante días y semanas sobre su penoso estado.

Pobrecita Allison. La sola idea la enfermaba. Intentó buscar una excusa, era tan fácil como decir que su pierna dolía.

—Disfrute del paseo, señorita Craven —dijo el doctor con un leve asentimiento de cabeza, dándole el leve empujón que necesitaba.

—Doctor, habíamos pensado que podría acompañarnos. —Casandra miró a su marido, instándole a reafirmar la invitación.

—Sí, justo acababa de decirlo —mintió Leonard con una sonrisa —. ¿Por qué no invitamos al doctor a acompañarnos?

—Qué amable —dijo Aidan con sarcasmo.

—Verá, acompañar a una mujer de compras es una empresa ardua que requiere grandes dosis de paciencia. Pero acompañar a dos... eso es algo serio. Aunque solo sea por camaradería masculina debería acompañarnos.

—Pensándolo mejor... quizá no sea buena idea. Os entorpeceré y no podréis disfrutar de la mañana —se excusó Allison.

—No diga tonterías —se adelantó Simpson, aunque los demás también pensaban lo mismo—. Al menos inténtelo, puede caminar, y cuando se canse puede usar la silla de ruedas.

—Claro, Allison. Hace un día estupendo, será divertido. —Leo sonrió, aunque su rostro estaba tenso, sabía que si insistían demasiado ella se cerraría en banda. Podía ver la reticencia en los ojos de su hermana, pero también podía ver algo que había echado de menos durante años. Ganas.

—Te ayudaré a escoger un sombrero —añadió Casandra sin darle tiempo a negarse.

Y Allison simplemente se dejó llevar.

El carruaje se detuvo en una explanada cerca de la plaza, donde estaban apostados carruajes y monturas. Mientras Leonard ayudaba a Casandra a bajar del vehículo, Allison se pegó a su asiento como si quisiera que la tapicería se la tragara. Cerró los ojos y tomó aire con fuerza, una, dos, tres veces... La mano cálida de Simpson sobre la suya la hizo sobresaltarse y abrió los ojos de golpe para encontrarse con el gesto preocupado del doctor.

—Estoy bien —susurró con la voz entrecortada.

Su hermano la cogió en brazos para bajarla del carruaje y le guiñó el ojo con complicidad.

—¿Quieres la silla? Hay bastante gente, puede que sea lo más cómodo. —Le ofreció.

—No. —Allison lo interrumpió con brusquedad. Necesitaba probarse a sí misma que podía hacerlo, al menos dar unos pasos y mezclarse entre la gente como una más. Tenía que reconocer que sentía la pierna más fuerte, aunque el dolor del tobillo no hubiese disminuido un ápice, y debía ponerse pequeños retos día a día.

Decidió prescindir de uno de los bastones y utilizar el brazo que Leo le tendió como apoyo para ir más cómoda, mientras Simpson hacía lo propio ofreciéndole el suyo a Casandra. Comenzaron a deambular entre los puestos mezclándose entre el bullicio y las voces de los comerciantes que anunciaban sus mercancías. Allison se sintió cohibida al principio, sin saber si sus piernas la sostendrían. Casandra se detuvo frente a un vendedor de telas y encajes, y llamó a su marido, a pesar de que no era precisamente experto en la materia.

—Simpson, ¿podría ayudar a Allison mientras me adentro en el fabuloso mundo de la pasamanería?

—Adelante. —Sonrió de medio lado y se dispuso a relevarlo.

Miró de soslayo a Allison y pudo percibir que su rostro seguía tenso, sin obviar el hecho de que sus dedos se clavaban en su antebrazo como si fueran garras.

—¿Está bien?

—No lo sé. Me siento como si fuera un animal de circo —admitió mientras saludaba con la cabeza a dos señoras mayores con las que se cruzaron y que la observaron con curiosidad—. No soporto ser el centro de atención.

Aidan miró alrededor, y tuvo que reconocer que ella tenía razón. Algunos de los presentes la miraban con disimulo y otros más descarados lo hacían abiertamente, sin privarse de cotillear.

—Usted es una mujer fuerte, Allison. ¿De veras se va a dejar intimidar por lo que piense de usted gente que ni siquiera le importa?

—Es difícil.

—Posiblemente no lo hagan por maldad. Solo la miran porque llevan mucho tiempo sin verla, apuesto a que si viniera al pueblo a diario nadie le prestaría atención.

—Supongo que tiene razón, pero no me siento con ánimos de hacer la prueba. —Su sonrisa fue efímera, pero bastó para iluminar un poco su cara.

Se detuvo frente a un tenderete en el que había expuestos materiales de dibujo, plumas y papeles de todos los tamaños y colores posibles. Allison quedó fascinada por unos papeles para cartas tan delicados que parecían una obra de arte. En las esquinas tenían dibujados ramilletes de flores tan bien hechos que parecían reales. Se los acercó al rostro y se sorprendió al comprobar que además estaban perfumados con agua de rosas.

—Qué maravilla —susurró para sí misma.

—Señorita, tiene buen gusto. Le haré buen precio y será la envidia de los destinatarios de sus cartas. No hay papel más elegante que este. —El vendedor extendió frente a ella varios pliegos más para que admirara cómo estaban confeccionados, y Allison sonrió mientras acariciaba uno con pequeñas violetas.

—Pónganos este. ¿Le gusta alguno más? —Se interesó Simpson sacando varias monedas de su bolsillo.

—¿Qué hace? —preguntó azorada mientras el vendedor preparaba el encargo—. No puede hacerme un regalo, no sería apropiado.

—Su hermano me paga generosamente. Técnicamente es como si lo pagase él. ¿Se queda más tranquila?

El doctor cogió el envoltorio que le tendió el comerciante y continuaron paseando en dirección al centro de la plaza.

—No debería haberlo hecho, doctor. Además, no tengo a quién escribirle.

—No la creo.

—Es la verdad. Tenía varias amigas en el pueblo y sobre todo en el internado, que era donde pasaba la mayor parte del tiempo. Pero cuando... me recluí perdimos el contacto. No las culpo, fui yo la responsable. La mayoría me escribieron varias veces hasta que se cansaron de no obtener respuesta.

—Pues como su médico que soy, le ordeno que use este papel para enviarle una misiva a todas aquellas personas que se preocuparon por usted. Al menos a las que lo hicieron con sinceridad.

—Dudo que me contesten, han pasado muchos años.

—Imagine que escribe diez cartas. ¿Sabe cuántas respuestas

recibirá si no las envía? Ninguna. Pero si las manda puede que alguien le conteste. Puede que solo sean seis personas, o tres o dos. Pero aunque solo reciba una de vuelta, ya habrá merecido la pena. —Ella sonrió con la vista perdida en un punto indefinido—. Ha permanecido encerrada en una burbuja mucho tiempo, pero ahora que está empezando a sentirse mejor no estaría de más abrirse al mundo. Sé que puede hacerlo.

—Es usted muy optimista.

—No lo soy, solo sé que es más fuerte de lo que piensa.

Avanzaron unos metros en silencio y un olor dulzón los atrajo de inmediato.

—Manzanas cubiertas de caramelo. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí una. ¿Le apetece? —preguntó él encaminándose hacia el puesto de comida.

—¿No cree que somos un poco mayores para una manzana con caramelo?

—Nunca se es demasiado grande para un buen dulce. Mi padre me llevaba a un puesto que había cerca de Hyde Park los domingos, nos comprábamos una manzana y nos sentábamos en un banco a degustarla tranquilamente. Cuando cumplí catorce años me creía todo un hombre y me pareció un poco infantil seguir haciéndolo. Dejé de ir con él, pero mi padre siguió yendo todos los domingos a nuestro banco, sin mí. Cuando murió un par de años después me sentí tan culpable... Había desperdiciado todos esos domingos, todas esas manzanas. Por eso, cada vez que encuentro uno de esos puestos ambulantes, me pido una a su salud.

—Lo siento. ¿Tiene más familia?

—Sí, mi hermana ha enviudado hace poco y se ha trasladado a mi casa con mis tres sobrinos. Cuando llegue a Londres probablemente no queden ni los cimientos, son verdaderos terremotos.

—Supongo que nunca se ha casado. La medicina es una amante exigente, ¿verdad?

Aidan pagó las manzanas y le ofreció una en silencio, y Allison intuyó que no debería haber preguntado algo tan personal. Cuando ya pensaba que no le iba contestar, él habló con tono neutro.

—Estuve casado. Ella falleció.

El ambiente pareció ensombrecerse como si un gran nubarrón se

hubiese cernido sobre ambos mientras el resto del mundo, ajeno a aquella tormenta inesperada, seguía disfrutando de la calidez del sol de verano. Allison fingió que no había pasado nada y mordió su manzana, pero le supo muy amarga.

Capítulo 11

—¿Allison? —Ambos se detuvieron al oír su nombre y una chica rubia de mejillas sonrojadas se acercó hasta ellos con una sonrisa radiante—. Dime que no me engañan mis ojos.

Antes de darle tiempo a reaccionar la abrazó con tanta fuerza que estuvo a punto de perder el apoyo y caer, pero Simpson la sujetó con discreción para que mantuviera el equilibrio.

—Prudence... —susurró visiblemente emocionada.

—Estás preciosa. No sabes cuánto me alegra ver que estás bien.

Allison se preguntó si realmente estaba bien, la gente pensaba que sí, al menos esa era la imagen que proyectaba, y quiso saber si las heridas que no se veían cicatrizarían del todo algún día.

—Yo también me alegro de verte. Permíteme que te presente al doctor Simpson, él es quien me está cuidando en estos momentos.

—Pues me tomo la confianza de darle las gracias por ello —dijo con soltura mientras se saludaban de manera cortés—, Allison tiene muy buen aspecto.

—Sigues igual de zalamera —bromeó sonrojándose—. Pero cuéntame, ¿qué tal te va todo?

—Muy bien. —Prudence miró hacia atrás buscando a alguien con la mirada y al fin le hizo un gesto a una doncella que llevaba un precioso niño rubio de la mano—. Este es Jack, mi hijo. Jackson y yo

nos casamos hace cuatro años y Jack nació el año siguiente.

—Es muy guapo, se parece a ti —la halagó con lágrimas en los ojos, dándose cuenta de que Simpson tenía razón, el mundo no se detenía. Se preguntó cuántas cosas se había perdido.

—Allison, ahora tengo que irme, Jackson me espera. Pero, por favor, ven a verme cuando te apetezca. Sigo viviendo en mi casa, nos mudamos ahí cuando mi madre murió.

—No sabía que había muerto, lo siento.

—No te preocupes, han pasado muchas cosas. —Prudence volvió a abrazarla, esta vez con menos euforia y más ternura—. Te he echado de menos.

Allison la miró mientras se perdía entre la gente con su hijo de la mano. Durante todos sus años de aislamiento apenas se había acordado de la gente a la que había dejado atrás, entre ellas a Prudence, una de sus mejores amigas, una chica alegre y noble que le habría abierto sus brazos sin dudar para darle consuelo. Pero Allison no había querido apoyo, solo autocompasión. Y sin embargo, de manera incomprensible, el sentimiento de añoranza que debería haber sentido durante cinco años cayó sobre ella de golpe. El peso de su conciencia la hizo tambalearse levemente y Simpson apoyó una mano en su cintura.

—Estoy bien, no se preocupe, doctor.

—Ahora no estamos en consulta. Sería mucho pedir que me llamara Aidan, supongo.

—Aidan. Es bonito.

Él sonrió y estuvo a punto de contradecirla. Lo único digno de llamarse «bonito» en aquella cálida mañana de verano era su sonrisa, el brillo de sus ojos azules y la forma en la que su sencillo vestido blanco resaltaba el sonrojo de su piel. Aunque ese adjetivo se quedaba muy corto.

Allison se preguntó quién era ese hombre guapo y atento que la acompañaba y le servía de sostén con amabilidad. Simpson no parecía la misma persona estricta y déspota que le ordenaba cómo se tenía que comportar y qué tenía que sentir. Lo vio disfrutar de su manzana con caramelo como si fuera un niño sin importarle que la gente lo mirase, y se mostró solícito y locuaz todo el tiempo. Parecía haberse librado de un enorme peso e incluso parecía más joven. Disminuyó el

ritmo de sus pasos al sentir un pinchazo en su pierna y él lo notó al instante. Simpson estiró el cuello intentando localizar a Leonard y Casandra entre la gente, pero no estaban a la vista.

—Necesita descansar, quizá nos hemos confiado demasiado.

—Puede ser, pero no se preocupe, creo que puedo llegar al carruaje —afirmó sin mucho convencimiento, al pensar en el trayecto que la esperaba. Había estado tan a gusto que no se había dado cuenta de lo cansada que estaba.

Aidan la guio a través de la gente hasta que salieron de la plaza por el lado opuesto por el que habían llegado y se dirigió hacia una zona arbolada unos metros más allá. En cuanto Aidan calculó que no podían verlos desde el mercado la cogió en brazos, sin atender a sus quejas.

—Santo Dios, ¿cómo se le ocurre? —se quejó Allison en cuanto él la dejó sobre un banco de piedra colocado bajo un árbol al borde del camino.

—Lo primero es lo primero, y dudo que alguien pueda vernos.

Allison miró a su alrededor. Desde allí se veía la plaza y cuando la brisa daba una tregua a las ramas de los árboles se escuchaba el murmullo de la gente. Pero estaba lo bastante elevada para que los árboles que bordeaban el lugar los ocultaran. Mientras Aidan se quitaba la chaqueta y se arrodillaba frente a ella, sin importarle arruinar sus pantalones manchándolos de tierra o de hierba, se permitió disfrutar del paisaje que los rodeaba, del sol que se filtraba entre los tilos y de la hierba alta que se extendía hasta donde llegaba la vista.

El doctor la miró y vio en ella la misma admiración que él mismo sintió cuando descubrió aquel sitio. Fue el día que llegó a Snowfields, cuando al ver que el carruaje que debía recogerlo para llevarlo hasta Richter Manor se retrasaba, y entonces decidió dar un paseo por los alrededores.

—Allison.

Ella lo miró y se quedó fascinada. El pelo oscuro y rizado que siempre llevaba peinado hacia atrás se había rebelado y caía sobre su frente, y sus ojos se veían mucho más verdes, iluminados por la luz del sol que se filtraba entre las ramas. Tuvo que cerrar las manos con fuerza para contener las ganas de retirar su cabello con una caricia.

Aidan sujetó el ruedo de su falda para pedirle permiso y ella asintió. Tragó saliva, sentía la boca seca y las manos le temblaban. No iba a hacer nada que no hubiera hecho una docena de veces antes, pero esta vez era diferente y ambos podían notarlo en el ambiente cargado de energía que los rodeaba. No estaban en su habitación, tan pulcra y aséptica como una consulta de hospital; y ellos no eran los mismos que cada mañana se encontraban allí, fríos y lejanos. Sin más pretensión que la de ayudarla, Aidan levantó su falda y sus finas enaguas hasta la rodilla, y le quitó el botín de piel con cuidado. Con movimientos lentos palpó su tobillo y ella dio un respingo provocado por el dolor. Maldijo de impotencia al no poder curarla del todo, pero al menos intentaría aliviarla. Sus dedos ascendieron con lentitud hasta su rodilla y se esforzó para no mirar su rostro, aunque podía percibir su respiración agitada y vio que apretaba la tela de su vestido con fuerza. Sujetó el borde de la media y comenzó a arrastrarla despacio hasta que su pierna quedó expuesta. Aidan no recordaba haberse excitado nunca mientras atendía a una paciente, no lo hubiera permitido, pero en este momento los límites entre ellos se habían desdibujado, y la emoción lo sacudió con fuerza, aturdiéndolo. Deslizó las manos por su tobillo, subió y bajó con suavidad, y continuó su camino hasta llegar de nuevo a la rodilla. Buscó a tientas el lugar en el que la media había dejado marca, acariciándola con el pulgar, y Allison dejó escapar un suspiro entrecortado que fue a clavarse directamente en su pecho. Aidan se paralizó un instante cuando ella tiró de su falda hacia arriba, dejando la tersa y perfecta piel de sus muslos al aire, en una clara invitación. Su moral gritaba que debía parar esa locura, pero en ese momento su cuerpo llevaba el mando de lo que estaba ocurriendo, y se negaba a detener la magia que había surgido por sí sola. Las yemas de sus dedos continuaron su tortuoso recorrido ascendente con un roce suave por el interior de sus muslos, percibiendo el calor acogedor que lo esperaba al final del camino. La acarició por encima de su ropa interior hasta que alcanzó la unión cálida y acogedora entre sus piernas, y su corazón comenzó a bombear tan fuerte que creyó que moriría si ella le pedía que se detuviera.

—Allison, necesitó tocarte —susurró con la voz entrecortada.

Ella asintió y le permitió que tirase de sus calzones hasta bajarlos casi por completo.

No podía pensar con claridad, ni quería hacerlo. Solo deseaba sentir que la vida volvía a fluir por sus venas. Cerró los ojos y apoyó su frente en la de Aidan, que continuaba arrodillado frente a ella. Los dedos masculinos volvieron a reanudar sus caricias, y cuando llegaron a su intimidad ella no pudo contener un gemido. Su boca entreabierta intentaba llenar sus pulmones de aire, pero la excitación le apretaba el pecho y hacía que su piel y su sangre ardieran. Con movimientos suaves e intensos, Aidan la tocó, presionando, trazando círculos y llenándola con sus dedos, mientras Allison tensaba las piernas y movía las caderas en un intento desesperado por alcanzar el placer. Cuando las sensaciones se arremolinaron en su interior y estallaron, haciéndola temblar, ella se aferró a Aidan como si su cuerpo necesitase un firme agarre para mantenerse en este mundo. Tras permitirse unos segundos para recuperar su respiración, el doctor Simpson se dispuso a ayudarla a poner todo en orden y recuperar la serenidad de la que siempre hacía gala. No hacía falta hablar, los dos sabían que aquello no debería haber ocurrido, y pensaban fingir que había sido así.

—Iré a buscar el carruaje.

Tras esa breve frase se marchó a grandes zancadas y ella permaneció allí sentada, con los músculos laxos y la sangre bullendo todavía por sus venas. Esta vez sí que tenía ganas de gritar; y en cuanto estuvo segura de que Aidan no podía oírla, lo hizo con todas sus fuerzas.

Capítulo 12

—Pero ¿desde cuándo crees en brujerías y pitonisas, Casandra? —preguntó Allison tras dejar la taza de té sobre el plato. Ojeó las porciones de pasteles de diferentes clases que había en el plato y eligió el que tenía un relleno más jugoso. Sabía que cuando naciera el bebé echaría de menos esos ratos de conversación, sentadas en la mesita de forja de la terraza sin prisas—. Cómo había extrañado los dulces de tu tía. ¿Seguro que no quiere trasladarse a vivir aquí?

—Créeme que lo he intentado, pero ella es un hueso duro de roer. —Casandra se acarició la barriga al notar el movimiento de su hijo y durante unos segundos guardó silencio mientras observaba el jardín que se extendía frente a ellas—. En cuanto a las videntes, no es que crea demasiado en ellas. Pero esa zíngara era distinta, me impresionó. Me entregó una piedra y me dijo que la guardase para que me protegiera del mal de ojo.

—¿Y quién te va a echar mal de ojo aquí? ¿Crees que hay alguien con tanto poder para eso?

—Pues no lo sé. Eso no es lo relevante. Me miró con esos ojos tan extraños de color violeta, como si pudiese ver a través de mi alma, y me dijo que mi hijo tenía mucha suerte porque tanto en el cielo como en la tierra había mucha gente que lo amaría y lo cuidaría. —Allison no pudo disimular que aquello le pellizcó el corazón y sus ojos se

humedecieron—. Me dijo que sería un varón fuerte y sano, y que nacería dentro de dos semanas. Ah, y que pronto habría muchos más correteando por la casa.

—¿Muchos? ¿Cuántos son muchos? ¿Tres, ocho?

—¿Ocho? A no ser que tú estés dispuesta a colaborar teniendo alguno, no creo que sea una opción viable.

—¿Yo? —preguntó Allison con cara de horror—. No veo cómo...

La afirmación, aunque no fuera más que una broma, la había dejado descolocada, y comenzó a jugar con la cucharilla del té hasta que Casandra sujetó su mano con delicadeza.

—Allison, no puedes seguir perdiéndote lo mejor de la vida. Has sufrido, te has tomado tu tiempo para sobrellevar el dolor de la única manera en la que has sabido hacerlo. Acertada o no, ha sido tu manera. Pero ahora ha llegado el momento de que cojas las riendas y salgas de esa urna de cristal que te protege.

—No es tan sencillo. El mundo ha seguido girando sin mí, y ahora no sé si tengo espacio en él.

—Si no lo hay, entra a empujones y haz tu propio hueco. Tienes entereza y fuerza, más de la que tú misma piensas.

—El doctor Simpson dijo esas mismas palabras, pero no sé si tenéis razón.

—El doctor Simpson... —Casandra miró a su cuñada con una sonrisa cómplice y ella se sonrojó—. Os vi muy bien avenidos mientras paseabais por el mercado. A mí no me engañas, Allison. Sé que no lo detestas tanto como te empeñas en mostrar.

—Yo... no sé a qué te refieres. Solo fue amable conmigo y me regaló unos pliegos de papel para cartas. No hay nada malo en eso.

—No, no hay nada malo. Schh, calla. Viene por ahí —la advirtió Casandra, señalando con disimulo con la cabeza el camino que llevaba a la casa de invitados.

Allison estuvo a punto de suspirar al verlo. Vestía un traje de color crema, botas altas y su cabello estaba pulcramente repeinado hacia atrás. Recordó el tacto de ese pelo fuerte entre sus dedos y su estómago dio un salto en su lugar.

—Buenos días, señoras —saludó al llegar hasta ellas, que le correspondieron al unísono.

—Siéntese y tome algo. Le advierto que los pasteles de mi tía son

excepcionales.

—No quisiera interrumpirlas —se excusó él, visiblemente incómodo. Ya había intimado demasiado el día anterior, en más sentidos de los que había creído posibles, y no pensaba que le beneficiara lo más mínimo seguir haciéndolo.

—Acompáñenos —se aventuró a decir Allison, disfrutando de la sensación de llevarle un paso de ventaja—. De hecho, estábamos comentando que el bebé de Casandra pronto estará aquí. Es una suerte tener un médico en casa.

—No es mi especialidad —la cortó con tono seco y tan tenso como las cuerdas de un violín—. Disfruten del desayuno; si me lo permite, mientras prepararé el material para la consulta.

—¿Material? Solo hay unos cuantos botes de ungüento. ¿Piensa ordenarlos por orden alfabético? —preguntó Allison de mal humor cuando se aseguró de que él no podía oírla.

—Parece que el comentario no le ha hecho mucha gracia, supongo que no querrá atribuirse más responsabilidades de las que ya tiene.

—Ya te dije que es muy desagradable. Cualquier otro doctor se hubiese ofrecido a ayudarte aunque solo fuera para que te quedases más tranquila.

—Quizá tenga razón y nunca haya estado presente en un parto.

—Quizá.

Cuando Allison y Casandra entraron en la habitación encontraron a Aidan revisando por enésima vez los frasquitos de cristal. Estaba nervioso, sería absurdo negarlo, y por primera vez en la vida, no sabía cómo afrontar su trato con un paciente. Había pasado la frontera invisible pero infranqueable de la ética y de sus propios principios. Lo más honesto sería dejar el caso en manos de otro médico, pero eso supondría un fracaso y un síntoma de cobardía. Miró a Allison, y se quedó obnubilado al ver cómo su vestido de color amarillo pálido se ajustaba a su cintura; la manera en la que se mordió el labio al mirarlo lo alteró más de lo razonable.

—Como le dije el otro día, señorita Craven, quizás sería buena idea salir a dar un paseo. Si no se encuentra demasiado agotada

después de la mañana de ayer.

El recuerdo de los dedos de Aidan recorriendo sus muslos le cortó la respiración y él debió adivinarlo, ya que tomó una gran bocanada de aire y cerró los dedos con fuerza. Se observaron en silencio unos segundos y la tensión entre ellos fue tan evidente que Casandra los miró con una ceja arqueada, sin entender en absoluto lo que había pasado, pero segura de que había ocurrido algo.

—Creo que sería una buena idea, doctor. Pueden dar un paseo por el jardín, no me necesitan para eso, ¿verdad? Tengo los pies hinchados y me apetece descansar un poco. —Casandra ignoró la mirada suplicante y a medias desesperada de ambos, sobre todo de Allison, que juraría que estaba a punto de lanzarle un bastón a la cabeza. Con una sonrisa inocente y sin esperar sus respuestas, salió de la habitación dejándolos a solas en un ambiente tan denso que el aire se podía cortar con un cuchillo.

Aidan cruzó las manos a la espalda en un gesto al que recurría cuando quería disimular su desasosiego; cuando estaba nervioso no sabía muy bien qué hacer con ellas, y su padre le enseñó ese truco, el mismo que él usaba cuando estaba en un juicio.

—¿Le apetece pasear?

Ella asintió, y apoyándose en un bastón y valiéndose de los muebles para sostenerse, se acercó hasta la mesa. Aidan quiso ayudarla, pero se detuvo, ella tenía que aprender a valerse por sí misma. Cuando llegó a la mesa tocó con un poco de recelo el armazón de metal y cuero de la bota ortopédica.

—Es bastante pesado —señaló sin ánimo de obtener respuesta.

—Puedo pedirle a mi colega que intente mejorarla. —Su voz sonó demasiado próxima y Allison se percató de que se había acercado hasta pegarse a su espalda, para mirar por encima del hombro lo que hacía.

Estaba tan cerca que el olor de su colonia llegó hasta ella, y cerró los ojos para contener el anhelo y el deseo de dejarse vencer y apoyar la espalda en su pecho. Era extraño sentir eso, una conexión invisible que hacía que el aire entre ellos vibrara.

—Allison...

Su voz sonó ronca y suplicante, y ella no supo qué le pedía. Habían sobrepasado una línea roja y ahora ambos tendrían que poner

todo su empeño para contenerse, pero la empresa era tan difícil como detener el curso de un río con las manos.

Aidan acercó su rostro al pelo de Allison y deseó sumergirse en su larga melena, cubrirse con ella, que sus mechones lo ataran a su cuerpo como si fuesen una cadena. La deseaba, y el encuentro del día anterior había sido el pistoletazo de salida a una pasión que debía retener y olvidar.

—Está bien —dijo ella confundiéndolo—. Lo probaré, pero si no estoy cómoda lo hará desaparecer de mi vista.

—Por supuesto —asintió con una sonrisa de satisfacción, sorprendido de la emoción que sentía al ver que ella aceptaba.

Aidan la cogió en brazos y la condujo hasta uno de los sillones. Sujetó su pie izquierdo y con delicadeza deslizó la mano por su pierna, convenciéndose a sí mismo de que era necesario, que no lo hacía porque le urgía sentir su calor. Levantó el rostro hacia el de Allison y sus labios entreabiertos y sus ojos expectantes le resultaron una invitación más que tentadora. Carraspeó y se centró en lo que debía hacer: comportarse como un médico decente.

Había que reconocer que la bota estaba confeccionada por alguien muy diestro en el asunto, ya que se ajustaba a las medidas de Allison a la perfección. Estaba tensa, no podía evitarlo, y no solo porque sentir los dedos de Aidan sobre ella resultaba enloquecedor. Aquello suponía un cúmulo de emociones muy distintas: inseguridad, recelo y la más aterradora de todas, la esperanza. Aidan colocó el armazón de metal alrededor de su pierna y ajustó las correas de piel con firmeza. Unas almohadillas ayudaban a que el metal no se clavara sobre su carne y una fina tira de cuero la fijaba al talón. Ella miró su pierna y sin poder evitarlo una lágrima resbaló por su mejilla.

—Debemos avanzar en su curación, Allison. Si esto no funciona...

—Si no funciona... —Su mirada reflejaba sus dudas y sus miedos. Durante años ella se había acostumbrado a su rutina, asumiendo que no podría cambiarla. La confianza que mostraba el doctor Simpson en su capacidad como médico le había insuflado un soplo de ilusión, asumir que solo se quedaría en eso era un nuevo jarro de agua fría.

—Habrá que valorar otras posibilidades.

—¿Las hay?

—Como último recurso. Su tobillo no soldó bien. Al palpar el

hueso se percibe que no está en su sitio. De ahí los terribles pinchazos y la rigidez del pie. Ha ganado en movilidad y fuerza estos días, usted misma puede notarlo, y con la bota ortopédica también mejorará. Pero no puedo hacer nada para aliviar el dolor, y cuanto más ande más le dolerá.

—Y ¿cuál es esa última opción? —preguntó ella sin saber si quería escuchar la respuesta.

Aidan se incorporó y la miró en silencio unos segundos. Su ceño parecía más profundo que nunca y sus ojos se veían intensos y comprensivos.

—Una operación. Habría que abrir... volver a separar el hueso y colocarlo como debió hacerse en el primer momento. Hasta que no abramos no podremos saber el alcance del problema y qué posibilidades hay de que salga bien. Allison, ojalá pudiera ver a través de su piel y...

Ella suspiró y movió la cabeza, dando la conversación por zanjada, y le tendió una mano para que la ayudara a levantarse. Una operación implicaba una herida abierta, más cicatrices y más dolor, y nadie le aseguraba que fuera a funcionar. Sabía que mucha gente había muerto por cosas mucho más leves, y la posibilidad de una hemorragia o una infección era muy presente. Aidan sujetó su mano para ayudarla a ponerse de pie y se mantuvo pegado a ella dándole tiempo para acostumbrarse al peso y la sensación de la bota ortopédica.

Allison tenía miedo de moverse y perder el equilibrio, y no solo eso, perder el firme punto de apoyo que Aidan Simpson suponía en todos los sentidos. Apoyó una mano en el ancho pecho masculino y se dio cuenta de que temblaba. Él la cubrió con la suya y ella percibió a través de su camisa de lino que su corazón latía desenfrenado. Levantó la vista para ver sus ojos verdes, se hallaban tan cerca que sus bocas estaban a punto de rozarse. Sus respiraciones agitadas se confundían en aquel ambiente espeso y cargado de tensión que los rodeaba, atrapándolos, gritándoles al oído que no eran ni tan fuertes ni tan distintos como querían pensar.

—No la dejaré caer.

Aquello sonó a promesa y ella la aceptó como si fuese una verdad absoluta. Juntos comenzaron a dar los primeros pasos dentro de la

habitación. Al principio ni siquiera sabía cómo debía apoyar el pie en el suelo, como si hubiese olvidado cómo caminar. La presión de los hierros y las tiras de cuero no era lo que se dice agradable y le impedía realizar algunos movimientos de forma relajada. Pero de eso se trataba, de reconducirla. Cuando se sintió un poco más segura, y sin soltar el brazo de Aidan, se aventuró a salir a la terraza.

—Deberá llevar los dos bastones al principio, o caminar con la ayuda de alguien. Veremos cómo evoluciona.

Ella no lo escuchó. Había salido por esa misma puerta acristalada que daba al jardín miles de veces, de día y de noche. Y nunca había notado la sensación de libertad que la embargaba en este momento. Cuando sus pies pisaron la terraza de baldosas y el sol incidió sobre su cara, sonrió como si fuese la primera vez, como si aquel pequeño paso fuera el primero para comenzar una vida diferente. Simpson había sido sincero. No las tenía todas consigo, pero se sentía valiente por haberse colocado aquel artefacto y al menos intentarlo.

A los pocos minutos comenzó a caminar con más soltura. Al menos, toda la soltura posible teniendo en cuenta las circunstancias.

—No debemos forzar demasiado las cosas.

Allison se preguntó a qué se refería exactamente con aquello, si a su pierna o a «otras cosas». Prefirió no indagar. Se sentía llena de fuerza esa mañana y no sabía muy bien por qué razón. La idea de operarse era algo que la aterrorizaba, y si para evitarlo tenía que recorrer toda su finca con aquella cosa hasta que su pierna se fortaleciera, lo haría. Llegaron a un cenador de estilo gótico con altas columnas talladas en mármol que terminaban en arcos ojivales y un techo coronado por unas vidrieras de colores con forma de roseta. El centro del espacio lo ocupaba un banco redondo también tallado en mármol, cuyo centro lo adornaba un gran macetón con forma de copa. Aidan la cogió en brazos para salvar los altos escalones y la depositó con cuidado en el banco. Pudo observar que una gota de sudor resbalaba por su frente y que estaba sonrojada, y temió haberse excedido.

—Descansaremos un poco antes de volver. ¿Cómo se siente?

—Bien, creo que no me romperé. —Él sonrió ante su respuesta mientras observaba la estructura del cenador—. Es uno de los caprichos arquitectónicos de mi madre. Por suerte mi padre no era

muy proclive a hacerle caso o se hubiera arruinado con tanto exceso.

—Es... hermoso. Y un verdadero desperdicio. Aquí nadie podrá admirarlo.

—Ni siquiera mi madre, que procura pasar el menor tiempo posible aquí, cosa que agradezco.

—Tengo entendido que no se lleva muy bien con ella.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Allison arqueando una ceja por la sorpresa.

—Tengo mis fuentes.

—Mi madre es... muy diferente a mí. Cuando era joven le di bastantes quebraderos de cabeza, no había nada que me produjera más satisfacción que llevarle la contraria. Cuando ocurrió lo de Charles sintió que había fracasado. Yo la libré de su penitencia diciéndole que no la necesitaba, y al principio no le sentó bien. Pero estoy segura de que, después de haber pasado su vida cuidando a su marido y sus tres hijos, se sintió liberada. Su presencia no me hacía bien. Ella era un recordatorio constante de lo que había ocurrido.

—¿Ella se opuso a la relación?

—Todos lo hicieron, Leo fue el que más herido se sintió porque Charles era su mejor amigo. ¿No es absurdo? —Allison bufó y soltó una risa triste que acabó ahogada por un sollozo. Aidan quería consolarla, pero sabía que ella necesitaba hablar de ello y la dejó continuar—. Los odié tanto. Me odié tanto a mí misma...

—Fue un accidente.

—Un accidente que no habría ocurrido si todos hubiéramos hecho las cosas de otra manera.

—No se castigue por ello. No tiene sentido hacerlo por algo que no se puede cambiar, y lo que es más importante, en lo que usted no tuvo nada que ver.

Allison bajó la mirada y durante unos minutos interminables su vista se entretuvo en repasar las grietas que el tiempo había hecho en las baldosas de mármol gris.

—Sabía que era usted.

Aidan la miró confuso sin saber a qué se refería.

—Aquella noche —continuó sin mirarlo, esta vez con la vista perdida en la arboleda que se extendía más allá de los límites del cenador—. Sé que fue usted quien me recogió y quien me cuidó. —Al

fin se atrevió a mirarlo y esperó a que él dijera algo, lo que fuese. Pero Aidan no sabía qué podía decir que lo mantuviera indemne—. En el fondo sabía que eran sus brazos los que me rodeaban y su voz la que me susurraba que todo iba a estar bien. Charles lo decía muy a menudo. «Todo va a estar bien, Allison». Lo echo de menos, y fantasear con la idea de que era él quien me acunaba me valió en ese momento para sentirme mejor. Me reconfortó.

Aidan se sentó junto a ella y sus miradas se conectaron de inmediato. Apartó uno de los brillantes bucles del color del oro que rozaba su mejilla y con delicadeza lo colocó detrás de su oreja.

—Lo haría otra vez, la cuidaría otra vez.

—¿Cómo lo supo? Que estaba en el jardín, bajo la lluvia.

—Intuición. —Sonrió al ver que ella arrugaba la frente sin creerlo en absoluto.

—Y su intuición lo lleva a pasear por el jardín en la oscuridad y con semejante tiempo. Tengo veintidós años, doctor. No me trago los cuentos así como así.

—Está bien. No es la primera vez que la he visto dirigirse a los establos. Imaginé que esa noche también iría, no podía meterme en mi cama sin más y rezar para que no hubiese sido tan temeraria para salir en una noche así.

—Me siento bien allí. Es lo que más anhelo, montar a caballo. ¿Cree que podré hacerlo algún día?

—No lo sé, Allison. Me gustaría poder decirle que sí.

—Gracias. Por su sinceridad. Y por lo de esa noche. No sé qué habría pasado si usted no hubiese aparecido.

—No tiene importancia. Soy su médico, debo velar por su bienestar. Aunque si quiere seguir con sus paseos nocturnos se me ocurren un par de cosas interesantes que hacer.

Soltó una carcajada al ver la cara de espanto de Allison y sus ojos abiertos como platos.

—No se asuste, es algo perfectamente honorable. —Miró hacia el cielo y comprobó que apenas había nubes—. Si quiere cerciorarse, venga a medianoche al jardín de la casa de invitados.

—Lo pensaré —contestó con una sonrisa, intentando fingir que la invitación no la había alterado.

—Le aseguro que no se arrepentirá.

Allison se retorció las manos y Aidan supo que había algo más que pugnaba por salir a la superficie.

—Sabía que era usted cuando le pedí que me besara —dijo al fin con un hilo de voz.

El estómago de Aidan se contrajo por el nerviosismo y su cuerpo se inclinó hacia ella, atraído por una fuerza invisible. Sus labios se acercaron tanto que incluso sin tocarse su calor lo quemaba. Sujetó su mentón y aspiró con fuerza para disfrutar de su aliento y su perfume. Ella le había pedido un beso mientras pensaba en otro hombre. Un hombre muerto contra el que no podía competir, al que jamás podría superar. Porque Allison ya no estaba enamorada de Charles, sino de su imagen magnificada e idealizada, sin defectos ni pecados.

Y Aidan era cualquier cosa menos perfecto, aunque se hubiera acostumbrado a disimular y a fingir que su prestigio y su moral no tenían tacha alguna. Tras regalarle una última caricia en la mejilla, se puso de pie para alejarse lo suficiente y que sus manos le ganaran la batalla al deseo.

—¿Se supera? —preguntó Allison, desesperada por conseguir un poco de esperanza a la que aferrarse—. Usted perdió a su esposa. ¿Se puede ser feliz?

—Se aprende a vivir con ello. —Aidan se pasó las manos por el pelo, no hablaba nunca sobre su mujer, pero Allison necesitaba escucharlo. Quizá su propio dolor sirviera para darle fuerzas—. A veces, cuando me ocurre algo importante, siento la necesidad de buscarla para contárselo, hasta que recuerdo que ya no está y el dolor se hace presente de nuevo. Pero es un dolor diferente, más sereno, como si al final uno se acostumbrase a ese indeseable compañero de viaje.

En el fondo, Allison sabía que sería así si ella lo permitía, y estaba empezando a entender que con su actitud había impedido que la herida empezase a cicatrizar. Una cicatriz no borraba el dolor ni la añoranza, pero sí hacía que dejase de sangrar.

—¿Cómo la conoció?

—Mi padre y el suyo eran socios en el bufete de abogados. Nos conocimos siendo unos críos, nos hicimos amigos y cómplices. Le contaba todo, mis logros, mis sueños... Cuando nuestras familias nos insinuaron que lo nuestro podía funcionar, no dudamos de que sería

así. Nos conocíamos mejor que a nosotros mismos, y cuando ella se fue sentí que se iba una parte de mí. Sigo aquí, entero pero distinto.

Ella también se había sentido así. Había creído que su sufrimiento era único, que no existía un amor igual al que ella y Charles se profesaban, pero estaba equivocada. La gente amaba, sufría y seguía viviendo como podía, arrastrando el peso de sus circunstancias. Y no sabía si eso debería hacerla sentir mejor o todo lo contrario.

Capítulo 13

—¡Allison! —La voz de Leonard resonó en el bosque y Aidan se alejó de ella varios pasos, entendiendo que no era decoroso estar a solas.

—¡Estamos aquí! —gritó ella en respuesta.

Leonard apareció en el camino a grandes zancadas, y por la expresión de su cara no hubiera tenido ningún reparo en estrangular a Simpson en ese momento.

—Estábamos descansando antes de reanudar el camino de vuelta. —Aidan se excusó, aunque no había nada que odiase más que dar explicaciones de sus actos. Pero entendía que el afán protector de Craven hacía que este tuviera demasiado celo a la hora de cuidar a su hermana.

—La próxima vez no se alejen de la casa, me gusta tener a la vista a la gente que quiero.

Aquello sonó como lo que era, una amenaza. Por intuición, Aidan podía sentir que, cuando se conocieron, Leonard Craven sintió celos por la admiración que Casandra sentía por él, por el doctor Simpson, no por el hombre, sino por el médico. La antipatía era mutua. Aidan detestaba a los individuos como Craven, tan soberbios y seguros de sí mismos, que se atrevían a mirar a todos los demás por encima del hombro. Puede que precisamente fuese así porque él adolecía de ese

mismo mal. No tenía ningún interés en comprobar si su impresión era o no cierta, esa era su apariencia, y le resultaba lo bastante molesto como para estar desando perderlo de vista.

Leonard pasó por su lado sin mirarlo y se dirigió directamente hacia donde se encontraba su hermana, la cogió en brazos y emprendió el camino de vuelta a casa. Allison buscó por encima de su hombro para dedicarle una mirada de disculpa al doctor, que le sonrió en respuesta. Esa noche tenían una cita y estaba ansioso por saber si ella acudiría.

Se asomó por enésima vez a la ventana que daba a la mansión, miró su reloj de bolsillo para comprobar que solo había pasado un minuto desde la última vez y resopló. El tiempo parecía no correr esa noche. Aidan se había planteado ir a buscar a Allison y ayudarla a llegar a la casa de invitados, pero si era capaz de alcanzar los establos que estaban al doble de trayecto podría con esto, y lo que menos deseaba era que se sintiese presionada a hacer algo que no le agradaba. Estaba a punto de darse por vencido cuando un movimiento captó su atención. Incapaz de mantenerse quieto salió y acortó la distancia a grandes zancadas hasta que estuvo frente a frente con Allison. En ese momento se dio cuenta de la ilusión que le hacía que ella aceptara la cita. Sonrió como un colegial que ve por primera vez a la chica de la que se ha enamorado, algo imposible porque él no podía permitirse nada semejante. Ni quería ni podía hacerlo. El amor significaba debilidad, significaba dejar su felicidad en las manos de otra persona, significaba una distracción constante de sus obligaciones. Se había consagrado a la medicina, especialmente después de la muerte de su esposa, y debía seguir siendo así. Pero eso no evitaba que se sintiera expectante, ansioso, pletórico y emocionado. Sería bochornoso dejar traslucir esos sentimientos.

—Me alegra que se haya decidido a venir.

—Espero que mis caballos no me lo tengan mucho en cuenta —dijo ella con una sonrisa que se perdió en la oscuridad.

—Seguro que puede arreglarse con una zanahoria o una manzana extra.

Sin avisarla ni pedirle permiso, la cogió en brazos haciendo que se le escapara un gritito de sorpresa.

—Tenemos que subir a esa parte del jardín. —Señaló con la cabeza unos cuantos escalones tallados en la piedra que conducían a una zona más elevada a un costado de la casa de invitados. El espacio estaba iluminado por un pequeño farol, y junto a él había dispuesto una manta, un par de cojines y una cesta.

—Una hora un poco extraña para un pícnic —apuntó ella ignorando el nudo que apretaba su estómago, y él soltó una carcajada ronca que recorrió todo su cuerpo como una caricia.

Allison no sabía qué pensar, aquello resultaba tan íntimo que asustaba, hasta que se percató de que junto al farol había lo que dedujo era un telescopio. Nunca había visto uno, más que en alguna ilustración en los periódicos o revistas que recibían sus hermanos.

—¿Es un telescopio?

—Sí. Un telescopio reflector fabricado por Secretan en 1860. Una maravilla de la técnica —explicó con orgullo mientras la depositaba sobre la manta con delicadeza—. ¿Tiene hambre?

Aidan no esperó a que contestara. Sacó dos vasos de cristal que llenó de vino, y unas frutas, que le ofreció a Allison. Mientras manipulaba el telescopio con destreza, ella saboreó el vino sin quitarle la vista de encima. Cuando todo estuvo a su gusto, cogió el vaso y lo elevó para brindar con ella. Se veía muy diferente a la persona con la que trataba a diario, serio, estricto, casi solemne. Ahora parecía un chiquillo ilusionado y ansioso por compartir con la joven su mayor tesoro. Apagó el farol y la sujetó de la cintura para ayudarla a levantarse. A Allison le gustaba el olor de la noche, la tierra húmeda, la fragancia que desprendía el bosque y los jazmines del jardín. Pero el aroma sutil de Aidan Simpson era capaz de eclipsarlos a todos. La oscuridad y el silencio que los rodeaban hacía que sus sentidos captasen hasta lo más insignificante, y juraría que había escuchado latir el corazón de ese hombre, tan rápido y tan fuerte que parecía a punto de desbocarse. También podía sentir sus dedos sobre su piel, como si no los separase la liviana tela de su vestido, y estaba segura de que su huella no se desvanecería. Miró hacia el cielo nocturno y jadeó con sorpresa. Nunca se había parado a observarlo con detenimiento; y ahora que su vista se había acostumbrado a la

oscuridad, se sintió sobrecogida al poder contemplarlo en todo su esplendor, sin luna ni nubes que ocultasen el manto de estrellas que los cubría.

—Es impresionante —susurró.

—¿Sabe cómo distinguir un planeta de una estrella? Los planetas no parpadean, mantienen la luz fija, mientras que las estrellas sí. Así que, si no me equivoco y miramos hacia el este, aquella estrella de allí, la de color pálido que parece más redondeada, en realidad es Júpiter.

—De cualquier forma, si se equivoca no tengo manera de saberlo —bromeó y ambos rieron—. ¿Es usted astrónomo?

—Solo soy curioso, y cuando algo capta mi atención, procuro estudiarlo a fondo. —Su voz, envueltos en aquella oscuridad y con sus cuerpos tan cerca, sonaba a pecado, *era* un pecado—. Soy meticuloso, tenaz y paciente, e intento que cada paso que doy sea tan exacto como las notas de una partitura perfecta.

—La vida no es una partitura perfecta, Aidan, más bien se asemeja a un violín desafinado cuyas cuerdas pueden saltar por los aires en cualquier momento.

—Hasta los instrumentos desafinados producen melodías hermosas alguna vez, aunque sea por casualidad.

—Las casualidades no existen —contravino ella, que estaba empezando a disfrutar sobremanera llevándole la contraria.

—Mujer de poca fe. Deme tiempo y le demostraré qué entretenido puede ser restaurar un instrumento que no funciona. La perfección está sobrevalorada y es muy aburrida. En cambio, juntar piezas y arrancar una nota vibrante de algo que ya había perdido su brillo es mucho más reconfortante.

—¿Quiere decir que soy un violín sin brillo?

—Quiero decir que de una u otra manera conseguiré que vibre, Allison. Con intensidad, con toda la fuerza que ha perdido por el camino. Y no me importa que me contradiga o que no tenga fe en mí. Me conformo con que tenga fe en sí misma, y no le perdonaré lo contrario.

Su vehemente declaración de intenciones fue sorprendente hasta para sí mismo. Mucho más para Allison, que permanecía anclada a sus brazos, inmóvil y atrapada por la sensación de seguridad que sentía

gracias a su cercanía. Aidan la sujetaba por la cintura, a pesar de que llevaba sus bastones para mantener el equilibrio, pero quería asegurarse de que cualquier movimiento no la hiciera caer. No. A quién quería engañar, era mucho más egoísta que eso. Quería sentirla y, sin atender a la lógica, necesitaba protegerla.

—Está bien, lo intentaré. —Allison se sintió incómoda e intentó reconducir la conversación a cualquier precio—. Entonces, he de deducir que observar las estrellas es como leer una partitura.

—Yo no hubiera podido definirlo mejor. ¿Conoce las constelaciones? —Allison negó con la cabeza y él percibió su movimiento en la oscuridad. Se colocó detrás de ella para servirle de sostén y a la vez poder guiarla para que siguiera las líneas invisibles que unían las estrellas entre sí—. Le mostraré algunas antes de verlas al telescopio. Mire hacia allí, la estrella más blanca y brillante. ¿La ve? Es Vega.

—Sí, creo que sí.

—Tenemos que buscar un triángulo formado por tres estrellas cerca de ella, un poco más abajo —dijo trazando con los dedos una línea imaginaria—. Su forma es parecida a una cometa.

Allison jadeó con sorpresa cuando su vista las encontró y las estrellas parecieron destacar más que las demás, como si alguien hubiera repasado las líneas que las unían con un pincel.

—Se llama Lyra —continuó contándole—. Y como todas las constelaciones tiene su propia leyenda. Cuentan que Orfeo era un virtuoso tocando la lira, tanto que amansaba a los animales y templaba los corazones más duros con su música. Se enamoró de Eurídice perdidamente y ella de él. El día de su boda ella fue raptada y en ese trance pisó una víbora, esta la picó y murió al instante.

—Caramba, qué mala suerte.

—Sí, no era su día, definitivamente. —Aidan sonrió al ver que ella estaba tan relajada entre sus brazos que se había reclinado ligeramente hasta apoyar su espalda en su pecho. El olor de su pelo era tan tentador que estuvo a punto de enterrar la cara en él, y tuvo que concentrarse en el infortunio de Orfeo para contenerse—. Orfeo estaba desconsolado, enloquecido de dolor, y decidió ir al inframundo a buscarla. Gracias a la música de su lira apaciguó al monstruo que guardaba el infierno y consiguió presentarse ante los dioses del

inframundo, Hades y Perséfone. Ellos, conmovidos, le permitieron recuperar a su esposa, pero le pusieron una condición.

—Siempre hay condiciones.

—Sí, quien algo quiere... Como iba diciendo, Orfeo debía caminar delante de ella y no podría volverse a mirarla hasta que consiguieran salir de aquel lugar. Sortearon los tenebrosos y sombríos caminos del inframundo, y cuando ya se creía a salvo, Orfeo se giró para mirar a la bella Eurídice y asegurarse de que estaba bien. Pero ella no había salido del todo de aquel lugar, su pie aún estaba en las sombras, y en ese momento desapareció ante sus ojos, perdiéndola para siempre. Zeus, conmovido por su pena, convirtió su lira en una constelación.

—El amor siempre es sufrimiento, ¿verdad? —concluyó ella con un nudo en el estómago. Entendía la desesperación de Orfeo, que había perdido a su amor cuando ya creía que podía tocar la felicidad con la punta de los dedos. Igual que ella. Suspiró, y en ese momento se dio cuenta de lo reconfortante que era sentir los brazos de Aidan Simpson rodeándola. El tormento pasado, los miedos y la incertidumbre pasaron a un segundo plano. Solo existía ese instante.

—No tiene por qué serlo. Al menos eso me gustaría pensar.

A ella también le gustaría, no había nada que deseara más que creer que el amor podía ser felicidad, paz, ternura... sin sombras, sin obstáculos. Aunque ella ya no estuviera en posición de vivirlo.

—¿Ha visto eso? —preguntó emocionada—. ¡Una estrella fugaz!

—Cierre los ojos y pida un deseo, Allison.

Y lo hizo. Lo repitió en su cabeza una y otra vez como si fuera un mantra. Aislada del resto del mundo, con la brisa de la noche en la cara y el calor del cuerpo de Aidan pegado al suyo, en aquel ambiente casi mágico, tuvo la impresión de que alguien o algo, el universo tal vez, la escucharía y le concedería el deseo. «Que el amor no duela. Que el amor no duela».

—Yo también he pedido un deseo —susurró él deslizando la nariz por su cuello.

Allison se estremeció y alargó la mano hasta que sus dedos se enterraron en su pelo oscuro y suave, y echó la cabeza hacia atrás en una invitación tácita para que continuara. Sus bocas se buscaron en la oscuridad, con hambre, con la necesidad de abrir de nuevo unos corazones que el dolor y la soledad habían entumecido. Ninguno de

los dos se engañaba a sí mismo. Ya no creían en ese amor adolescente y burbujeante, ese que los hizo olvidarse de consecuencias y miedos y los impulsó a lanzarse al vacío. Ni siquiera querían pensar que aquello desembocara en otra cosa que no fuera deseo y complicidad. Pero en el fondo, en el rincón más recóndito del ser humano, siempre hay un pequeño espacio para la esperanza. Aunque lo negaran, aunque se repitiesen que el sufrimiento los había hecho madurar, a pesar de renegar de la impulsividad inherente a la pasión, un pedacito de sus corazones palpitaba desbocado y ansioso por creer que ese consuelo era posible.

Capítulo 14

—Allison, no la he traído aquí para esto. —Aidan la hizo girarse hacia él con cuidado y sujetó sus mejillas con las manos. Ella soltó los bastones y se aferró a su cintura con el convencimiento de que no la dejaría caer, aunque su seguridad, esa que se había escondido durante años bajo la alfombra, había renacido con fuerza y le hacía creer que se bastaba para sostenerse.

—Lo sé. Yo tampoco he venido para esto.

—La culpa ha sido de esa estrella fugaz. —Aidan posó su boca en su mejilla y ella pudo percibir su sonrisa—. Y ahora creo que no nos va a quedar otra alternativa que quedarnos aquí toda la noche hasta poder ver otra, porque me ha sabido a poco.

—Creo que acabo de ver una —bromeó pasando las manos por su cuello y dejándose abrazar por él.

La risa reverberó en el ancho pecho de Aidan y ella sintió que todo su cuerpo se estremecía. Allison sabía que debía apartarse de él por mil razones, y todas válidas. Sabía por instinto, y por la ligera tensión que percibía en él justo antes de tocarla, que luchaba una batalla para mantenerse lejos. Pero algo los empujaba a saltarse las normas, aunque sabía que tarde o temprano la sensatez se impondría. Quizá por eso no le importaba arriesgarse, porque no se hacía ilusiones de que aquello pudiera salir bien. Era imposible.

Él, por su parte, no quería hacerle daño; ella ya había tenido suficiente dolor, y lo había sufrido cuando todavía no tenía madurez para digerirlo. Ahora era una mujer con una coraza que a todas luces no era lo bastante dura para protegerla de los envites de la vida. Aidan también había caminado esa misma senda. Pero ya era un hombre adulto cuando todo ocurrió. Y, aun así, también había estado a punto de dejarse llevar por la desesperación. Eran dos almas rotas intentando recomponerse, y tenía miedo de que aquel frágil equilibrio se quebrara. Cuando terminase su labor allí se alejaría de Richter Manor, de Allison y de todos los Craven sin excepción. ¿Qué sentido tenía, siendo un hombre honorable e íntegro, acercarse a ella, traspasar los límites y posiblemente darle ilusiones sobre algo que estaba condenado a no suceder? Pero por mucho que intentara encontrar una sola razón que lo obligara a detener aquella locura, se había vuelto ciego y sordo a los dictados de su conciencia. Era un títere sin ánimo para luchar, sin fuerza de voluntad para oponerse a lo que su cuerpo le exigía.

Aidan la tumbó sobre la manta con cuidado, relegando a un rincón de su mente los remordimientos que le gritaban que se detuviera, que aquello no estaba bien. Ojalá ella le hubiera pedido que se alejase, que guardase la distancia propia de su relación. Pero no lo hizo. En cuanto él se tumbó junto a ella, Allison deslizó los dedos por su nuca y los enredó en su pelo, haciendo que él gimiera.

Le encantaba que hiciera eso, un gesto tierno y a la vez sensual que lo excitaba sin remedio. Aidan desoyó los últimos intentos de su conciencia de hacerlo entrar en razón y enterró la cara en el hueco de su cuello, aspirando con fuerza aquella fragancia suave y dulce. Sus bocas se buscaron en las sombras y se unieron de nuevo, en una danza primitiva que parecía eterna, como si lo hubieran hecho mil veces y sus labios ya conocieran el camino a seguir. Sintió que Allison se estremecía cuando él comenzó a desabrochar los botones de su corpiño; y al acariciar sus hombros y sus brazos, percibió que su piel se había erizado. No sabía si era a causa del frío de la madrugada, pero la cubrió de besos hasta que ella gimió aferrándose a él. Sus pechos pequeños y firmes recibieron ansiosos la caricia de su boca y su lengua, sin prisa, recreándose en cada suave suspiro y cada gemido que ella dejaba escapar. Mordisqueó sus senos con delicadeza, los

calmó con su lengua, jugueteó con sus dedos, hasta que su piel comenzó a arder y Allison se retorció debajo de él. Las manos de Aidan se perdieron bajo su falda y sonrió contra su piel al descubrir que había prescindido de las capas de enaguas de su ropa interior, seguramente por no haber dispuesto de la ayuda de su doncella para vestirse, cosa que agradeció, ya que eso suponía un obstáculo menos entre sus cuerpos.

—Aidan... —susurró ella tirando de la tela de su camisa para poder tocar su piel. Gimió al sentir que él se aproximaba más a su cuerpo, pegando su erección a su cadera—. Por favor.

Él detuvo el movimiento de las manos que ascendían sin tregua por sus muslos, temeroso de que ella no quisiera continuar.

—¿Quieres que me detenga? —Ojalá que ella dijera que sí, ojalá ella fuese capaz de poner fin a aquella locura.

—No, Aidan. No. Sé que esto no está bien, pero hacía tiempo que no me sentía viva. No pares.

Allison deslizó sus manos por el abdomen musculoso de ese hombre que, sin saber muy bien cómo, se había abierto paso entre las brumas de sus miedos. Continuó bajando hasta llegar a su pantalón y apretó su erección, acariciando su longitud por encima de la ropa. Él gimió, tan excitado que le costaba respirar, y sus hábiles dedos reanudaron su ascenso por la suave piel femenina hasta llegar hasta la unión entre sus muslos. Acarició su humedad con movimientos erráticos al principio, extasiado por el placer que sintió cuando Allison se atrevió a traspasar la barrera de la tela para acariciar su miembro con más intensidad. La besó con pasión mientras sus manos buscaban el placer mutuo, y las sensaciones se arremolinaban sin tregua. El clímax los alcanzó a ambos bajo el cielo nocturno y él estuvo seguro de que no había ninguna partitura más perfecta que aquella.

Allison odiaba los días así. El cielo sobre su cabeza mostraba un color plomizo por las nubes altas que impedían que luciera el sol, haciendo que el ambiente estuviese cargado de una energía extraña, pero no parecía que fuese a llover. Le gustaban los días soleados o los lluviosos, en los que pasaba horas junto a su ventana viendo cómo las

ramas de los árboles se doblegaban por el peso del agua. Sin embargo, odiaba sobremanera el tiempo ambiguo que no la dejaba disfrutar ni de una cosa ni de otra. Le resultaban tristes y su estado de ánimo se contagiaba fácilmente de la tristeza. Que el doctor Simpson le hubiera mandado una nota a primera hora de la mañana para informarla de que ese día la dejaría descansar para que su pierna no acusara el excesivo esfuerzo del día anterior la había puesto de peor humor si cabe. «Cobarde». Ojalá hubiera podido gritarlo con todas sus fuerzas, pero debía limitarse a morderse la lengua y a maldecirlo en silencio. A ella también le costaba trabajo asumir que había estado a punto de entregarse a él en su jardín, y que habían traspasado los límites de la decencia y la moral. Era su médico, entendía que se sintiese confundido y sobrepasado, pero ella no le había pedido nada, no esperaba nada. Ninguno lo había buscado, simplemente había ocurrido, pero era lo bastante madura para comportarse como si nada hubiera sucedido entre ellos.

Se inclinó hacia delante y levantó su falda. La almohadilla que protegía su pierna del roce metálico de la bota ortopédica se había desplazado en algún momento del día anterior y le había producido una ampolla. Aunque no era grave resultaba muy doloroso y esperaba que no se infectase o supondría un nuevo parón en su recuperación. A lo mejor Simpson había tenido razón en concederle un descanso, debía darle tiempo a su pierna a adaptarse. En cuanto Casandra fuese a visitarla le pediría alguno de sus remedios para las heridas. Mientras tanto tendría que entretenerse en algo. Había intentado dibujar, pero no lograba encontrar la inspiración. Recordó cuando su única ocupación era sentarse en soledad y mirar el trascurrir de las horas a través de la ventana. Se había acostumbrado a abstraerse y mantenerse alejaba de lo que la rodeaba. Es esos momentos en los que la tristeza lo había impregnado todo había aprendido a no necesitar nada ni a nadie, de hecho, se había esforzado para apartar a todos de su lado. Todavía quedaba mucho para ser la Allison que habitaba su cuerpo antes de la muerte de Charles; en realidad esa chica alegre, un poco caprichosa e impulsiva había quedado sepultada por toneladas de dolor y lágrimas. No volvería. Aquella chica no volvería. Pero al menos ahora despertar cada mañana no dolía. No podía asegurar que eso fuese felicidad, pero tal vez algún día podría afrontar un nuevo

amanecer con una sonrisa. Rebuscó entre los papeles de su escritorio y encontró el paquete envuelto que contenía los pliegos perfumados que Simpson le había regalado cuando acudieron al mercado. Se acercó una hoja a la nariz y aspiró con fuerza para disfrutar del olor dulce que desprendía. ¿A quién podía escribirle? Comenzó a elaborar una lista mental de todas aquellas personas que un día tuvieron una pequeña parcela en su vida y empezó por sus amigas del internado. Annie Wilson, Beatrice y Emma Jones, Lorraine Cavendish, Lysa Stuart, su prima Jolie... La lista seguía, y sin duda eso la entretendría durante el resto del día. Solo había que luchar contra la incertidumbre que la embargaría después de enviarlas, y tener que esperar a recibir las respuestas. ¿Qué podía decirles, por dónde empezar? Se había perdido la confianza entre ellas después de tantos años, tendría que limitarse a una carta formal, llena de diplomacia y buenos deseos. Su vista se nubló emocionada al mirar el precioso papel y pensó que debía planear muy bien qué escribir para no desperdiciarlo. Cogió su pluma y tras unos instantes decidió empezar:

Querido Charles

Su vista volvió a empañarse, esta vez por las lágrimas que acudieron raudas a sus ojos. Arrugó el papel hasta hacer una bola con él y, apoyándose en los muebles, cruzó la habitación para arrojarlo a la chimenea apagada.

Capítulo 15

—¿Puede saberse por qué no me avisaste? —preguntó Aidan intentando contener su enfado, que no tenía nada que ver con Allison y sí consigo mismo.

El día anterior no se había encontrado con fuerzas ni valentía para acudir a visitarla y era la primera vez en la vida que le fallaba a un paciente. Al despertar, todavía tenía el sabor de los besos de Allison en la boca, su olor impregnado en la piel y el eco de sus jadeos persiguiéndolo para hacerlo enloquecer. Solo pensar en ella hacía que la excitación acudiese tan inoportuna como intensa; verla y tocarla de nuevo era una dura prueba, y necesitaba tiempo para asumir lo que estaba sucediendo. Estaba convencido de que ambos lo necesitaban para pensar y recomponerse después de lo que había pasado entre ellos.

Allison miró de soslayo a la doncella que en esos momentos doblaba las toallas y las guardaba en uno de los armarios, y le hizo un elocuente gesto a Aidan para que se contuviera. No era apropiado que se tutearan delante de los demás, menos aún del servicio. Jessica era muy buena chica, pero si llegaba a sospechar que entre ellos había ocurrido algo, el rumor correría como la pólvora. Él se dio cuenta al instante de su error y carraspeó antes de intentar corregirlo.

—Verá, señorita Craven. Todas las heridas merecen atención,

pueden infectarse y complicarse en un abrir y cerrar de ojos. Debió hacerme llamar.

—Solo era una rozadura y Casandra me ayudó. Hoy tiene mucho mejor aspecto, doctor Simpson, pronto habrá cicatrizado. Jessica —Allison necesitaba librarse de la tensión que suponía sentirse observada y tenía que sacar a la doncella de allí—, no he desayunado, ¿podrías traerme algo de comer? Un té y unos sándwiches serán suficientes. Y deja la puerta abierta, por favor.

La doncella hizo una reverencia y salió en silencio de la habitación.

—Lo siento. Estas son el tipo de cosas que quiero evitar. —Aidan se alejó unos pasos de ella y se detuvo frente al ventanal que daba al jardín. Se pasó las manos por el pelo mientras ponía en orden lo que sentía. No podía perdonarse que Allison hubiera tenido que recurrir a Casandra solo porque él no hubiera tenido los arrestos de acudir a cumplir su obligación, aunque el daño hubiese sido mínimo—. Debería haber venido ayer. Solo pretendía darte un poco de tiempo para asimilar lo que pasó y que no te sintieras incómoda.

—Tengo la impresión de que la situación te incomoda más a ti que a mí, Aidan.

—¿Te parece extraño? Podría perderlo todo, Allison. Todo lo que soy, todo por lo que he luchado. Soy tu médico. Mi deber es velar por tu bienestar. Y eso no incluye traspasar los límites como lo hemos hecho.

—No has abusado de mí ni de mi confianza, no te has aprovechado mientras me tratabas ni estando bajo los efectos narcóticos de un medicamento. Lo que ha ocurrido ha sido fuera de estas cuatro paredes. Entiendo que puedas tener reticencias y que tu moral y tu honor estén librando una lucha contra lo que deseas. Pero puedes estar tranquilo, no seré yo quien te convenza para que algo así vuelva a ocurrir entre nosotros. No quiero tu amor, no voy a pedirte nada, no aspiro a nada. Sé que cuando termines tu trabajo te marcharás sin más.

—Debería hacerlo de inmediato. Lo honesto sería dejar tu recuperación en manos de un doctor más íntegro que yo.

—Sería muy cobarde por tu parte dejar el trabajo a medias.

—Allison, no solo me preocupa tu pierna. Has estado en una

burbuja mucho tiempo, alejada de la gente y del mundo, por voluntad propia. —Aidan se acercó a ella, con su rostro reflejando preocupación, tanta que ella deseó acariciar su mejilla para aliviar su pesar—. Y ahora aparezco yo, y...

—Me niego a que me trates como si fuera una víctima de la que te has aprovechado. Tú mismo dijiste que soy más fuerte de lo que yo creía. Quizá también sea más fuerte de lo que tú crees.

—Sé que eres fuerte.

—Sí. Y me duele serlo. A veces creo que estoy fallándole a Charles solo por tener ganas de curarme y de seguir viviendo. —Allison se sorprendió de haber puesto en palabras los sentimientos que estaba descubriendo poco a poco y que no quería aceptar del todo por una lealtad equivocada. Quería vivir, esa era la verdad—. Estoy aquí, y volver al pozo en el que estaba no le devolverá la vida.

Aunque él no tuviese ningún mérito en eso, Aidan se sintió orgulloso de ella. No lo dijo, no quería seguir fortaleciendo el vínculo que ya existía entre ellos y que a estas alturas parecía irrompible. La deseaba como no recordaba haber deseado a otra mujer, quizá porque estaba prohibida para él. Y sabía que seguiría deseándola aunque llegase el momento de poseerla, cosa que esperaba poder evitar.

—No me perdonaría si lo hicieras, Allison.

—No eres responsable de lo que yo desee o no desee hacer. Solo de cumplir con tu trabajo.

Aidan se colocó detrás de la silla que ella ocupaba y apoyó las manos en los reposabrazos, rodeándola. Inclinó la cabeza hasta enterrarla en su cuello y ella cerró los ojos para contener el remolino de sensaciones que la envolvió.

—Y cómo esperas que lo haga si cuando te miro solo pienso en volver a besarte, en acariciarte hasta que te estremezcas de placer. ¿Tienes idea de lo difícil que me resulta no caer en la tentación?

Allison cerró los ojos y tragó saliva, y él suspiró al percibir el movimiento de su garganta. Ansiaba con desesperación lamerla y pasar sus dientes por esa fina piel hasta arrancarle un gemido tras otro. Se separó de ella y dio varios pasos para poner entre ellos la máxima distancia posible.

—Las cosas importantes no son fáciles. Aidan, no quiero volver a revivir los primeros días después de mi accidente, cuando pasé de

mano en mano como si fuera un espécimen raro con el que experimentar. Nadie más me tocará. Si te marchas no permitiré que ningún otro médico me trate, no tengo fuerzas para lidiar con eso otra vez.

—Estás mejorando. No puedes detenerte ahora.

—Y no lo haré si tú estás conmigo. Te comprometiste a curarme, solo te pido que hagas tu trabajo dentro de tus posibilidades. Olvidémonos de los besos y las caricias. Volvamos a ser dos extraños con un fin común.

—Está bien. —Aidan se dirigió hacia la mesa donde estaba la bota ortopédica para concentrarse en lo que había ido a hacer. Cuidar de ella—. Lo primero es ajustar la bota para que no vuelva a herirte.

Allison respiró aliviada, y todavía no sabía muy bien por qué. Puede que Aidan tuviese razón y lo mejor para ambos fuera alejarse. Él podía perder su prestigio e incluso su trabajo, pero ni siquiera se atrevía a pensar en lo que podía perder ella.

Casandra se llevó la mano a los labios para ahogar un jadeo de sorpresa y pegó su espalda a la pared del pasillo en un gesto espontáneo para evitar ser descubierta, aunque su última intención hubiera sido espiar al doctor Simpson y a su cuñada. Leo y ella se habían cruzado con Jessica, que se dirigía a la cocina a por un refrigerio, y su marido había puesto el grito en el cielo al pensar que su hermana y el doctor estaban a solas en la habitación. Ella lo había convencido de que las puertas estaban abiertas en pos del decoro, y que ambos se comportaban con frialdad y distancia, y se había ofrecido a actuar de carabina hasta que la doncella volviese. Había sido una suerte que Leonard lo dejara en sus manos, porque de haber sido él quien escuchase semejante confesión se habría desencadenado el desastre.

Su intuición le había dicho que entre Allison y Simpson las cosas se habían suavizado, y había percibido miradas que confirmaban que estaba surgiendo algo a lo que todavía no le ponía nombre. No esperaba que hubieran traspasado los límites hasta ese punto, pero no era nadie para juzgarlos cuando ella misma lo había hecho antes.

Sabía lo que se sentía al rechazar el deseo que te devasta por dentro y te arrastra hacia la otra persona; conocía la emoción de un beso furtivo y la rendición a lo inevitable. Ella había conseguido la felicidad máxima junto a su marido y había merecido la pena arriesgarse a perdonar para llegar ahí. Solo esperaba que Allison no volviera a sufrir, no sabía cómo podría sobrellevar una nueva desilusión.

Capítulo 16

—¿Seguro que no le apetece dar un pequeño paseo, señora Craven? —Ofreció el doctor mientras tendía un brazo a Allison, que no tardó en aferrarse a él. Hacía días que no habían vuelto a salir al exterior por culpa de la herida que la bota ortopédica le había causado.

Los leves ajustes que el doctor había hecho parecían suficientes para andar con comodidad, y Allison estaba ansiosa por salir de su habitación de nuevo. Resultaba curioso que antes no quisiera ni siquiera descorrer las cortinas. La inminente llegada de su sobrino también tenía mucho que ver. Para ella, ese bebé era un pedacito de Charles, y quería estar fuerte para poder jugar con él, cuidarlo y contarle mil historias.

—Estoy un poco cansada, pero le agradezco el ofrecimiento. Hace muy buen día, aprovéchenlo. Yo me sentaré en la terraza y vigilaré todos sus movimientos.

Ambos sonrieron ante su broma, pero la mirada intensa que Casandra le dedicó a Allison la desconcertó. Se preguntó si sabría algo de lo que había ocurrido entre ellos o si solo era intuición. Los últimos días su relación había sido tan fría y distante como al principio, lo que había servido para templar un poco los ánimos. Eso no evitaba que su piel se estremeciera cuando Aidan la tocaba o la ayudaba a levantarse

sujetando su cintura, tan cerca que podía percibir su aliento cálido en su cuello. Era imposible ignorar esa atracción, y estaba segura de que él la sentía con la misma intensidad.

Casandra los vio alejarse por el jardín, y con una sonrisa cómplice que nadie advirtió, se levantó y abandonó la terraza. El amor, o lo que estuvieran sintiendo, necesitaba seguir su curso natural y no sería ella quien se interpusiera.

Simpson se sentía incómodo dentro de su traje de lino, mientras se adentraban poco a poco en el bosque. Hacía calor y notaba la camisa pegada a su espalda. La proximidad de Allison, enfundada en un liviano vestido *beige*, tenía mucho que ver. Su doncella le había recogido el pelo en los laterales con unas pequeñas horquillas de flores, y el resto caía en una cascada dorada hasta el final de su espalda. La manga corta dejaba a la vista su piel blanca y perfecta, y su discreto escote permitía ver el inicio de sus clavículas. Aidan había deseado repasarlas con la lengua en cuanto la había visto. La miró de soslayo y ella debió notarlo, ya que se giró hacia él. Como si fueran dos niños pequeños pillados desatendiendo la lección, volvieron con rapidez la vista al camino.

A Allison le encantaba el verano. Poder prescindir de capas y capas de ropa, pasear bajo la luz de un sol brillante y disfrutar de ese calor que hacía que todo pareciese más vivo. Además, los días así le traían de vuelta los recuerdos de aquellas jornadas interminables, cuando sus hermanos volvían del internado, y pasaban las mañanas junto con Charles en el lago. A pesar de que ellos no querían su compañía, a menudo se escapaba para observarlos a escondidas o unirse por la fuerza a sus meriendas improvisadas en algún claro del bosque. Hasta que creció lo suficiente para no poder permitirse los caprichos de una niña rebelde y consentida. En ese momento había encontrado otra ocupación mejor, observar a Charles y enamorarse de él un poco más cada día.

—Será mejor que descansemos —dijo Aidan sacándola de sus recuerdos. En ese momento se dio cuenta de que respiraba con dificultad y que su pierna acusaba el esfuerzo—. Siéntate aquí.

Aidan le indicó un enorme tronco caído que serviría de asiento y ella se sentó con cuidado.

—Ha vuelto a tutearme —apuntó ella con sorna.

—Aquí no nos oye nadie. ¿Te encuentras bien? Déjame ver, no quiero que vuelvas a acabar magullada.

Allison observó su pelo oscuro, que caía sobre su frente dándole un aspecto más juvenil, mientras él se agachaba frente a ella y levantaba su falda para observar la pierna.

—Creo que Casandra no podrá vernos desde la terraza.

Aidan levantó la vista hacia ella con preocupación. Habían comenzado a caminar y habían perdido la noción del tiempo, internándose en el bosque, cada uno sumido en sus pensamientos.

—En cuanto descanses un poco volveremos. No me gustaría que tu hermano viniese a buscarnos con una escopeta en la mano. —Su tono fue seco y ella se arrepintió de haber tocado ese tema.

—He escrito algunas cartas a mis amigas, tal como me sugeriste —dijo tras unos minutos en silencio que le parecieron una eternidad, mientras jugueteaba con su bastón—. Ahora solo hay que esperar a que contesten.

—Seguro que lo harán. Ten fe.

—No lo sé. Ni siquiera sabía de qué hablarles. Me he perdido tantas cosas... He revisado las últimas cartas que intercambiamos. Hablábamos de nuestras próximas presentaciones en sociedad, de cómo sería el primer baile, y nos aventurábamos a intentar adivinar quién sería el primer caballero que nos pidiera un vals.

—Supongo que echas de menos no haber vivido esa época.

—En realidad... —Allison soltó una carcajada traviesa—. Pensar en la fortuna que se gastó mi madre en un profesor de baile para nada me consuela un poco. Seguro que cada vez que lo recuerda se enfurece.

Aidan sonrió al ver que era capaz de bromear sobre sí misma, lo cual solo significaba una cosa: estaba mejorando.

—Deduzco que no te gustaba demasiado bailar.

—No sé. No tuve tiempo de comprobarlo. Supongo que... habría sido emocionante que un guapo caballero se hubiera acercado y me hubiera pedido un vals. —Sacudió la cabeza y sonrió alejando el leve velo de nostalgia que había caído sobre ella—. Este camino conduce a

un pequeño lago. ¿Has estado allí? —preguntó Allison mordiéndose el labio. Quería ir a ese lugar. Lo necesitaba, pero no sabía si sería capaz de llegar.

—Sí, algunas tardes doy largos paseos por el bosque y los alrededores. He pasado por allí alguna vez, es un lugar muy hermoso.

—Es mi lugar favorito de la propiedad. Mis hermanos y yo nos bañábamos allí en verano.

—¿Y a qué esperamos para ir? —preguntó dando una palmada al ver que sus ojos se habían humedecido al recordarlo.

—¿Qué? Yo... hay bastante distancia desde aquí, sin contar con que luego hay que volver. No sé si sería capaz.

—Yo te llevaré, no está tan lejos. —Aidan no le dio pie a buscar más excusas y le quitó el bastón de las manos para dejarlo apoyado sobre el tronco.

—¡Aidan! —gritó con sorpresa al verlo agacharse de espaldas a ella y tirar de sus brazos para subirla a cuestas—. No puedes hacer eso.

—Pues creo que lo he hecho —bromeó tirando de ella para acomodarla mejor—. Solo tienes que rodear mi cintura con las piernas y agarrarte con fuerza a mi cuello. Del resto me encargo yo.

—Espera. Mi bastón —le recordó cuando ya emprendían el camino que se internaba en el bosque.

Aidan se giró para recogerlo y empezó a caminar a grandes zancadas en dirección al lago. El sol caldeaba su piel, pero nada comparable con la sensación de tener el cuerpo de Allison pegado a su espalda. Comenzó a silbar para concentrarse en algo que no fuera su proximidad y el deseo que ella le despertaba, cosa que surtió efecto a medias.

—Pareces contento. —Allison se inclinó sobre su cuello disfrutando de su cercanía y de su olor.

—Los lagos tienen ese efecto en mí.

La carcajada alegre y espontánea de Allison reverberó en todo su cuerpo y la emoción que sintió lo confundió. Hacerla reír, percibir que ella estaba bien lo reconfortaba y supo que haría lo que fuese para hacerla feliz.

Cuando al fin divisaron el lago, se detuvo para recuperar el aliento. La luz del mediodía le arrancaba reflejos dándole un aspecto

mágico y entendió por qué era el lugar favorito de Allison. Allí se respiraba paz, y él estaba muy necesitado de eso. Días antes había paseado por allí y no le había parecido tan bonito; puede que ahora, al verlo desde el mismo prisma desde el que lo veía ella, todo fuese diferente. Acortó la distancia que los separaba de la orilla y la depositó sobre la hierba con delicadeza.

Allison se sentó, cerró los ojos y volvió la cara hacia el cielo para sentir los rayos del sol sobre la piel, con una sonrisa extasiada. Había pensado muchas veces en el lago y se había resignado a que probablemente no volvería a verlo. Sin saberlo, Aidan le había regalado algo de un valor incalculable. Sus manos se sumergieron entre las briznas de hierba alta, acariciándolas despacio, sus oídos se agudizaron para escuchar hasta el último trino de los pájaros y el zumbido de los insectos, y su pecho se hinchó de felicidad. Abrió los ojos de golpe cuando Aidan se arrodilló frente a ella. Tras quitarse la chaqueta, y sin dejar de mirarla a los ojos, levantó su falda y le sacó los zapatos y la bota ortopédica poniendo mucho cuidado en no tocarla.

—Hace mucho calor, ¿te apetece mojarte los pies?

Allison abrió mucho los ojos, como una niña que ve un algodón de azúcar por primera vez.

—¿En serio?

—¿Qué te lo impide? —la retó con una sonrisa pícara mientras se desprendía de sus botas. Allison se quitó las medias y se sorprendió de que le costase menos trabajo que unas semanas antes, lástima que el dolor del tobillo, lejos de disminuir, se acrecentaba cuanto más se esforzaba en caminar. Aceptó la ayuda de Aidan para ponerse de pie y caminó despacio hasta la orilla, disfrutando del cosquilleo de la hierba en la planta de los pies. Se sentía tan feliz que tuvo ganas de llorar y reír a la vez. Continuó hasta que el agua le llegó a los tobillos y encogió los dedos de los pies jugando con la arena del fondo. Con una sonrisa radiante miró a Aidan, que la observaba con intensidad. Tendió hacia ella una mano esbozando una sonrisa pícara.

—Señorita Craven, ¿me haría el honor de concederme este baile?

Capítulo 17

Allison lo miró sin entender y durante un segundo se sintió un poco violenta al pensar que él estuviese usando lo que acababa de contarle para burlarse. Acabó descartando la idea, ya que, aunque a menudo resultase un poco déspota e intransigente, parecía no haber maldad en él. Miró la mano que le tendía, como si fuese un animal peligroso, y luego volvió a observar su rostro, haciendo que él soltase una carcajada.

—Vamos, atrévete. Solo es un baile.

—Pero cómo... yo no podría.

—Podrás, confía en mí. —Aidan miró hacia el lago y ella lo entendió.

—Espera. No mires, no quiero mojarme el vestido.

Aidan asintió y cerró los ojos sin alejarse de ella para ayudarla a mantener el equilibrio. Ella se desabrochó el vestido con prisas, se lo sacó por la cabeza y lo lanzó a la orilla lo más lejos que pudo, que no fue demasiado.

—¿Puedo? —preguntó él al cabo de unos minutos. Tras un tímido «sí» abrió los ojos al fin.

La visión de Allison lo dejó sin aliento. Su rostro estaba sonrojado y se mordía el labio inferior, expectante. Vestía solo una camisola de fino encaje, y sus brazos y hombros desnudos brillaban bañados por la

luz del sol. Había cruzado los brazos sobre el pecho por pudor y mantenía el equilibrio a duras penas, sujeta solo por la mano de Aidan, que se había posado en su cintura.

—¿Preparada?

Ella asintió y Aidan la pegó a su cuerpo para levantarla en vilo y sumergirse con ella en el lago. Allison gritó entre risas cuando sintió el agua helada rodeándola, y él le correspondió.

—Déjate llevar, no intentes tocar el suelo. Te tengo, no te preocupes —le pidió con un susurro ronco, demasiado cerca de la piel de sus hombros.

Obedeció permitiendo que sus piernas flotaran con libertad. Aidan afirmó la mano que rodeaba su cintura mientras entrelazaba la otra con la de Allison, como si fueran a bailar un vals. Comenzó a trazar con sus pies los movimientos, guiados por los sonidos del bosque que formaban una melodía perfecta. Giró con Allison en sus brazos y ella tuvo la impresión de que no solo podía flotar en el agua o bailar, podría volar de la mano de ese hombre. Giro tras giro, se sumergieron en esa fantasía creada especialmente para ella; el bosque se transformó en un salón de baile; el canto de los pájaros, en música; y ellos, en dos bailarines despreocupados, solo pendientes de sus miradas brillantes y de sus respiraciones agitadas.

Allison prorrumpió en una alegre carcajada cuando Aidan la hizo girar con más fuerza y se aferró a su cuello con ambas manos. Aunque sabía nadar no se sentía lo bastante segura para soltar su agarre. Tampoco quería hacerlo. Con movimientos lentos se aproximaron un poco más hasta que sus pechos se tocaron; sus rostros se habían acercado llevados por una fuerza imposible de resistir, y las manos de Aidan la rodearon por la cintura para evitar que se alejara. Allison apoyó su frente sobre la de él y enterró los dedos en su pelo. Le encantaba su tacto suave y supo que podría pasar horas tocándolo. Durante unos segundos sus labios se resistieron a unirse, en un tira y afloja que ambos tenían perdido de antemano. Nadie supo quién se rindió primero o quién besó a quién, pero estaba claro que ninguno podía detener aquella espiral de deseo. Con cada movimiento de sus lenguas sus corazones latían más desbocados y el calor de sus cuerpos hacía que olvidaran la temperatura del agua, y el resto del mundo que los rodeaba. Aidan deslizó sus manos para aferrar su trasero y ella

correspondió entrelazando las piernas a su cintura para aumentar el contacto entre ellos. Ya no hubo más risas, fueron reemplazadas por gemidos desesperados y alientos entrecortados.

Aidan salió del agua con Allison aferrada a su cintura y la tumbó sobre la hierba colocándose sobre ella. No podían dejar de besar sus pieles húmedas ni detener sus manos que se colaban bajo las prendas empapadas. Aidan acarició sus muslos y su mano buscó la tibieza de su intimidad, sin dejar de besar sus pechos, que a la luz del día eran aún más hermosos. Se deseaban en la misma medida y sabían que por mucho que se resistiesen, por más que la moral o el deber intentasen levantar una barrera, el desenlace era inevitable y tarde o temprano cederían a aquella apremiante necesidad. Por más que hubiese deseado tomarla allí mismo como un salvaje, Aidan todavía conservaba un ápice de civismo y se detuvo antes de que la pasión terminase de nublarles el juicio. Contempló unos instantes a esa mujer que estaba desbaratando sus límites, fascinado por la profundidad de sus ojos azules y por lo mucho que transmitían sin necesidad de palabras. No le importaría sumergirse en ellos eternamente, pero sabía que no podía ser, sus caminos eran muy diferentes. De manera egoísta él se había consagrado a su carrera, a sus investigaciones, y necesitaba libertad para viajar durante meses o pasar noches enteras sin volver a casa y sin dar explicaciones. Con Theresa había sido fácil, ella lo entendía. Se conocían desde niños y había aceptado sus condiciones sabiendo que era la única forma de tenerlo.

Allison, por su parte, también debía ser egoísta. En ese momento de su vida su única prioridad era ella misma, y sería un error distraerse de su propósito desperdiciando su tiempo en amores que no llegarían a ninguna parte.

Ella le devolvió la mirada y acarició su rostro con ternura, quizá demasiada. La luz que incidía sobre ellos brillaba en las pequeñas gotitas que resbalaban del pelo de Aidan y sus ojos verdes se veían más claros que nunca. Intentó recordar si alguna vez había visto algo más bello que eso y no pudo. Lástima que aquello fuese tan hermoso como efímero.

La imagen de Allison con la camisola de encaje pegada al cuerpo y el agua resbalando por la piel había acompañado a Aidan durante todo el día, manteniéndolo tan excitado y nervioso como un adolescente calenturiento. Ni siquiera había podido añadir una sola línea a su tesis, aunque, gracias a Dios, ya estaba casi lista. No solía abusar de la bebida, pero Dios sabía que esa noche había necesitado aturdirse para conciliar el sueño. Algo que no había servido de mucho.

Las pesadillas habían hecho acto de presencia nada más cerrar los ojos, como tantas otras veces. Se vio a sí mismo abandonando su cama y dirigiéndose hacia el lago. Sabía lo que iba a encontrar allí. Allison, de espaldas a él y bañada por la luz de la luna, emergía del agua como una ninfa. Su pelo dorado se extendía a su alrededor como si fuesen tentáculos, que reptaron hacia él hasta atraparlo. Ella lo miró por encima de su hombro y le dedicó la sonrisa más dulce que había visto jamás. Y, sin embargo, él se sintió intimidado. No debía dejarse llevar por el deseo y la pasión que ella le despertaba. Después de todo solo eran dos almas rotas y solas que no podrían curarse mutuamente. Aidan quería marcharse, huir lo más lejos posible y volver a su apacible vida en la que los sentimientos no tenían cabida. Pero no podía. Tras un arduo forcejeo se deshizo de los tentáculos y echó a correr. Ya no estaba en el bosque. Reconoció el largo pasillo de su mansión londinense y otra vez supo lo que iba a encontrar allí. Avanzó apoyándose en la pared hasta llegar a su habitación. El ambiente estaba tan cargado que incluso en el sueño pudo notar el calor sofocante y ese olor peculiar que precede a un desenlace nefasto, el olor de la muerte. Sabía que ya era demasiado tarde. Se acercó a la cama, Theresa estaba allí, tan pálida, aferrándose a un hilo de vida. Abrió los ojos y lo miró con la misma expresión dulce que había visto en Allison. Hubiera preferido ver rencor o ira, pero solo había comprensión. Theresa suspiró y él alargó la mano para acariciar su mejilla una última vez. Se detuvo en seco al ver que su mano estaba manchada de sangre. Se alejó de la cama espantado, la sangre cubría sus ropas, sus dedos y el suelo de la habitación. Quiso correr, pero sabía que no tenía sentido hacerlo. No había lugar donde esconderse.

Al despertar, Aidan supo que había gritado en la oscuridad al notar su garganta dolorida, y agradeció estar solo en aquella casa. Estaba empapado en sudor y apenas podía respirar con normalidad. La

pesadilla había sido mucho más larga y cruel que otras veces, y sobre todo más real. Se sentó en la cama con la cabeza enterrada entre las manos y se secó con brusquedad una lágrima. No quería llorar. Theresa odiaba los dramas innecesarios. En realidad, Theresa despreciaba todas las demostraciones excesivamente emotivas. Desde que ella falleció había intentado no recrearse en el dolor y la nostalgia. Había vuelto al trabajo a los pocos días y había retirado de su vista cualquier objeto que le recordara a su esposa, excepto alguna fotografía y el camafeo que siempre usaba. Tal y como ella habría hecho. Theresa era una mujer fuerte, realista y pragmática, que se había enfrentado siempre a la vida con serenidad y sensatez. Y esperaba lo mismo de él, de hecho, había sido su juez más duro y su consejera más capaz.

Poco a poco él había descubierto una nueva rutina salpicada de viajes y emociones diferentes, alejado de cualquier cosa que tuviera que ver con el amor, y había aprendido a vivir sin ella. La echaba de menos, había sido su mejor amiga desde que tenía memoria, pero había aceptado su ausencia, como se aceptan las cosas inevitables de la vida. Ahora, con Allison removiendo su interior, los sentimientos se entremezclaban en un crisol, le arañaban el alma y sacaban afuera todo aquello que permanecía oculto a la vista, todo lo que hacía daño. Porque Aidan Simpson era un experto en ocultar cosas, todas aquellas que empañaban el brillo impecable de su ego.

Se levantó y cogió de nuevo la botella de brandy, pero lo pensó mejor y volvió a dejarla sobre la mesa. Sabía de sobra que el alcohol y los pensamientos funestos no hacían muy buena combinación. Pensó en ir hasta el lago y darse un buen baño en agua helada, eso seguro que templaba sus ánimos. Salió en mangas de camisa convencido de que no se cruzaría con nadie, pero en el último momento, en lugar de enfilar el camino del lago, se dirigió hacia los establos.

Sabía que era demasiado tarde para que Allison estuviese allí, y la verdad era que prefería que fuese así. Necesitaba respirar, deshacerse de la sensación de no caber dentro de su propia piel. Y para eso era mejor que no hubiera testigos.

Cuando se acercó a las caballerizas, los caballos se removieron ligeramente en su lugar ante la presencia de un extraño. Aidan se acercó primero a Nube de tormenta, que estaba más cerca de la

entrada, y acarició su frente.

—Eh, buenas noches, campeón. No tomes a mal que hoy Allison no haya venido a verte, ha sido culpa mía. Creo que le he exigido demasiado.

Se dirigió a la yegua y acarició su cuello, y esta resopló en respuesta.

—Y tú eres la dulce y leal Perla. Eres hermosa, no cabe duda.

Aidan se sentó en la caja de madera que había colocada junto a la pared frente a ellos y disfrutó de la tranquilidad que se respiraba allí.

—Ahora entiendo por qué Allison viene aquí cada noche. Contagiáis paz —suspiró y cerró los ojos unos instantes, pero lo que bullía en su interior era demasiado intenso para permitirle descansar —. Vosotros la conocéis bien, sabéis cuáles son sus anhelos, sus deseos y sus miedos. Yo también, quizá porque son los mismos que los míos.

Guardó silencio y negó con la cabeza, sintiéndose un poco idiota, y se pasó las manos por el pelo.

—Este silencio incita a hablar, y yo llevo mucho tiempo sin hablar con nadie, sin hablar de verdad, quiero decir. Me he acostumbrado a guardarme las cosas que no puedo analizar, diseccionar, entender y diagnosticar. Los sentimientos, aunque no lo parezca, son mucho más complejos que un dolor de tripa o una herida que coser. —Uno de los caballos relinchó y él sonrió—. Me lo tomaré como un gesto de aprobación, odio que me lleven la contraria, aunque eso seguro que Allison ya os lo ha contado. Allison, la bella, fuerte y rota Allison. No se merecía tanto sufrimiento. Debería haber bailado docenas de bailes, coqueteado, viajado... y si hubiera existido la justicia, todas sus lágrimas habrían sido de alegría. ¿Creéis que lo conseguirá? Ser feliz, encontrar el amor que merece. —Hizo una pausa como si esperase que los caballos le contestaran—. Seguro que sí. Es una mujer extraordinaria. Y yo soy un ser despreciable por permitir que se acerque a mi corazón podrido. Y no solo porque mi profesión debería ser suficiente freno para mantenerme indemne a lo que siento, sino por algo que debería ser definitivo. ¿Qué se puede construir a partir del dolor? ¿Cómo puedes empezar algo bonito cuando todo lo que tienes dentro está destrozado? Yo no soy el hombre adecuado para hacerla feliz. Y sé que lo justo es alejarme de ella.

Aidan se levantó con la sensación de que había hablado

demasiado a pesar de que los únicos que lo podían escuchar eran los animales.

—A veces pienso que...

Dejó la frase a medias y, tras acariciar a los animales, se marchó en silencio, cabizbajo y con las manos en los bolsillos. Después de todo, la idea de darse un baño en el agua helada del lago no parecía tan mala. Quizá así pudiera deshacerse de esa maraña que no lo dejaba pensar con claridad.

Unos ojos lo observaron en la oscuridad mientras se alejaba y se convertía en un bulto informe hasta desaparecer. Allison no podía retirar la mano de su pecho, en un intento de que los latidos desenfrenados no se escucharan en el silencio. Esa noche había decidido no acudir al establo, se encontraba demasiado cansada y la pierna le había molestado toda la tarde. Se había acostado temprano, pero una pesadilla la había sacado del sueño y la había desvelado. El tobillo le dolía tanto a esas alturas que tenía la sensación de que un hierro candente se clavaba en su carne de dentro a fuera. Ni siquiera tenía láudano a mano para calmarse y era consciente de que caminar aumentaría el dolor, pero al menos el cansancio podría ayudarla a cerrar los ojos. Había decidido acudir a su cita diaria a pesar de lo avanzado de la hora, y cuando escuchó el murmullo de una voz masculina se detuvo asustada, hasta que reconoció la voz grave y atrayente de Simpson.

Los papeles se habían invertido sin ella saberlo. El destino era así de curioso. Y ahora era ella la poseedora de los secretos de Aidan Simpson, aunque no de todos.

Capítulo 18

Aidan estaba preocupado y sabía que más pronto que tarde tendría que tomar una decisión. En realidad la decisión dependería de Allison y de su familia, él solo tendría que exponer una verdad incontestable sobre la mesa, y era que la pierna de Allison no mejoraría. Había ganado en fuerza y en estabilidad, pero el dolor no remitía ni remitiría jamás. Había sido tolerable mientras ella se mantenía la mayor parte del tiempo en reposo, pero ahora que empezaba a recuperar cierta normalidad, acusaba el esfuerzo. Además, tenía la esperanza de que la operación permitiera recolocar el pie, y eso abría todo un camino de posibilidades que sin la operación eran inviables. Quizá algún día Allison pudiese mantenerse en pie y caminar sin ayuda de bastones, pero no se atrevía a crearle unas expectativas que luego no pudiera cumplir.

Desde su baile en el lago ella parecía más distante y él agradecía que al menos uno de los dos mantuviera la cordura. Eso se repetía a sí mismo cuando ella lo recibía con miradas distantes y sonrisas frías, como esa mañana. Aidan se había limitado a hacer su trabajo y no se había molestado en buscar un tema de conversación agradable. Odiaba hablar de cosas insustanciales y gastar energía en llenar el vacío con palabras aún más vacías. Prefería la pureza del silencio incómodo, al menos eso sí era real. Volvió a la realidad cuando ella

saltó en su asiento al sentir cómo manipulaba su tobillo.

—¿Te duele? —se preocupó, levantando los ojos para mirarla a la cara. Las manos de Allison se habían aferrado a los reposabrazos de su asiento con fuerza para no gritar y él la soltó—. Allison...

Estaba a punto de plantearle lo que le preocupaba cuando Casandra apareció en el umbral. Estaba más pálida de lo normal y parecía cansada.

—Doctor, justo le andaba buscando. —saludó con una sonrisa.

—Dígame, ¿se encuentra bien? —preguntó levantándose.

—Oh, sí. No se preocupe. —Casandra hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y volvió a sonreír, tan amable como siempre.

—¿Cuándo... cuándo calcula que vendrá el bebé? Supongo que habrán contactado con alguna comadrona o un doctor especializado.

Aidan esperaba no resultar descortés pero quería dejar claro que su única finalidad para estar allí era cuidar de Allison, y que los alumbramientos no eran su especialidad. Aun así podía ver con claridad que en ella se había producido un cambio casi imperceptible que indicaba que el momento se acercaba, su rostro parecía distinto y su barriga se veía más baja.

—Según mis cálculos todavía faltan diez o quince días.

—Según la gitana el bebé nacerá esta semana —intervino Allison atrayendo las miradas de todos, incluyendo la de su doncella, que había permanecido en una discreta posición hasta ese momento.

—¿Una gitana? No me diga que fue esa zíngara que vino al mercado. Esa mujer es increíble. —La muchacha se acercó hasta ellos retorciéndose el delantal, deseando compartir todo lo que sabía—. Le dijo a Jeremiah que tenía que deshacerse de una de las piedras de su chimenea, por lo visto el muy truhan la había robado de la tapia del cementerio. ¿Cómo podía ella saber eso? Pues resultó ser cierto, y él confesó que había tenido horribles pesadillas durante meses.

—Seguro que las pesadillas se debían a su mala conciencia —la contradijo Aidan que sabía bastante del asunto.

—Pues a ver cómo explica esto, doctor. Esa mujer le dio una ramita de romero al panadero para atraer la buena suerte, y una semana más tarde le tocó un cerdo en una rifa. Uno bien gordo. Y Doris, la hija del herrero, le pidió un remedio para atraer el amor. Y

adivine...

—No me diga que ha participado en una rifa también... —bromeó el doctor que no otorgaba ninguna credibilidad a esas cosas.

—No. Algo mejor. Un comerciante vino al pueblo y estuvo a punto de arrollarla con su caballo. Cuando se bajó del animal y la miró a la cara se enamoró perdidamente.

—Quizá se hubiera quedado igual de prendado sin el remedio. Eso nunca lo sabremos. —Aidan quería mostrarle la parte racional de todo aquello, pero Jessica quería creer en ello con todas sus fuerzas y contra eso no había ningún argumento válido.

—Ay, eso sí que no, doctor Simpson. Si hubiera visto la cara de esa muchacha no diría eso. —Todos rieron ante su ocurrencia y la chica se sonrojó, consciente de que había hablado demasiado—. Señora, cuando vaya al pueblo, si me lo permite, hablaré con la partera para que esté avisada, por si acaso.

Casandra le agradeció a la joven su preocupación y volvió su atención al doctor.

—Doctor Simpson, venía a invitarle a cenar. Sería un honor que pudiera compartir la mesa con nosotros.

—Yo... eh... —Buscó en su mente una excusa plausible que no la ofendiera, aunque normalmente no solía usar subterfugios. Cuando algo no le apetecía decía que no directamente. Pero no quería herir a Casandra que siempre había sido amable con él.

—No me gusta que esté solo tanto tiempo, ni siquiera sale de la finca, se pasa todo el día en esa casita solo.

—No tiene motivo para preocuparse, en mi día a día suelo pasar mucho tiempo solo, rodeado de papeles y estudiando casos difíciles o apuntes de mis colegas. —Aidan entendió en ese momento que podía aprovechar la ocasión para exponerle al testarudo Leonard Craven la situación de Allison—. Pero, está bien. Acepto la invitación.

Allison se envaró y estuvo tentada a inventar una excusa para sí misma y quedarse refugiada en la segura soledad de su habitación. Casandra era muy perspicaz, pero Leo era como un sabueso, y no le apetecía en absoluto sentirse observada y que pudieran llegar a imaginar lo que sentía. Ahora que sabía la manera tan determinante en la que Aidan renegaba de ese sentimiento, quería guardárselo para sí. Pero hacía tiempo que había descubierto que había cosas de las que

no se podía huir.

Aidan se había puesto su mejor traje para cenar con los Craven, que no era mucho decir, ya que su ropa, aunque de calidad, era bastante sencilla. Mientras esperaba en la pequeña salita a la que le había conducido el mayordomo, se lamentó por haber llegado tan pronto, no quería parecer ansioso ni servil, como si tuviera que besar los pies de esa gente solo por ostentar un título. Leonard y Casandra fueron los primeros en aparecer, y volvió a ver el cansancio en el rostro de la mujer, que se acariciaba la barriga constantemente con gesto nervioso.

—Doctor Simpson, espero no haberle hecho esperar. —Se disculpó el anfitrión con amabilidad, tendiéndole la mano.

—La culpa ha sido mía, discúlpeme. Ahora tardo el doble en hacer las cosas.

—No se preocupen, acabo de llegar.

El mayordomo les indicó que ya podían pasar al comedor y su gestó cambió, sin él ser consciente de ello. Casandra le dedicó una elocuente mirada y él se sintió como un niño que es pillado en una travesura.

—Allison nos espera allí, no era necesario que hiciera un sobreesfuerzo viniendo hasta aquí. ¿No le parece? —le confirmó Cassie arqueando una ceja, divertida.

Aidan habría podido jurar que se había sonrojado, algo que no le pasaba desde los catorce años. Habría podido justificarse diciendo que se había preocupado por su salud, pero sabía de sobra que dar demasiadas explicaciones era sinónimo de culpabilidad.

Se dirigieron a un pequeño comedor que solían usar para las cenas familiares y que Aidan había visitado en las contadas ocasiones que había aceptado cenar con los Craven. Cuando entró, su vista no se fijó en la refinada cubertería, ni en los candelabros de plata ni en la exquisita decoración floral de la estancia. Sus ojos se clavaron directamente en Allison, que estaba más bella que nunca con un vestido de color azul cielo y el pelo recogido en un elegante peinado. El escote de barco dejaba al descubierto sus hombros, que brillaban bajo la luz de los candelabros, y sus ojos relucían llenos de vida

mientras le devolvían la mirada. Leonard también sintió un pellizco en el estómago al ver a su hermana. Por un momento vio en ella a la chiquilla alegre y caprichosa que una vez fue, tan llena de vida y resuelta a conseguir todo lo que se proponía. Se preguntó cómo se había obrado el milagro para llegar hasta ese momento, y sintió ganas de llorar. Casandra apretó su antebrazo sacándolo de su parálisis y él la acompañó hasta la mesa. Sabía que había muchos cabos sueltos todavía entre ellos y que tarde o temprano tendría que sincerarse con su hermana. La medalla de Charles le quemaba las manos y estaba deseando encontrar el momento oportuno para entregársela a su legítima dueña. Puede que ese día estuviera más cerca de lo que había esperado.

Todos se sentaron a la mesa y se vieron inmersos en una conversación de las que tanto odiaban Leo y Aidan. En ese sentido, al menos, eran bastante parecidos. Todos parecían ausentes, y pasaban más rato de lo que se consideraría normal, observando la deliciosa comida de sus platos.

Allison sentía su estómago lleno de docenas de mariposas revoloteando sin cesar al tener al doctor Simpson sentado a su lado; al menos esa noche su vida volvía a ser una vida normal, y solo había necesitado un vestido bonito, una cena y la presencia de un hombre que hacía que sus sentimientos se volviesen del revés.

Leonard, por su parte, estaba invadido por una multitud de sentimientos encontrados: la alegría que le provocaba la mejora de su hermana, la desazón que sentía al saber que tendría que hablar con ella y contarle toda la verdad sobre la muerte de Charles, y la incertidumbre de no saber cómo reaccionaría.

Aidan también se dividía entre dos sensaciones bien distintas. Ver a Allison allí había despertado algo primitivo e inesperado en su interior. La deseaba, la admiraba y puede que estuviera empezando a albergar otro tipo de sentimientos mucho más profundos que esos. Por otro lado, necesitaba encontrar el momento propicio para exponer su preocupación por el estado de la pierna de Allison pero estaba empezando a entender que no era demasiado apropiado hacerlo entre plato y plato.

Pero de los cuatro la persona que más motivos tenía para sentirse extraña era Casandra. Intentaba intervenir en la conversación y no

alarmarse por los cambios que su cuerpo estaba experimentando. Maldición, ella era doctora, al menos había ejercido como tal aunque no le permitieran obtener el título. No podía salir corriendo a buscar a una comadrona solo por estar sintiendo unos leves pinchazos, debía mantener la calma hasta que estuviera segura de que el bebé llegaría. Sonrió sin saber muy bien qué comentaban el resto de sus acompañantes en ese momento y pinchó un pequeño pedacito de cordero aparentando que todo iba bien. Todo iba bien.

—Cuéntenos, doctor Simpson. Mi mujer me ha dicho que estaba realizando una tesis —dijo Leonard reclinándose en su asiento y saboreando su copa de vino.

—Sí, ya casi está terminada. Cuando vuelva a Londres la presentaré en la universidad.

—¿Y sobre qué trata exactamente?

—Es un intento de sentar las bases para un protocolo común en las intervenciones quirúrgicas, especialmente en las osteotomías.

—¿Un protocolo? —indagó Casandra con interés.

—Desde la asepsia a la anestesia. Como sabrá muchos de los doctores que realizan intervenciones complicadas utilizan sustancias para desinfectar, sobre todo las heridas. Joseph Lister ha introducido un concepto muy interesante, la antisepsia. Para ello usa ácido carbólico para desinfectar no solo las heridas sino el instrumental, el recinto, el ambiente y cualquier cosa que pueda estar en contacto con el paciente. Se trata de enumerar y ordenar las medidas a tomar para que todos los médicos lo hagan de la manera más eficaz, y así prevenir errores.

—¿No se supone que eso ya se hace? —preguntó Allison, aunque el tema no la seducía demasiado.

—Deberían hacerlo. Algunos usan alcohol, lejía y otros, espero que pocos, se lavan las manos y listo.

—Eso es condenar a muerte al paciente —comentó Cassie.

—Sí que lo es —convino Simpson—. Con la anestesia pasa lo mismo. Con frecuencia se ha usado cloroformo para mitigar el padecimiento. Pero me consta que algunos colegas están usando éter de manera satisfactoria, sumiendo al paciente en un sueño profundo en el que no siente dolor. Se trata de establecer las dosis exactas para que no haya ningún perjuicio.

—¿Qué es una osteotomía? —Allison lo miró con curiosidad y miedo a la vez, temiendo no estar preparada para escuchar su respuesta.

Aidan guardó silencio unos segundos interminables con los ojos clavados en los suyos, y habló en tono tan bajo que tuvieron que agudizar el oído.

—Desde hace algunos años se están haciendo avances en este sentido. De hecho, durante mis viajes al continente he podido asistir a varias de estas intervenciones practicadas por los médicos más prestigiosos. Al principio se realizaban a pacientes de polio o con deformidades de nacimiento. —Volvió a mirar a Allison intentando adivinar qué pasaba por su cabeza, pero su expresión era completamente neutra, o más bien carecía de ella, como si su corazón hubiese dejado de latir—. Ahora, se está empezando a aplicar en fracturas o... en lesiones antiguas que no cicatrizaron bien.

Leonard, que intuía la dirección de sus palabras, dejó la copa con fuerza en la mesa, con una expresión en la cara que hubiera hecho temblar a cualquier hombre menos curtido que Simpson.

—Quiere decir, doctor Simpson, que se aprovecha del trabajo de los demás, si no le he entendido mal.

—¿Cómo dice? —Aidan se puso inmediatamente a la defensiva y cerró el puño que tenía sobre la mesa, conteniendo las ganas de estrellarlo en la cara de ese hombre. No toleraba que nadie, mucho menos ese tipo que no tenía idea de cómo era él ni el mundo en el que se movía, cuestionase su trabajo.

—Por lo que cuenta, sus colegas hacen el trabajo sucio, investigan, operan... Y usted llega con sus manos limpias, picotea aquí y allá, toma unas cuantas notas y luego lo expone ante docenas de ojos obnubilados por su sabiduría.

—Leonard, cariño... —intervino Casandra, apoyando una mano en su brazo que él ignoró. La tensión se podía cortar con un cuchillo y esa no había sido su intención al organizar aquella cena.

—Creo que su visión es un tanto simplista —argumentó Simpson, cuya mirada se había vuelto afilada y fría—. Está obviando lo necesario que resulta poner en común las experiencias y los conocimientos de personas que de otra manera sería imposible. De cualquier forma, no se lleve a error. Yo mismo he participado en esas

operaciones, y lo último que deseo es que me den una palmadita en la espalda. Mi intención es...

—Trasmitir la información de manera altruista —se mofó de nuevo; si ese tipo pensaba que iba a permitirle que pusiera un solo dedo sobre su hermana para llevarse una nueva medalla estaba muy equivocado.

Allison jadeó sorprendida por la descortesía de su hermano, normalmente afable y bromista.

—Leo, por favor... —repitió su mujer, pero de nuevo la ignoró. Aquello era una pelea de gallos y el que antes bajase la guardia habría perdido la partida.

—Desempeñar la labor de unificar y redactar los criterios más favorables para el paciente, poner en valor el conocimiento y servir de nexo de unión entre los especialistas de las distintas áreas no es ninguna tontería. Pero no espero que alguien como usted, cuya máxima preocupación parece ser que su chaleco combine con su pañuelo, lo entienda.

—¿Me está llamando idiota en mi propia mesa?

—Leo... —insistió Cassie zarandeando ligeramente su brazo nuevamente.

—¿Y usted? ¿Me ha invitado a su mesa para insultarme?

—¡Leo, maldición! —vociferó Casandra atrayendo la mirada de todos los presentes. Su marido al fin le prestó atención y su expresión cambió al instante, al ver la cara de su esposa, contraída por el dolor —. He roto aguas.

Todos se levantaron de golpe, y hasta el lacayo que esperaba estoicamente en un extremo de la habitación se acercó presuroso a la espera de instrucciones.

—¿Estás...? ¿Te duele? —preguntó Leonard sin saber qué hacer y más nervioso de lo que recordaba haber estado nunca.

—Llévala a la habitación —le ordenó Allison—. Que alguien vaya a avisar a la comadrona y al doctor Campbell inmediatamente.

Leonard cogió a su mujer en volandas y salió con ella del comedor, sin percatarse de que Simpson se había quedado inmóvil apretando la madera de la silla que tenía frente a él como si estuviera a punto de hacerla añicos.

—Avisaré a la señora Marsh, ella sabrá qué hacer —añadió Allison

saliendo del comedor.

Aidan respiró con fuerza. Su estómago se había revuelto y un sudor frío le corría por la espalda. Había asistido a amputaciones, operaciones de huesos e incluso una herida por arma blanca producida en un duelo, que había dejado al hombre con los intestinos fuera de su cuerpo y, nunca le había temblado el pulso. Pero esto era distinto.

Capítulo 19

La comadrona, la señora Smith, llegó sumamente rápido, entre otras cosas por el aviso de Jessica que la había hecho estar preparada y también porque la buena fortuna había propiciado que no hubiera estado atendiendo ningún otro parto. El doctor, en cambio, estaba ocupado con un moribundo en el pueblo de al lado, y tardaría unas horas en venir.

La señora Smith había organizado todo de manera eficaz, adjudicándole a cada sirviente una función y pidiendo todo lo que pudiese necesitar, y había informado a la familia de que aquello no había hecho más que empezar y que podía durar horas. Allison permanecía sentada en una silla en el pasillo junto a la puerta de Casandra, mientras Leo paseaba de una punta a otra del corredor. Aidan, que se había visto obligado a entrar en la habitación, había permanecido junto a Casandra con el fin de tranquilizarla, o para intervenir en caso de urgencia, pero nada más. La comadrona lo había mirado extrañada por su pasividad pero había asumido que sería uno de esos médicos de ciudad a los que no les gustaba mancharse las manos. El tiempo transcurría lento y Casandra se tensaba y se doblaba sobre sí misma cada vez con más frecuencia por el dolor de las contracciones, apretando los dientes para no gritar, algo que cada vez le costaba más. La señora Smith, situada a los pies de su cama,

permanecía atenta a cualquier novedad, dedicándole de cuando en cuando una sonrisa tranquilizadora. Era una afable mujer de mediana edad, a la que la vejez parecía haberle llegado de manera prematura a juzgar por su pelo totalmente blanco, aunque sus mejillas sonrosadas y sus ojos vivaces seguían otorgándole un rastro de juventud.

—Doctor Simpson, creo que la cosa va bien. Pero me quedaría más tranquila si pudiera echar un vistazo —dijo la mujer, apartándose para que él se acercara. En realidad Casandra estaba dilatando menos de lo que sería normal después de varias horas pero no quería decir nada en voz alta para que la joven no se pusiera más nerviosa.

—Confío en su experiencia, señora. Como ya he dicho, esta no es mi especialidad. —Su tono hosco no dejó lugar a dudas y la mujer masculló algo entre dientes antes de volver a su posición, mientras la doncella que se encargaba de refrescar la frente de Casandra con un paño húmedo le dirigía una significativa mirada.

Leo estaba a punto de perder el juicio o de echar la puerta abajo, o ambas cosas a la vez. Había perdido la cuenta de cuántas horas llevaba allí, en aquel maldito pasillo y si alguien volvía a decirle que se tranquilizara se arrancaría el pelo con las manos.

Miró a la tía de Casandra, que, sentada junto a Allison, le dedicaba miradas de censura por no ser capaz de contenerse, y se arrepintió de haberla mandado traer. Volvió a llamar a la puerta de su habitación que permanecía cerrada a cal y canto y apareció por enésima vez la cara cansada de Jessica, la doncella, que le dedicó las mismas palabras que la última vez. «Sea paciente. Pronto llegará el bebé.»

Paciencia. Eso era lo único de lo que no disponía. No podía entender por qué razón no podía estar junto a su mujer, sujetando su mano y dándole su apoyo en esos momentos. Eso era cosa de mujeres, se empeñaban todos en repetir. Y cada vez que lo oía deseaba arrancar una cabeza.

Antes de que la puerta se cerrase escuchó con claridad un grito de Casandra, que ya no podía soportar el dolor en silencio y empujó la puerta con fuerza antes de que la doncella se la cerrara en las narices.

A pesar de que la ventana estaba abierta, el calor de la habitación le resultó insoportable, puede que porque además de Casandra, en su interior estaban dos doncellas, la comadrona y el doctor Simpson. Se dirigió a la cabecera de la cama ignorando las reticencias de la señora Smith, y sujetó la mano de Casandra que la apretó con fuerza.

—Cielo, todo va a ir bien —susurró junto al oído de Casandra que había cerrado los ojos por el cansancio.

Ella asintió despacio. Estaba empapada en sudor y tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

—Señor Craven, quizá ella esté menos nerviosa sin usted aquí. Por mi experiencia... —comenzó la señora Smith, que enmudeció progresivamente al ver la mirada furiosa de Leo fija en ella.

—Pues hoy va a tener una nueva experiencia, señora mía. No me voy a ir de aquí hasta asegurarme de que mi esposa y el bebé están bien.

Casandra apretó su mano con tanta fuerza que él creyó que le partiría los huesos, y su cuerpo se encogió por culpa de una nueva contracción mucho más fuerte que la anterior. Su grito desgarrador asustó tanto a su esposo que se separó de ella para dirigirse directamente hacia Simpson, que permanecía paralizado junto a la cama.

—¡Haz algo, maldición! —gritó Leonard zarandeándolo, sacándolo de su estupor.

Aidan tragó saliva y se secó el sudor que empapaba su frente con un pañuelo antes de dirigirse vacilante hacia los pies de la cama, donde la señora Smith realizaba su trabajo con expresión de preocupación.

—Creo que el niño trae una vuelta de cordón en el cuello, doctor —susurró intentando que los Craven no la oyeran. Una parturienta primeriza aterrorizada y un marido histérico eran lo que menos necesitaban en ese momento.

—Está... está bien. Hay que intentar que aguante la contracción hasta que le quitemos la vuelta o podría ser fatal —dijo Simpson al fin.

—Sí, eso es justo lo que pretendo, pero sin su ayuda no podré.

—Casandra, cuando sienta que se aproxima una nueva contracción díganoslo.

Ella siseó entre dientes y asintió con la cara contraída de dolor.

Tenía que hacerlo, Aidan lo sabía. De ello dependía la vida de ese bebé y puede que la de su madre también. Se remangó las mangas de la camisa y se dispuso a colocarse frente a Casandra. La cabeza del bebé empezaba a asomar al mundo, y si no actuaba rápidamente podría ocurrir un desastre.

Cassie cerró los ojos con fuerza y apretó los dedos de su esposo con una mano y las sábanas con la otra y todos supieron que una nueva contracción no tardaría en aparecer.

—Aguante, bonita —le pidió la comadrona.

Aidan estaba a punto de proceder a palpar al bebé cuando la puerta se abrió de golpe y apareció un hombre joven que se secaba las manos en un paño, y que no se molestó en saludar ni identificarse.

—Doctor Campbell, el bebé tiene una vuelta de cordón —informó la señora Smith, visiblemente aliviada. Había trabajado con ese hombre desde que llegó a la comarca y se entendían casi sin necesidad de palabras.

—Apártese, joven. —El doctor le dio un codazo a Simpson reclamando su lugar y el alivio fue tan grande que dejó escapar un suspiro.

Aidan se apartó a una esquina de la habitación como si fuese un fantasma en el que nadie volvió a reparar. Escuchó gritos de dolor, el eco de las voces que daban instrucciones, seguidos de palabras de aliento. No sabía si lo que sus oídos percibían era real o no, y la habitación se fue volviendo oscura y tenebrosa. El sonido claro y rotundo de un llanto de bebé lo sacó de golpe de su aturdimiento y lo trajo de vuelta a aquella habitación donde la vida se había abierto paso sin su ayuda. Se miró las palmas de las manos con estupor y las vio cubiertas de sangre. Se frotó contra la tela de su camisa con desesperación intentando librarse de aquellas manchas que anunciaban su culpabilidad hasta que la voz de Jessica a su lado lo sobresaltó.

—Doctor, ¿se encuentra bien? —preguntó la joven con discreción para que nadie la oyera. Todos estaban demasiado ocupados atendiendo a Casandra y al bebé para fijarse en él.

Aidan le dio las gracias y salió de allí como alma que lleva el diablo. Allison intentó detenerle, preocupada por su cara de

preocupación, pero él se zafó de su agarre y se dirigió a la salida bajando los escalones de dos en dos.

Capítulo 20

Allison no se molestó en mirar el reloj pero estaba segura de que pronto amanecería. Se apoyó en la pared de piedra y se mantuvo inmóvil unos segundos en un intento de que el dolor de su pierna disminuyese y así poder recuperar el aliento. A través de la vidriera de la puerta principal de la casa de invitados se veía una luz que iluminaba débilmente el interior, lo que la animó a llamar. Tiró del cordón metálico que accionaba la campanilla y esperó lo que le pareció una eternidad a que Aidan abriera la puerta. Se veía desaliñado, el cabello le caía desordenado sobre la frente haciéndolo aún más atractivo, y la camisa desabotonada hasta casi el abdomen dejaba ver su pecho musculoso. Apenas torció el gesto cuando la vio, como si no le sorprendiese su visita, aunque sus ojos se entrecerraron ligeramente. Se apartó de la entrada para dejarla pasar y Allison pudo percibir por su olor que había bebido.

—Solo llevas un bastón —constató Aidan con tono hosco—. Una caída podría revertir todos los avances que has hecho.

—Tomo nota, doctor Simpson —se mofó ella mientras se dirigía a la salita donde una única vela iluminaba la estancia.

—Allison... esto no es una broma.

—Me he servido de las paredes para mantener el equilibrio, avanzo más rápido así. Deja ya de regañarme, no eres mi padre.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ver cómo estabas. Me he preocupado al verte salir así.

En estas ocasiones era cuando Allison maldecía su maltrecha pierna. Había deseado correr tras él, pero había tenido que quedarse impasible en aquel pasillo hasta que el médico les dejó ver al bebé. Solo entonces, con la familia y el servicio en sus habitaciones se había podido escabullir con paso lento en busca de Aidan. Aunque dudaba tener derecho a hacerlo, como también dudaba de que fuera sensato.

—¿Cómo están Casandra y el bebé?

Allison sonrió de oreja a oreja y pareció que la habitación se iluminaba.

—Ambos están bien. Es un niño precioso, se llamará Charles.

Aidan asintió e intentó esbozar una sonrisa pero le resultó imposible. Su cara parecía una máscara inerte y petrificada. La culpabilidad le arañaba la razón y era consciente de que podía haber hecho más, mucho más, esa noche. Si algo hubiese salido mal no se lo hubiera perdonado.

—Me alegro mucho por los dos. Ve a descansar, ha sido una noche difícil.

—¿Y eso es todo? —preguntó con dulzura, y apoyó una mano sobre su brazo. Él sintió que su toque le quemaba a través de la camisa de lino y se apartó de su contacto—. Aidan, ¿qué ocurre?

—Me marcho. —El tono de Aidan era tan frío como un témpano de hielo, pero no fue eso lo que hizo que el corazón de Allison se resquebrajara, sino su mirada, que no dejaba traslucir ningún sentimiento, como si estuviera muerto por dentro—. No creo que pueda hacerte mejorar más. No aquí. La única opción que nos queda es operar, pero tiene tantos contras como pros. Cuando tu hermano esté más tranquilo le expondré mis conclusiones y me marcharé.

—Le expondrás tus conclusiones. Y él será quien decida por la pobre Allison, tan inocente que no es capaz de discernir sobre lo que le conviene a su propia vida. Pensé que tú me verías de forma diferente pero eres como el resto.

—Por supuesto que tu decisión prevalecerá por encima de la de los demás. No haría nada sin que tú estuvieras de acuerdo.

—¿De qué huyes, Aidan? ¿Vas a hacerme creer que has llegado a

esa conclusión en un abrir y cerrar de ojos?

—Vine aquí para ayudarte, ahora no estoy seguro de que mi presencia sea buena para ti.

—Eso no responde a mi pregunta. —Insistió—. Puede que ambos estemos destrozados por dentro, pero huir o esconderse no es la solución.

Aidan levantó la vista que había mantenido clavada en la alfombra y la miró a los ojos. ¿Lo habría oído mientras se confesaba con sus caballos? Era altamente improbable, puede que solo constatara una certeza evidente. Allison se acercó más a él para acariciar su mejilla, y él posó su mano sobre la de ella para no sentirse huérfano de su contacto. En ese momento sintió cuánto la necesitaba y también lo errado que resultaba ceder a ese sentimiento.

—Allison, hay tantas razones para marcharme... No puedo fingir que no siento algo por ti, algo que ni siquiera puedo definir. Pero lo que sí sé es que no debería ocurrir. Todos mis valores como médico y como persona han acabado por el suelo, pisoteados y olvidados. Todo por dejarme llevar por la pasión que despiertas en mí, sin quererlo ni ser consciente de que lo haces. Por eso es tan intensa, porque surge de nosotros sin buscarla.

—Y ¿por qué debes renegar de ella?

—Porque ya has sufrido suficiente para toda una vida. Yo no puedo ser el hombre que tú necesitas. No seré un esposo abnegado, no te acompañaré en las largas tardes de invierno junto a la chimenea, ni pasearé contigo las mañanas soleadas. Mi trabajo me absorbe y demanda de mí toda mi atención. Necesitas un hombre que te haga feliz.

—Estoy tan cansada, Aidan. Cansada de que me digan qué es lo que debo querer y a quien debo querer. No te he pedido que seas ese hombre para mí.

—Y entonces, ¿qué quieres, Allison? —La pregunta le quemó en los labios nada más pronunciarla. Era la cuestión más peligrosa de todas, porque quizá se viera abocado a ser eso que Allison quería, porque quizá no había nada que necesitase más que serlo.

—Yo... solo quiero que me amen, solo eso. Entiendo que no es fácil hacerlo.

Allison se dirigió cabizbaja hacia la salida apoyándose en los

muebles que encontraba a su paso, sintiéndose estúpida y vulnerable por haber confesado algo semejante. Esa no era la mujer en la que ella había aspirado convertirse. Ella quería ser fuerte, independiente, y sobre todo quería ser libre. Y el amor ataba demasiado. El amor apretaba el alma y secuestraba los sueños, se hacía dueño de los sentidos y se apropiaba sin derecho de los días y las noches. El amor era maravilloso, pero también era arriesgado.

Antes de que pudiera alcanzar la manija de la puerta, la mano de Aidan se apoyó en la madera para impedirle salir. Acercó la cara al pelo de Allison y aspiró con fuerza su aroma, que lo reconfortó y torturó con la misma intensidad.

—¿Qué no es fácil? Cómo puedes pensar algo así, Allison. Es imposible no hacerlo.

Durante unos segundos el tiempo se paralizó, y lo único que se escuchó fueron sus respiraciones alteradas y sus corazones latiendo desesperados.

—No te creo. No me engañes con palabras vacías solo para que me sienta mejor.

Aidan soltó una pequeña carcajada y deslizó el dorso de sus dedos por el perfil de su mandíbula y su mentón. Solo había pretendido consolarla con ese gesto, pero ¿quién lo consolaba a él? ¿Quién podría llenar ese hueco que una vez ocupó su corazón y que ahora estaba desierto? Esa noche algo había removido sus entrañas y sentía que estaba en carne viva, con sus miedos y su dolor latiendo en la superficie. No podía permitir que nadie más los viera, por eso siempre había pensado que la soledad era la mejor baza que tenía para vivir tranquilo.

—¿Crees que soy el tipo de hombre que te adularía para que te sintieras mejor?

Esta vez fue su turno de reír, aunque sabía que estaba a punto de llorar. La verdad era que Aidan no era una persona aduladora, más bien todo lo contrario, y solía dar sus opiniones de manera descarnada, sin florituras ni adornos, sin importarle la sensibilidad ajena.

—Será mejor que vuelva a casa —concluyó Allison sujetándolo de la muñeca para eludir su contacto.

Giró apoyada en el bastón pero Aidan sintió que una parte de él se

iba con ella, arrastrada y herida. No podía dejar que ella pensara que no era suficiente.

—No me marcho por ti, sino por mí.

—¿Acaso importa? Ni siquiera sé si esta conversación tiene sentido, Aidan. No somos nada, solo dos personas que se han dejado llevar. Tampoco sé adónde llegaría esto si le permitiéramos existir. Lo que sí sé es que a veces el escudo que usamos para protegernos hace más daño que la espada que queremos evitar. Y, créeme, sé de lo que hablo.

La lágrima que había intentado retener al fin se liberó, y brilló en la penumbra mientras descendía por su rostro. Aidan acunó las mejillas entre sus manos y la limpió con el pulgar en un gesto tierno. Pero a esa lágrima le siguió otra, y otra más, y no pudo soportar el dolor que vio en sus ojos. La besó en la cara en un intento inútil de beberse su llanto hasta que eso no fue suficiente. Se apoderó de su boca con una mezcla de dulzura y desconsuelo y entendió que no tenía fuerzas para luchar contra eso, no esa noche que estaba a punto de llegar a su fin. La sujetó por la cintura y la pegó a él, ansioso por sentir su calor curándolo por dentro, y ella dejó escapar el bastón, que chocó contra el suelo de madera con un ruido seco. Se aferró a su cuello consciente de que eso era lo único que necesitaba para mantenerse en pie. Se sumergieron en una espiral de besos ansiosos y caricias desordenadas, hasta que Aidan la tomó en brazos para subir con ella hasta su habitación.

La depositó sobre la cama y la miró unos instantes solo por permitirse el capricho de aprendérsela de memoria. Sin preguntas, sin reproches, sin promesas de un futuro que ninguno se sentía capaz de dibujar. Aidan se desnudó sin pudor, con los ojos de Allison clavados en su cuerpo, excitado al ver que ella se mordía el labio expectante.

Se tumbó junto a ella y le permitió acariciarlo despacio, conteniendo las ganas de arrancar su vestido y tomarla en ese mismo instante. Allison pasó los dedos por su cuello y su hombro, disfrutando de la forma en la que los tendones se tensaban bajo su contacto. Besó su mandíbula y su mentón y rozó con la lengua la garganta de Aidan, sonriendo al sentir que él tragaba saliva. Sabía que estaba desesperado por tocarla pero quería ser ella la que le diera placer llevándolo hasta el límite. Acarició su pecho duro, y deslizó los dedos con una lentitud

desesperante por los músculos de su abdomen, clavándole ligeramente las uñas, hasta que él gruñó.

—Vas a volverme loco, Allison —susurró con voz ronca junto a su oído.

Ella rio y mordió su cuello en respuesta, mientras él hundía la mano en su larga melena para que no se separase. La mano de Allison continuó su tortuoso recorrido por los costados y las caderas de Aidan hasta llegar a su erección. Titubeó un poco pero en cuanto él la besó de manera apasionada estuvo segura de lo que estaba haciendo y hasta dónde quería llegar. Deslizó lo dedos por su longitud, sintiendo que su miembro se endurecía con cada toque, arrancándole gemidos entrecortados. El vestido le pesaba y le dificultaba los movimientos y abandonó las caricias para tirar del cierre de su ropa con prisas.

—Deja que te ayude, pequeña impaciente —susurró Aidan con una carcajada.

Con la misma urgencia que ella pero con más destreza se deshizo del vestido, las enaguas y la camisola, dejándola solo con las medias. Su cuerpo relucía como si estuviese hecho de algo mágico a la luz mortecina del amanecer que comenzaba a entrar por la ventana.

—Eres lo más hermoso que he visto nunca —confesó Aidan.

Allison estiró la mano hasta rozar su boca, como si quisiera retener esas palabras. Eran demasiado dulces para poder vivir con ellas después de eso.

Aidan se arrodilló frente a ella y deslizó las manos por sus piernas como había hecho tantas veces desde que había llegado. Pero lo que le hacía sentir era completamente distinto. Con cada toque ella se estremecía, con cada caricia todo su ser vibraba. Tiró de las medias hasta que su piel quedó libre de su presión y se inclinó para besar su tobillo izquierdo. Ella intentó zafarse para que su boca no tocara las cicatrices pero él no se lo permitió. Esas cicatrices eran parte de ella, la parte que más la había cambiado y la había hecho fuerte, aunque para ello hubiera tenido que vivir un calvario. Deslizó los labios por ellas con tanta dulzura que las lágrimas volvieron a acudir a los ojos de Allison y su pecho dolió como si no hubiera aire en el mundo para llenarlo. Aidan no se detuvo, continuó su ascenso hasta la piel sensible del interior de las rodillas y los muslos. Sus labios dibujaron sobre la piel de Allison un camino invisible que lo llevaba hacia su intimidad,

guiado por sus gemidos y por los dedos que se enredaban en su pelo instándolo a continuar. Cuando su boca llegó a su sexo la saboreó sin tregua, deslizando la lengua por cada rincón de su carne, hasta que ella se estremeció de placer.

—Aidan... —ronroneó mientras él se tumbaba sobre su cuerpo.

Sus pieles ardían como si fueran a fundirse el uno con el otro en cualquier momento y la sensación de intimidad resultó apabullante. Aidan la silenció con un beso apasionado y ella se dejó llevar mientras la dura erección rozaba su humedad, elevando su excitación hasta el límite de sus fuerzas. Arqueó las caderas y ambos jadearon arrasados de necesidad.

—Aidan... yo...

Él se detuvo y se apoyó sobre los codos para observarla unos instantes. Apartó el pelo desordenado que caía sobre la frente de Allison y le pareció el ser más maravilloso de la tierra.

—¿Quieres que me detenga?

—No... yo... Aidan... —Allison tragó saliva sin saber cómo continuar.

—Puedes decírmelo, Allison. ¿Qué ocurre? No tienes que hacer nada que no desees.

—¿Estás loco? Claro que lo deseo. Yo... no soy virgen.

Aidan la besó como única respuesta con un ardor y una entrega que elevó la temperatura de sus cuerpos hasta resultar insoportable. Necesitaban saciar sus ganas, dejarse llevar por aquella pasión que, al menos en ese instante, los liberaba de todo el sufrimiento y los miedos que los acompañaban como sombras.

—¿No vas a decir nada? —preguntó con la voz entrecortada por el deseo mientras él besaba sus senos con desesperación.

—Que yo tampoco lo soy —sentenció con una sonrisa pícara volviendo a lo que estaba haciendo.

Allison soltó una repentina carcajada, en parte porque él le había hecho cosquillas con el pelo y en parte porque se sentía inmensamente feliz. Se mordió el labio cuando Aidan se colocó en su entrada y la miró de una manera tan intensa que sintió que todo su cuerpo se sonrojaba. Asintió, y no necesitaron decir nada más. Sabían que ese momento fugaz valdría para compensar todos los sinsabores, el dolor y la soledad, de tantas noches oscuras. Ese momento era luz, como la

del amanecer que poco a poco se unía a su danza en aquella habitación, una luz que les pertenecía solo a ellos, pasase lo que pasase después. Aidan entró en ella despacio, queriendo absorber cada segundo, y atesorar en su memoria cada gesto, cada gemido de placer. La forma en la que sus labios apetecibles se entreabrían, húmedos por sus besos, el aire entrecortado que salía de su pecho, sus ojos que se cerraban arrasados de placer cada vez que él entraba en ella con fuerza, el sudor que empapaba su piel y hacía que sus senos brillasen, la manera en la que sus caderas se elevaban para recibirle... todo era hipnótico y mágico y apenas podía creer que fuera tan afortunado. Cuando sus cuerpos saciados por el clímax se acurrucaron entre las sábanas, Aidan pudo al fin cerrar los ojos y dejarse arrastrar por el sueño, rezando para que las pesadillas no arruinaran ese momento fugaz en el que había vuelto a sentirse humano.

Capítulo 21

A pesar de haber pasado toda la noche en vela, Allison sentía tantas emociones bullendo en su interior que era incapaz de dormir. Se frotó los ojos cansados, se envolvió en una sábana que yacía en el suelo arrugada y fue hasta la mesa de trabajo de Aidan. Miró su escultural cuerpo que descansaba sobre la cama y pensó con una sonrisa que no le importaría recibir de su parte alguna lección de anatomía. Suspiró y miró por la ventana situada sobre la mesa y desde la que se veía la mansión, semioculta por unos árboles y, en uno de los laterales, el inmenso jardín que se extendía hasta el bosque. El cielo hacía rato que había empezado a clarear y los pájaros cantaban en las copas de los árboles. Un nuevo día empezaba y con él la vida se reiniciaba en un ciclo infinito.

Miró todos los enseres de Aidan ordenados sobre la mesa y lo sintió más cercano que nunca como si estuviese invadiendo una parcela de su intimidad. En un lado, guardada en una carpeta de piel, estaba su tesis, el fruto de meses o puede que años de investigación. En el otro había un tomo de papeles en blanco, sobres y sus utensilios de escritura. Acarició la madera sobre la que se habría apoyado día tras día, organizando sus ideas o tomándose un descanso de su labor y sintió un poco de envidia por no haber compartido con él esos momentos. Sus pensamientos vagaron hasta el día que estuvieron en el

mercado y él le regaló el pliego de papel para cartas. Quizá, esta vez sí, había llegado el momento de escribir la más importante de todas. Cogió un papel en blanco y tras pasar varias veces las manos por él para borrar una arruga invisible, tomó la pluma y empezó a escribir.

Querido Charles,

He repetido tantas veces esta carta en mi cabeza que podría recitarla sin pestañear. Y, sin embargo, ahora que ha llegado el momento, no sé por dónde empezar. Un «te echo de menos» tal vez sea una buena manera de hacerlo. Pero supongo que eso ya lo sabes.

Durante muchos años he luchado contra la culpabilidad, contra el dolor, la soledad y sobre todo, he luchado contra mí misma. Me he sentido culpable durante demasiado tiempo por seguir respirando, y no te voy a engañar, aún lo hago. De cualquier forma, sigo aquí, como todos dicen, la vida sigue, sin esperarnos. No puedo negar que te veo en cada cosa que hago, en los planes de futuro en los que no me atreví a pensar en mucho tiempo y que ahora tendré que hacer sin ti, en las pequeñas manos regordetas de nuestro sobrino que acaba de nacer. Cada vez que lo mire pensaré en ti, porque es tan tuyo como mío, un pedacito de vida que nos unirá para siempre. Lo cuidaré y lo amaré por los dos, aunque sé que tú estarás con nosotros de una u otra forma.

Tengo tantas preguntas, Charles... tantas dudas.

Es muy difícil asumir que estoy empezando a amar a otro hombre con la misma intensidad que a ti. Siento que te estoy traicionando por ello, pero mi corazón ha vuelto a latir. ¿Cómo prohibirme ese sentimiento que me hace sentir viva?

Te he atado a mí durante todo este tiempo sin dejarte volar del todo, yo misma me he aferrado a tu recuerdo por cobardía, porque el mundo sin ti era demasiado duro. Fue más fácil recluirme y dejar de luchar. Pero el recuerdo de lo nuestro no se merece ser ensuciado con desidia y abandono. Merece brillar. Y la forma de venerarlo es seguir luchando cada día, ser feliz.

Querido Charles. Creo que el momento ha llegado. Estoy lista para dejarte volar y honrarte siendo valiente. Amar es de valientes.

Pensaba que esta carta sería una manera de pedirte perdón por volver a sentir algo tan profundo por otra persona, y sin embargo se ha convertido en la mejor forma de darte las gracias. Fuiste mi amigo, mi cómplice, mi primer pensamiento al despertar, la razón por la que sonreía a cada rato, mi primer beso, mi primer amor verdadero. Fuiste todo, Charles. Me enseñaste a amar. Y por eso siempre estarás en mi corazón.

Hasta que volvamos a encontrarnos te prometo ser feliz. Por ti, por nosotros.

Allison se limpió las lágrimas que corrían por su cara y se dio cuenta de que estaba sonriendo. «Dame una señal, Charles», dijo para sí misma. Sopló la hoja hasta que la tinta se secó y tras doblarla la metió en uno de los sobres. Abrió la ventana para que el aire fresco de la mañana despejara sus sentidos.

Aidan dijo algo entre sueños y ella se giró para mirarlo un instante. Cuando devolvió la mirada al escritorio un rayo de luz incidía directamente en el sobre formando un pequeño arcoíris. Una burbujeante carcajada entrecortada por la emoción escapó de su garganta y se llevó una mano a los labios para no despertar a Aidan. Podía ser casualidad, o el producto de la luz traspasando el cristal de la ventana, pero ella quiso pensar que era la señal que había pedido.

—Allison... —La voz adormilada de Aidan la sacó de sus pensamientos y, tras besar sus dedos y posarlos en la carta unos instantes, escondió el sobre en uno de los bolsillos de la carpeta, con la intención de recuperarla antes de marcharse con el mayor sigilo, y se dirigió hacia la cama sintiendo su alma mucho más ligera.

Aidan acarició su mejilla y apartó el pelo que le cubría la cara.

—¿Estás bien? —preguntó al intuir que había estado llorando. Ella asintió sin poder hablar, con la voz estrangulada por la emoción y se inclinó para darle un beso.

—Muy bien. —Se sorprendió al darse cuenta de que esa era la verdad, se sentía bien por primera vez en mucho tiempo. Tenía la sensación de haberse desprendido de un lastre que pesaba demasiado, el de su conciencia—. Será mejor que vuelva a la casa antes de que se den cuenta de que estoy aquí.

—Me siento osado esta mañana, tanto que correría el riesgo de tenerte en mi cama un rato más —susurró con voz ronca contra su cuello sin dejar de besarlo.

—Eso lo dices porque sabes que Leo está ocupado con su bebé, de lo contrario no serías tan valiente —bromeó entre risas hasta que él mordió su garganta arrancándole un gemido de rendición.

—Que no vaya a aparecer con un rifle es un aliciente, la verdad. En estos momentos la casa será un hervidero de sirvientes yendo de aquí para allá intentando adaptarse a la nueva situación. En tal caso,

si la vida nos lo pone tan fácil, por qué razón no íbamos a aprovecharlo.

Allison quiso hilar una frase sensata, alguna excusa o razón que poder esgrimir para marcharse, pero en cuanto Aidan la besó se olvidó de todos los demás, de la vida que trascurría azarosa al otro lado de esas cuatro paredes y hasta de la carta que había dejado entre los papeles del escritorio.

Capítulo 22

Leonard se bajó de su caballo entonando una alegre melodía y ató al animal al poste situado frente a la tienda de Todd. Desde que Charles había llegado al mundo unos días antes el tiempo parecía trascurrir mucho más deprisa y apenas había hecho otra cosa más que mirar embelesado a su hijo y preocuparse de que Casandra estuviese cómoda. Quizá por eso, y por el hecho de que había batido su propio récord en cuanto a preguntarle si se sentía bien, Casandra le había sugerido de manera bastante convincente que acudiese al pueblo para recoger unos libros que había pedido a Londres, y ya de paso, tomarse una cerveza con sus amigos para celebrar que su primogénito había venido al mundo.

Todd, que apreciaba a Casandra y al resto de su familia, le había dado la enhorabuena emocionado por la noticia, y para su sorpresa le entregó unas pequeñas botitas que su mujer había tejido para el pequeño Charles. Leo no entendía cuál era la conexión, pero desde que su hijo había llegado al mundo incluso las cosas más sencillas le emocionaban hasta el punto de tener que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar. Su reputación no podía permitirse semejante debilidad. Les agradeció el detalle y se dirigió hacia su caballo para guardar las cosas en las alforjas y volver cuanto antes a casa, pero su amigo Owen, que se encontraba en la puerta de la taberna como tenía

por costumbre lo interceptó antes de que pudiera escabullirse.

—Maldito seas, Craven —lo saludó con un par de palmadas en la espalda—. No me digas que no vas a invitar a los amigos a una cerveza para celebrar el nacimiento de tu hijo. Que no se diga que has perdido las buenas costumbres.

Leonard sonrió y estuvo a punto de negarse pero Owen tenía razón, se merecía celebrarlo. Entró a la taberna y entre risas se pusieron al día de los acontecimientos de los últimos meses, en los que sus vidas habían sufrido tantos cambios. Ya no eran dos jóvenes con todo el tiempo del mundo para pasárselo bien, ahora ambos se habían casado y Leo era padre. Santo Dios, era padre. Se bebieron un par de cervezas a la salud del recién nacido, Charles Joseph Craven, llamado así en memoria del hermano de Casandra y del padre de Leo, y se despidió para marcharse. Estaba tan ansioso por volver a casa que estuvo a punto de arroyar a un joven caballero que en ese momento entraba en el local.

—Demonios, ¿acaso hay un incendio aquí dentro? —preguntó malhumorado el hombre hasta que lo reconoció—. Craven, eres tú. A dónde vas con tanta urgencia.

—Montgomery, no sabía que estabas por aquí. Perdona mis prisas, estoy deseando volver a casa.

Leonard saludó a Montgomery Barnett, hijo del barón de Redfield con un apretón de manos. Habían compartido muchas juergas pero siempre había tenido más relación con Nathan que con él.

—¿Y eso? ¿Se han acabado la cerveza y el whisky? —bromeó el joven dándole una palmada en el brazo.

—Espero que no. Verás, he sido padre hace unos días y la verdad que no hay nada que desee más que estar junto a mi mujer y mi hijo en estos momentos.

—Mi más sincera enhorabuena. Había oído algo sobre tu boda y la de tu hermano Nathan. Llevo en la finca de mi padre un par de semanas y ya sabes que aquí hay poco que hacer, aparte de emborracharse y cotillear.

—Vamos, Mont. No me digas que te has convertido en una vieja chismosa, eres demasiado joven para eso.

—Qué puedo hacer si los chismes vienen a mí. —Ambos soltaron una carcajada hasta que Montgomery se puso serio de repente—. Por

cierto, me han comentado que tu hermana está recibiendo la ayuda de un nuevo doctor, y que la han visto paseando por el pueblo. ¿Cómo está?

Antes del accidente de Allison, Montgomery Barnett había sido uno de los candidatos predilectos de la familia, de su madre más bien, por ser joven, bien parecido, y con una fortuna modesta pero suficiente para vivir holgadamente. Además estaba emparentado con las familias de más renombre de la alta sociedad y no parecía desagradarle el carácter voluble y caprichoso de Allison. Había otras prioridades más ventajosas, pero Barnett era una opción a tener en cuenta por si el resto fallaban.

—Está mejorando mucho, gracias por preguntar. La está tratando un médico de Londres, alguien bastante prestigioso, el doctor Simpson.

El semblante de Montgomery se ensombreció y durante unos segundos pareció azorado.

—¿El sanguinario? No puede ser, Leo. Espero que no sea el mismo Simpson del que todo el mundo habla.

—¿Qué? ¿Lo conoces?

—Creo que esto merece una copa de algo fuerte.

Leonard asintió y lo siguió al interior del local como si fuera un muñeco sin voluntad y se sentaron en una de las mesas más discretas, al final del local. Pidieron una copa a pesar de lo temprano de la hora, y en cuanto se la sirvieron Montgomery apuró la mitad de un trago. No sabía cómo decir aquello pero si él estuviera en el lugar de los Craven le gustaría saberlo, y siempre había apreciado a Allison. Tras retorcerse las manos unos instantes se echó hacia atrás en su silla y miró a Leonard, que se mantenía expectante frente a él.

—Suéltalo ya, o te lo sacaré a golpes, maldición.

—Puede que sea otro doctor Simpson, es un apellido muy común.

—Aidan Simpson, treinta y tres años; moreno, alto, con más pinta de atleta que de científico. Es de Londres y su familia se dedicaba a la abogacía. Es profesor en la universidad.

—El mismo. —Barnett se pasó la mano por el rostro y comenzó a hablar—. Sucedió hace dos o tres años, no recuerdo bien. Siempre ha habido muchas leyendas oscuras sobre algunos médicos, ¿sabes? Se decía que tenían contactos en la morgue y cuando aparecía algún

muerto sin identificar compraban los cadáveres para investigar. Su nombre siempre estaba entre ellos.

—No me importan las leyendas. Ve al grano, Monty, Me estás poniendo muy nervioso.

—Tengo que ponerte en contexto, maldición. El caso es que estos médicos han estado rozando durante demasiado tiempo el límite entre la vida y la muerte. Yo no puedo asegurar que eso sea cierto, no lo he visto con mis ojos, pero las habladurías dicen que cuando se cansaron de abrir muertos... comenzaron a hacer prácticas peligrosas con los moribundos y los desahuciados. Gente que no tenía nada que perder y que se dejaba hacer con la esperanza de sobrevivir o conseguir unas monedas para sus familias.

Leonard dejó escapar el aire con fuerza, él también había escuchado historias así. Algunos doctores y científicos jugaban a ser dioses esgrimiendo la posibilidad de salvar vidas como excusa y poder investigar o saciar su curiosidad saltándose los límites.

—¿Qué hizo Simpson?

—Fue muy escabroso, Leonard. Solo puedo decirte que no dejaría que un tipo así pusiera sus manos sobre nadie de mi familia.

—Habla —ordenó, conteniendo las ganas de dar un puñetazo sobre la mesa. Su buen humor se había esfumado y la bilis amarga se expandía por su estómago con rapidez.

—La esposa de Simpson estaba embarazada. Él pasaba el día en la universidad o con sus colegas, tomando café y compartiendo sus puntos de vista sobre sus asuntos. Estaba dedicado por entero a su profesión. Lo sé porque tengo amigos en común, algunos eran estudiantes a los que Simpson les daba clases y la historia corrió como la pólvora entre ellos. Cuando ella se puso de parto él no estaba en la ciudad, había ido a ver uno de esos casos que merecían toda su atención.

La pulla implícita en sus palabras fue más que evidente, para Simpson que su mujer estuviese a punto de dar a luz no era importante. Recordó su pasividad durante el parto de Casandra y se arrepintió de no haberlo estrangulado con sus propias manos en ese momento.

—Era un parto complicado. Cuando al fin llegó a casa la comadrona que la atendía le dijo que apenas les quedaba un hilo de

vida a ella y al crío. Su mujer estaba exhalando su último aliento y él tomó una decisión que nadie en su sano juicio habría tomado. Él… él…

Montgomery apuró su copa de un trago, y tiró del cuello de su camisa buscando aire. Siempre había sido muy aprensivo e imaginar lo que habría ocurrido en aquella habitación le parecía tan escabroso que apenas podía relatarlo.

—Montgomery…

—Bien. Él la abrió como si fuese… como si fuese… una sandía para sacar al bebé. —Un sudor frío corrió por la espalda de Leonard y supo que había palidecido al oír aquello—. Dicen que había sangre por todas partes, aquello parecía una carnicería, y el cuerpo de esa mujer… Los que lo vieron dijeron que era una aberración, una ofensa a Dios. El bebé murió a las pocas horas.

—¿Estás seguro de que eso sucedió así? ¿Por qué no tuvo consecuencias?

—¿Bromeas? Su familia pertenece a una estirpe de abogados ilustres. Su abuelo, su padre y sus tíos le han lavado los trapos sucios a toda la aristocracia durante décadas, sin contar con que los jueces estaban de su parte, aunque ellos mismos se rasgasen las vestiduras en privado por semejante locura. Fue un juicio extremadamente rápido y silencioso, en el que solo le acusaron de profanar un cadáver con fines médicos. La cosa se saldó con una multa y él volvió a su vida cotidiana para fingir que aquello no había ocurrido. A los estudiantes se les prohibió hablar del asunto bajo la amenaza de ser expulsados.

—Es… tan oscuro que cuesta creer que sea verdad.

—Puedo asegurarte que lo es, Leonard. Me conoces, sabes que yo no injuriaría a nadie de esta forma si no tuviera la certeza de que lo que digo es verídico. Sabes que te aprecio y siempre he apreciado a tu familia. No permitas que por ganarse el reconocimiento delante de sus colegas de profesión haga algún experimento con Allison.

—Gracias, amigo. Ahora tengo que ir a casa.

Leonard se despidió y salió de la taberna con una sensación extraña. Fuera brillaba un sol de verano en un cielo sin nubes, pero para él la tormenta acababa de cernirse sobre su cabeza.

Capítulo 23

Cuando Leonard llegó a casa le extrañó ver todo como cuando se había marchado esa mañana, limpio, ordenado y apacible. En su cabeza se había extendido un sentimiento nefasto y absurdamente pensó que todo estaría cubierto por una pátina oscura por culpa de los tentáculos del doctor Simpson. Nunca le había gustado. Al principio por la forma despótica con la que había tratado a Casandra cuando se conocieron en persona y después por la admiración que ella sentía por él y que no se molestaba en disimular. Tenía que agradecerle los progresos más que evidentes que había hecho Allison, pero ¿a qué precio?

Subió directamente a su habitación y sonrió al entrar y encontrar a su esposa sentada junto a la ventana con el pequeño Charles en brazos. Allison estaba en una butaca junto a ellos y la sonrisa que le devolvió le dejó un rastro agridulce.

—Cariño, has vuelto pronto —dijo Casandra mientras inclinaba la cabeza para que él depositara un beso en su mejilla. Leonard miró a su pequeño y acarició la mantita que lo cubría.

—Ajá. Todd y su mujer me han dado un regalo para Charles. Y Owen te manda recuerdos, dice que vendrá a veros esta semana con su esposa.

Casandra sonrió pero no obtuvo el eco esperado en su marido,

cuya mente parecía estar en otra parte.

—¿Estás bien? —se preocupó, tirando de la manga de su camisa ligeramente.

—Sí, sí. No te preocupes.

—El doctor Simpson ha estado aquí esta mañana, dice que tanto el niño como yo estamos sanos y...

—Creí que no era su especialidad. Aunque no sé exactamente cuál es su campo.

—Pues... su tesis versa sobre... —Allison intentó explicarlo pero se dio cuenta por su expresión que a su hermano no le interesaba en absoluto la respuesta. Se había dirigido hacia la ventana y observaba el campo que se extendía hasta el bosque con expresión sombría.

—¿Dónde está? —indagó con voz serena. Su perfil recortado contra la luz que entraba por la ventana parecía de piedra.

—En la biblioteca —contestaron las dos a la vez.

Leonard salió de la habitación sin añadir nada más y ambas se miraron extrañadas.

—¿Qué bicho le habrá picado?

—No lo sé. ¿Quieres coger a tu sobrino? —preguntó Casandra tendiéndole al bebé.

Allison lo cogió con cuidado y lo acomodó contra su cuerpo. Sonrió y sus ojos se humedecieron por la emoción. Acarició las manitas sonrojadas del bebé que sobresalían entre la manta blanca y le resultó tan tierno que le dolió por dentro.

—Cuando llegue el momento serás una buena madre, Allison.

Ella levantó la vista y la miró sorprendida. Sonrió con tristeza y volvió la vista hacia su sobrino.

—Dudo que eso pueda pasar. —Tras unos minutos en silencio se atrevió a formular la pregunta que llevaba días torturándola—. ¿Cuántas veces se puede encontrar el amor, Cassie? Quiero decir que...

—Sé lo que quieres decir. No debes sentirte culpable, Allison. Hemos hablado de esto muchas veces. Estás viva, tienes la obligación de ser feliz. Por ti y por Charles. Y si eso te lleva a amar a otra persona tienes que aceptarlo y permitirte sentir.

Allison sabía que para Cassie decir eso también era difícil. La muerte de Charles no solo había sido devastadora para Allison, los Butler habían perdido un hijo, un hermano, un sobrino... una pérdida

irreparable que siempre estaría presente. Por eso, su opinión era mucho más válida que la de la mayoría y Allison tenía la necesidad de recibir su aprobación.

—Siempre pensé que no volvería a querer a otra persona. Me siento culpable, es como si lo estuviera traicionando.

—Charles no está, Allison. Estuviste a su lado y le diste todo hasta el último segundo de su vida. Tu lealtad no es cuestionable. Estoy segura de que él querría que fueses feliz. Que te enamores de otro hombre no implica que dejes de querer a Charles, solo que has sido capaz de madurar y aceptar su pérdida. Debes dejarlo ir y atesorar todos los recuerdos hermosos.

—Justo así es como me siento. Como si estuviera preparada para liberarle.

—Hazlo. —Casandra alargó la mano y apretó la suya con complicidad—. Entonces ¿podemos dejar de fingir que no es el doctor Simpson quien despierta esos sentimientos en ti? Creo que es hora de que me cuentes qué está pasando.

—Es complicado. No albergo esperanzas al respecto. Sé que para él su profesión es lo primero y que ni siquiera se plantea tener una relación conmigo. Pero lo importante es que me ha hecho cambiar. Ha abierto mi corazón, me ha hecho sentirme viva. Aunque no volviéramos a vernos, en cierta manera me ha curado.

—El doctor Simpson es un hombre honesto, sé que no jugaría con tus sentimientos, Allison. Si te ha dado a entender con sus palabras o sus actos que siente algo por ti es que esa es la verdad.

Allison asintió sin mucho convencimiento, él no le había prometido nada, ni siquiera había insinuado que entre ellos fuera posible un futuro. Tendría que conformarse con ese despertar y esa pequeña dosis de esperanza para aferrarse a la vida con todas sus fuerzas.

El ambiente acogedor y tranquilo de la biblioteca había conseguido aplacar un poco los nervios de Aidan. No imaginaba que ver a Casandra y su bebé pudiera llegar a emocionarle, pero así había sido. Por un momento su cabeza le trajo los dolorosos recuerdos que

siempre le atormentaban, pero cuando tuvo a ese niño en brazos lo único que sintió fue esperanza. La vida se abría paso, testaruda e ingobernable, a pesar de las dificultades. Ese niño estaba destinado a vivir, y con toda seguridad se convertiría en un chicarrón fuerte que sería el orgullo de sus padres. Su hija no había tenido tanta suerte. Negó con la cabeza intentando borrar de sus recuerdos la imagen de su mujer inerte en aquella cama y de su pequeña niña luchando por sobrevivir. Cerró las manos al sentir que la sangre caliente y espesa volvía a manchar las manos y tuvo ganas de gritar.

—El mayordomo me ha dicho que quería verme. —La voz hosca de Leonard Craven sonó solemne en aquel lugar tan silencioso y Aidan se levantó como si alguien hubiera accionado un resorte. Cerró el libro que había estado ojeando y le tendió la mano, un gesto que Leonard fingió no ver.

—Sí, espero que no le moleste que haya echado un vistazo a su biblioteca, su esposa me dijo que podía venir aquí —prosiguió intentando suavizar la situación aunque su carácter le instaba a mandar al cuerno a aquel hombre cargado de soberbia y malos modales. Pero el tema que necesitaba tratar era importante y por Allison, solo por ella, se tragaría su orgullo—. Tiene unos ejemplares muy valiosos.

—¿Me ha citado para hablar de literatura, doctor? —preguntó con sarcasmo rodeando la mesa hasta acercarse más a él.

—Le he citado para hablar sobre Allison.

—Le escucho. —Leonard hizo un gesto con la mano que pretendía ser amable pero la hostilidad que manaba de él era palpable y Aidan no era idiota. Su animadversión parecía haber aumentado con creces y no entendía la razón. La sospecha de que hubiera averiguado lo que había entre él y Allison le hizo flaquear unos instantes pero prosiguió, negándose a ser pisoteado.

—Allison ha avanzado mucho. Pero me temo que no seguirá mejorando a no ser que optemos por otros tratamientos un poco más invasivos.

—Invasivos —repitió apretando la mandíbula. No sabía cómo enfrentar a Simpson después de lo que había descubierto sobre él, pero tenía claro que hablar a bocajarro era la mejor opción. No podía creer que el destino estuviera sirviéndole la oportunidad en bandeja,

antes de lo que había pensado—. ¿Cómo de invasivos?

—Verá, después de trabajar con ella todo este tiempo puedo afirmar casi con seguridad que la deformidad de su pie se debe a una fractura mal soldada. Los huesos no se colocaron como debían y...

—Los huesos estaban fracturados por muchos sitios diferentes. De hecho, muchos de ellos taladraron su carne. Supongo que habrá visto las cicatrices.

—Aun así, hay una protuberancia en el tobillo que le causa un dolor extremo. Pienso que uno de esos huesos no está colocado en su lugar y le produce insoportables pinchazos, además de dificultarle la movilidad del pie.

—Supongo que eso lo ha averiguado con su capacidad para ver a través de la piel y los músculos. —Su tono sarcástico sonó como un insulto.

Aidan tragó saliva. Nunca se había sentido tan ninguneado por nadie en su vida y no sabía cuánto tiempo más lo soportaría sin plantar cara.

—Son muchos años de experiencia.

—No lo dudo. Lo que sí me produce dudas es saber cuál es la solución que ofrece.

—Una operación.

La carcajada cínica de Leonard resonó con eco en el alto techo abovedado y Aidan apretó las manos contra la madera de la mesa para contener el deseo de darle un puñetazo.

—He visto este tipo de lesiones antes, ya se lo dije. En mi tesis expongo muchos casos similares al de Allison, no es algo descabellado. Podría aliviar o incluso eliminar ese dolor que, de lo contrario la torturará para siempre.

—Realmente es usted tan buena persona que me conmueve. Y solo por aliviar el dolor de mi hermana va a hacer el esfuerzo de manchar sus manos de sangre. ¿Verdad? —Leonard no fue consciente de cuán certero fue su dardo hasta que lo vio palidecer y dar un paso atrás—. Abrirá a mi hermana como si fuese un cordero en el matadero, hurgará en su interior y de paso, conseguirá un caso práctico para darle más credibilidad a su tesis. A mí no me engaña, Simpson. Para usted Allison es un experimento con el que ganarse una medalla.

Las palabras que había dicho Montgomery resonaron en su

interior y salieron de su boca por voluntad propia, y esta vez Aidan no pudo soportar el golpe estoicamente. Acortó la distancia que los separaba y sujetó a Leonard de las solapas de su chaleco.

—No se confunda conmigo, Craven, No soy ningún pobre diablo a quien pueda ningunear y pisar con la puntera de su bota. Lo único que impide que le borre esa sonrisa sarcástica de la boca es el aprecio que siento por su mujer y el cariño que me inspira su hermana.

Leonard se zafó de su agarre con violencia y lo empujó haciéndole trastabillar. Aidan chocó con la silla en la que había estado sentado haciéndola volcar con estrépito.

—¿Aprecio? ¿Cariño? ¿Cómo se atreve, maldito bastardo? Le prohíbo que hable de ellas en esos términos.

Esta vez fue el turno de reír de Aidan que soltó una carcajada seca y amarga.

—Me censura sentir algo positivo por ellas. Solo un hombre tan prepotente como usted podía creerse en el derecho de prohibirle a alguien sentir lo que le plazca. Allison es una mujer maravillosa y si no entiende que yo...

Leonard entrecerró los ojos con suspicacia, sabía por intuición que si seguía provocándolo la ofuscación le haría decir algo que lo delataría pero no estaba seguro de querer oírlo.

—Supongo que, en su caso, el aprecio, o incluso el amor no son garantía de que vaya a hacer lo correcto. ¿Acaso no sentía «aprecio» por su esposa y su bebé? ¿Le impidió eso hacer una aberración con su cuerpo para demostrarles a todos lo buen médico que era? Allison no será su víctima, Simpson, se lo aseguro.

El suelo tembló bajo los pies de Aidan, su corazón se detuvo de golpe y esta vez no solo sus manos se tiñeron de rojo brillante; su ropa, aquella estancia y hasta el mundo que le rodeaba se manchó con la sangre que había derramado con sus propias manos, ahogándolo sin remedio.

Capítulo 24

No fue consciente de que se había abalanzado sobre Leonard hasta que él gruñó al recibir el primer golpe. Aidan era como un animal herido incapaz de pensar en las consecuencias, incapaz de sentir el dolor de los puñetazos que Leonard le devolvía. Ambos rodaron por el suelo, Leo con la nariz sangrando y él con el labio partido y una costilla dolorida. Se zafó de la presión que Craven estaba ejerciendo sobre su pecho y que apenas le permitía respirar y con un rodillazo lo apartó de él un par de metros. Estaban tan enfrascados en la pelea que ninguno escuchó los gritos desesperados de Allison desde la puerta. Leonard se dispuso a asestar el puñetazo definitivo que noquearía a ese hombre cuando su hermana se interpuso lanzándose al suelo para cubrirle. Se quedaron paralizados al ver el alcance de lo que estaban haciendo. Había varias sillas volcadas por el suelo, y la sangre que brotaba de sus heridas manchaba sus camisas de forma escandalosa.

Con la respiración alterada, Leonard observó consternado a su hermana abrazada a Simpson para protegerle, como si el verdadero peligro fuera él. No se arrepentía, pero sí se avergonzaba de haber hecho algo semejante en su propia casa con su familia tan cerca. Despidió con un rápido movimiento al mayordomo y al ama de llaves que se habían congregado allí al escuchar el alboroto. Leonard cogió a su hermana por la cintura y la ayudó a sentarse en uno de los

butacones ignorando sus reticencias y tendió la mano a Aidan para ayudarlo a levantarse. La caballerosidad ante todo, eso decía siempre su padre. El doctor rechazó su ayuda y se puso de pie limpiándose la sangre de la boca en la manga.

—Siéntate —le ordenó a Craven mientras ponía en pie una de las sillas que habían volcado. Leonard lo miró con los ojos entrecerrados ante su descaro al darle órdenes en su propia casa—. Tienes la nariz rota.

Leo obedeció a regañadientes y se sentó aferrándose al asiento con disimulo. Simpson palpó la nariz y al cabo de unos segundos y sin avisar recolocó los huesos con un crujido seco. Leonard gritó, gruñó y maldijo, especialmente cuando Aidan se limpió la sangre de los dedos en su chaleco.

—Lo que has hecho, Craven, es lo más rastrero que he visto en mi vida.

—¿Alguien puede decirme qué demonios ha pasado aquí? —preguntó Allison desconcertada.

—Que te lo diga tu doctor —contestó Leo con tono infantil, dolido porque Allison se hubiera lanzado a defenderle arriesgando su integridad—. No es ningún héroe, más bien todo lo contrario.

—Ya basta, Craven. Tú no sabes nada.

—Pues cuéntanoslo, seguro que mi hermana está deseando oír lo que tienes planeado para ella. Y lo que es más importante, merece conocer ese pequeño secretillo de tu pasado.

—¿De qué está hablando, Aidan? —Allison lo miró y él pudo ver la desesperación en sus ojos, el miedo a la traición y a la decepción.

—Allison, ya hemos hablado de la posibilidad de una operación. Tú mejor que nadie sabes cuánto dolor soportas. La única manera de intentar arreglarlo es recolocar el hueso. Tu hermano... —lo señaló con la mano sin disimular su cara de asco— él, en su enfermiza mente, cree que solo lo hago para experimentar contigo y ponerte como ejemplo de mi valía. Tú sabes que yo no soy así. Me importa tu bienestar, me importas.

—¿Sabes lo de su mujer y...? ¿Lo sabes? Si tanto le importas, supongo que no te habrá ocultado nada —añadió mientras se limpiaba la nariz con un pañuelo. Si ese hombre le había destrozado la cara de por vida no habría sitio en toda Inglaterra para esconderse.

Leonard miró el rostro consternado de su hermana y sintió miedo. Tenía la misma expresión que aquel maldito día, cuando toda la familia se reunió para decirle que su relación con Charles tenía que terminar. Había tenido que renunciar a sus sueños y sus ilusiones, solo porque su familia no lo veían adecuado ni oportuno. A ellos no les importó romper su corazón, su finalidad era que se comportase como se esperaba de ella, que fuese correcta, obediente y civilizada. Pero el amor no siempre es civilizado, a veces te remueve los cimientos y te impulsa a correr hacia la nada. Vio tan claro que Allison estaba enamorada de Simpson que le sorprendió haber estado tan ciego. Otra vez. Su hermana había vivido una vida paralela con Charles en sus narices, y ahora, a pesar de haberse jurado a sí mismo que no volvería a pasar, caía de nuevo en el mismo error.

Aidan se acercó al sillón donde se encontraba y se arrodilló frente a ella.

—Ya sabes que mi mujer falleció. —Aidan le sujetó su mano con dulzura y la miró a los ojos. Por más que huyera de su pasado, las lenguas viperinas que esparcían los falsos rumores como las semillas de mala hierba siempre acababan alcanzándolo. Prefirió contarle la verdad sin artificios, cruda y descarnada, antes de que cualquiera intoxicara sus oídos con mentiras—. Estaba embarazada. Yo trabajaba mucho en ese momento, y ella me animaba a hacerlo. Era una mujer fuerte pero la tensión le jugaba malas pasadas. Tuve que salir de la ciudad para ver a un paciente. Yo no quería alejarme de ella pero era un pariente lejano y no me quedó otra opción. De todas formas, todavía faltaban semanas para el parto y me marché prometiéndole volver pronto. Ese día llovía a cantaros y el viaje de vuelta se me hizo interminable. Cuando llegué a casa el ambiente había cambiado, lo supe nada más abrir la puerta: el olor a una muerte cercana lo impregnaba todo. Sé que es algo poco científico pero puedo percibirlo con total claridad sin temor a equivocarme. Subí las escaleras corriendo como un loco, y desde el fondo del pasillo me llegó el murmullo de una oración y un gemido agonizante.

Allison deslizó la mano por su mejilla para hacerlo volver en sí, estaba tan concentrado en su historia que la expresión de dolor de su rostro lo hacía parecer otra persona. Aidan la miró unos segundos como si no la reconociera y tras bajar la vista prosiguió con su relato.

—La comadrona se había rendido y, sentada junto a su lecho, se limitaba a sujetar su mano para darle consuelo, mientras la doncella rezaba con las manos juntas a los pies de la cama. Theresa levantó la vista para mirarme, sin reproches, al contrario, agradecida de que hubiera llegado a tiempo de despedirme. La comadrona me explicó que el bebé estaba atravesado, que mi esposa había luchado pero su corazón ya no tenía fuerza. La cama estaba llena de sangre y el fin estaba cerca. Me senté junto a ella y le di la mano. Apenas tenía fuerza para sostenerla. Me miró y asintió. «Sabes lo que tienes que hacer, Aidan. Sálvalo. Inténtalo. Yo ya no puedo» Su pulso se fue haciendo más y más débil hasta que la vida la abandonó. La comadrona me acercó el maletín y me dijo que ya no teníamos nada que perder. No sabes la lucha que tuve que librar conmigo mismo sin tiempo apenas para pensar. Ya no podía hacer nada por mi esposa pero todavía podía salvar al bebé. Y simplemente lo hice.

—¿La operaste?

—Sí, le hice una cesárea. Nunca había hecho algo así. Había operado en situaciones a vida o muerte, pero nunca algo tan... impactante. Era mi hija. Mi esposa. Ningún hombre debería pasar por eso. El bebé apenas sobrevivió unas pocas horas a su madre.

—Aidan, hiciste lo que pudiste —susurró Allison, abrazándolo en un esfuerzo inútil por darle consuelo. Lo sabía por experiencia, no había consuelo posible.

Leonard los observó unos segundos y se sintió tan despreciable que tuvo ganas de abofetearse a sí mismo. Había llevado a ese hombre al límite sacando a la luz el hecho más doloroso de su pasado. Eso no evitaba que siguiera pensando lo mismo sobre él. Allison supondría el colofón perfecto a meses de trabajo y un golpe de efecto frente a sus colegas. No era una moribunda rescatada de las calles que aceptaría cualquier cosa llevada por la desesperación. Operar a la heredera de una familia noble y adinerada lo cubriría de gloria. Si dependía de él nunca le daría su aprobación para aquella locura, ya habían sufrido bastante. Sin hacer ruido salió de la habitación ya que tenía la impresión de que se habían olvidado de su existencia, y no podía soportar la sensación de estar violando su intimidad. Podía empatizar con el sufrimiento de Simpson, pero no cedería si estaba en juego la vida de su hermana.

Aidan enterró la cabeza en el regazo de Allison buscando consuelo por primera vez desde que había ocurrido. Solo se lo había contado a los más allegados y al juez, un amigo íntimo de su padre que lo conocía desde niño. Había encerrado bajo llave los recuerdos de aquel día y de su vida en común con Theresa, junto con sus demonios, y había tirado la llave bien lejos. Dejarlos salir no resultaba fácil, y por el momento tampoco le hacía sentirse mejor. Muy al contrario, sentía que sus entrañas ardían con el peso del dolor.

—Ni siquiera me acuerdo del rostro de mi hija, Allison. No tuve tiempo de quererla, de acunarla en las noches frías, ni de pronunciar su nombre. Theresa quería que se llamase como ella. Cuando pienso en ella solo soy capaz de ver la sangre en mis manos.

Allison no dijo nada. Se limitó a abrazarlo con fuerza y a compartir su sufrimiento. Puede que Leonard hubiera pensado que ese secreto la separaría de él, pero había tenido el efecto contrario. Ahora se daba cuenta de que se parecían más de lo que pensaba y de que ambos habían pasado por el mismo calvario de perder a alguien.

Al cabo de un rato, cuando las lágrimas cesaron, Allison deslizó las manos por el pelo de Aidan con ternura y lo miró con detenimiento.

—Estás hecho un desastre —Él bufó en respuesta ante la confirmación de que estaba tan mal como se sentía. Había que reconocer que el idiota de Craven tenía una buena derecha. Allison sonrió a pesar de las lágrimas que todavía mojaban su cara—. Vivimos atormentados por penas que no pudimos evitar, Aidan.

—Sí, es cierto. Hemos escondido esta fragilidad durante tanto tiempo, que hemos asumido estas máscaras como si fueran nuestro verdadero rostro. Allison, esta es la razón por la que no puedo estar contigo. Cómo puedo amarte si solo quedan pedazos inconexos de mí.

—Lo sé. No te he pedido que lo hagas.

Allison se levantó sin ayuda y se apoyó en la mesa para avanzar los pasos que la separaban de su bastón, que había dejado caer durante la pelea y se marchó en silencio sin atreverse a mirar atrás.

Capítulo 25

El desasosiego que se había instalado en el corazón de Allison no le permitía estar quieta ni un segundo. No había podido comer ni descansar, y pensar en pasar el resto de la tarde sola en aquella habitación enorme le parecía una tortura. Decidió darle espacio a Aidan y dejarlo digerir todo lo que había confesado. Ella mejor que nadie sabía lo que implicaba remover los recuerdos dolorosos. Abrir las heridas y hurgar en su interior solía tener un efecto curativo después de un tiempo, pero al principio quemaba como si echaras sal en ellas. Leonard tampoco había hecho acto de presencia para pedir explicaciones, cosa que era de agradecer, y supuso que ya tendría bastante con tener que justificar su aspecto ante Casandra. De nuevo su familia se inmiscuía en sus decisiones con la excusa de buscar lo mejor para ella, como si fuera demasiado estúpida para decidir por sí misma. La historia volvía a repetirse y sentía un vacío enorme que amenazaba con consumirla desde dentro. Gruñó exasperada y golpeó con fuerza el cojín que tenía a su lado. Necesitaba aire.

Se levantó y, no sin esfuerzo, consiguió ajustarse la bota ortopédica a la que había acabado acostumbrándose y con la que se sentía más segura. Se dirigió hacia los establos con más prisas de lo que lo hacía habitualmente, como si temiera ser descubierta. El sol de la tarde y el esfuerzo hicieron que el sudor recorriera su espalda, pero

se negó a detenerse o a disminuir el ritmo.

Cuando al fin estuvo frente al edificio, se permitió descansar unos instantes y recuperar el resuello. Se cruzó con uno de los mozos de cuadra, un muchacho joven llamado Carl, que llevaba unos meses trabajando en la finca y se encontraba limpiando los pasillos.

—Buenas tardes, señorita Craven —saludó quitándose la gorra y cuadrándose ante ella.

—Buenas tardes, Carl. No te preocupes por mí, intentaré estorbarte lo menos posible.

—Usted nunca estorba, señorita. —El muchacho retorció la gorra entre sus manos y se sonrojó hasta las orejas—. Estaré por aquí si me necesita.

Allison lo observó alejarse por el pasillo y sonrió. Le caía bien ese chico, siempre sonriente y silbando alguna tonada alegre. Acarició a Nube de tormenta y le dedicó unas cuantas palabras cariñosas. Después le llegó el turno a Perla. La yegua cabeceó cuando la vio entrar y buscó su mano a la espera de sus caricias. Parecía como si notara que su dueña la necesitaba a su lado.

—¡Carl! —llamó al muchacho de manera impulsiva.

—Dígame, señorita. —Este apareció corriendo casi antes de que ella terminase de llamarlo—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Ensíllame a Perla, por favor —ordenó con determinación antes de dejarse vencer por la inseguridad.

—¿Cómo... cómo dice?

—Que me ensilles a Perla, voy a dar un paseo.

—Pero...

—El doctor Simpson me ha dado permiso, debo empezar a ampliar mis rutinas.

El muchacho se rascó la cabeza por debajo de la gorra sin saber qué hacer, pero ella era la señora; y él, un simple mozo. Tocaba obedecer.

Con rapidez y lanzándole miradas inquisitivas de cuando en cuando, ensilló a la yegua, sintiendo que estaba haciendo algo que no debía y que le traería consecuencias.

—Tranquilo, precioso. Otro día te tocará a ti —le susurró Allison al otro caballo tras besar su cuello.

Cuando Perla estuvo lista, Carl la sacó de la caballeriza y llevó

una escalinata para ayudar a la joven a montar, que disimuló como pudo la mueca de dolor. Sentía la pierna latir por la caminata y la bota ortopédica se clavaba un poco en la piel, pero nada la privaría del placer de volver a sentirse libre. La emoción de compartir de nuevo ese momento con su yegua la hacía sentir poderosa, y la ilusión hacía que su corazón latiera desbocado.

Aceptó los bastones que el muchacho le tendió y los enganchó a la silla de montar. Le dedicó una sonrisa tan radiante al chico antes de emprender la marcha que él se quitó la gorra y la agitó en el aire para despedirla, igual de emocionado que ella. Cabalgó a paso lento por uno de los caminos laterales y suspiró aliviada cuando al fin la arboleda la ocultó. Solo entonces pudo relajarse.

La imagen que el espejo le devolvió a Leonard era realmente dantesca. Su nariz estaba hinchada, al igual que sus ojos, que además presentaban un intenso color morado. Solo esperaba que Simpson tuviera el mismo aspecto desvalido que él o se vería tentado a atizarlo de nuevo. Aunque en esos momentos lo que más le preocupaba era Allison. Quería hablar con ella y hacerle entender que estaba de su parte, ella no tenía la culpa de que Simpson la hubiese manipulado para aceptar la operación y a saber qué cosas más. Solo esperaba que no se hubiese propasado con ella, o el encuentro de esa mañana sería un baile de salón en comparación con lo que llegaría a hacerle. La buscó en su habitación y en el resto de la casa y, llevado por un inoportuno pesimismo, se atrevió incluso a asomarse a la ventana por la que Allison había caído aquella horrible noche. Solo había un retazo de jardín y unas vistas maravillosas de la campiña. Se apoyó en la pared y se frotó los ojos para no llorar, pero no pudo evitar que el desasosiego se hiciera mucho más profundo e insoportable. Sin disimular su preocupación, preguntó a cada sirviente con el que se cruzó, pero no había ni rastro de Allison y pronto empezaría a atardecer. Se tragó su orgullo y se dirigió al único lugar que le quedaba por mirar. Cuando llamó a la puerta de la casa de invitados, lo recibió Simpson en mangas de camisa, con un corte en el labio y un ojo morado, y durante una décima de segundo se sintió satisfecho por

su obra.

—Si ha venido a echarme no se preocupe. Mañana a primera hora me marcharé de aquí.

—Bien, el día no ha sido en balde después de todo. Y ahora dígale a Allison que salga.

La cara confusa de Simpson le dijo que no estaba allí.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó con urgencia, y Simpson palideció.

—En la biblioteca. Creo que ella se marchó a su habitación y yo vine a recoger mis cosas.

—¿Le ha dicho que se marcha?

—No le he dicho que mi partida es inminente, si es eso a lo que se refiere.

—Si viene por aquí o se le ocurre dónde puede estar, dígamelo —ordenó, girando sobre sus talones para volver a la casa a grandes zancadas y conteniendo las ganas de echar a correr.

Antes de pisar el primer escalón, el mayordomo lo interceptó, ni siquiera se había dado cuenta de que Simpson lo había seguido hasta que lo vio pararse a su lado.

—Señor, uno de los mozos me ha informado de que la señorita ha pedido que le ensillen el caballo y se ha marchado. Le comentó que el doctor le había dicho que podía montar.

Leonard se giró para mirar a Simpson con la expresión más fiera que pudo componer y este se vio obligado a justificarse.

—Yo no he hecho tal cosa. ¿Sabe hacia dónde fue?

—No, señor. Solo me dijo que iba sonriendo.

Craven y el doctor se miraron sin entender nada. Las posibilidades eran infinitas y la mente de Leonard comenzó a repasarlas todas a la desesperada. La casita donde se citaba con Charles de manera clandestina, los riscos, el pueblo... Se dirigió hacia los establos para coger su caballo, por algún sitio había que empezar a buscar.

Simpson, en cambio, tomó el camino contrario. Pensó en el lago, Allison le había dicho que era su lugar favorito de la finca, y dudaba que fuera tan insensata para cabalgar hacia zonas más alejadas. El sol de la tarde comenzaba a bajar en el horizonte y apretó el paso, hasta que unos instantes después le pareció insuficiente y echó a correr entre la espesa arboleda.

Cuando llegó al claro, se detuvo con los pulmones a punto de salir por su garganta y durante unos segundos dudó si lo que veía era real o fruto de su imaginación.

Allison estaba sumergida en el agua hasta la cintura y su pelo húmedo se pegaba a su espalda desnuda, abrazándola como si quisiera consolarla. La luz anaranjada que conseguía traspasar las ramas de los árboles se reflejaba en el agua dando la impresión de que las estrellas habían bajado hasta allí solo para venerarla a ella. Se acercó atraído por una fuerza invisible y el sonido de sus pasos la alertó de su presencia. Se giró para contemplarlo y en un acto reflejo se tapó los pechos con las manos. Aidan no había visto nada tan sensual en su vida y sintió que la excitación se apoderaba de él haciéndolo vulnerable. Si en algún momento había pensado que podría ignorar lo que ella le hacía sentir acababa de darse cuenta de que estaba equivocado. Allison había conseguido llegar a partes de su alma que ni siquiera él conocía, con su falsa fragilidad y su entrega. La mujer que había conocido en Londres, consentida e irascible a pesar de todo lo que había vivido, había desaparecido en pos de una diosa fuerte que había renacido de sus cenizas como el ave fénix. Dudaba que él hubiera tenido algún mérito en eso. Él, Casandra o cualquier otro que hubiera tenido la suerte de tratarla solo eran las herramientas que Allison Craven había usado para coger impulso. Y estaba seguro de que ya no habría vuelta atrás.

Vio a su yegua atada a un tronco, su ropa, la bota y los bastones en un montón en el suelo, e intentó imaginar cómo se las habría apañado para hacer todo eso sola.

—He venido despacio —se justificó antes de que él la amonestara por ello—. He sido muy cuidadosa al bajar, me he apoyado en ese árbol y he usado el tronco caído como escalón.

—¿Y cómo pensabas salir del agua sin los bastones, listilla? —preguntó él, divertido, ahora que el momento de tensión al no saber de su paradero había pasado.

—Igual que he entrado. Usando la imaginación.

Aidan se acercó a la orilla para ayudarla a salir sin importarle arruinar sus botas. La abrazó contra él y su ropa se empapó por el agua que resbalaba por su cuerpo desnudo. En un impulso intentó besarla, pero siseó de dolor en cuanto su boca tocó la suya y el labio

roto le impidió continuar.

—Supongo que esta es la mejor venganza que tu hermanito ha podido idear, impedirme besarte.

—No lo culpes. Solo se preocupa por mí —lo justificó entre risas, aceptando la ayuda de Aidan para empezar a vestirse.

Simpson le colocó la camisola para cubrir su cuerpo y mitigar la tentación de tocarla, y acarició su mejilla con ternura.

—Yo también me he preocupado al ver que no estabas.

Allison se sentó sobre la hierba y él se acomodó a su lado. Tenían que volver a la mansión, pero ambos sabían que posiblemente este sería el último momento que tendrían para ellos.

—Lamento haberme marchado así, pero necesitaba ser libre aunque solo fuese un rato.

—Sabes que la pierna te va a doler después de este esfuerzo.

—No me importa. Ha valido la pena sentirme yo misma otra vez, Aidan. No tenía ni idea de cuánto de mí había perdido hasta que llegaste tú.

—Allison, sabes que...

—Escúchame, por favor —susurró apoyando con delicadeza la yema de su dedo índice sobre el labio dolorido de Aidan—. Sé lo que sientes, Aidan. Yo siento lo mismo que tú. Y no solo porque yo esté viva y Charles no. Yo provoqué todo esto. Cuando pasa algo así intentas buscar una razón que justifique esta injusticia, lo sé. Todos la hemos buscado. Pero yo sé que fui la verdadera responsable.

Allison tragó saliva y arrancó varias briznas de hierba sin saber muy bien cómo continuar, hasta que al fin consiguió serenarse y mirar a Aidan a los ojos. Sabía que él no la juzgaría.

—Charles quería hablar con mis hermanos, especialmente con Leo. Pero yo estaba demasiado ilusionada con nuestros encuentros clandestinos y nuestros besos a escondidas para permitirlo. Sabía que después de eso nos vigilarían día y noche y se acabaría la diversión. También sabía que mi madre y mi hermano Nathan no aceptarían de buen grado que me casara con el hijo de un médico de pueblo, por muy bueno que fuera. Intentarían separarnos por todos los medios, y eso fue lo que hicieron. Yo era demasiado caprichosa, y no aceptaba consejos ni órdenes. Quería casarme con Charles a toda costa, aunque eso supusiese enfrentarme a ellos, por más que él se empeñara en

hacer las cosas bien. Si le hubiera hecho caso... Habría sido un camino un poco más lento, pero si le hubiera permitido pedir mi mano, al final mi familia habría cedido, estoy segura. Pero no. Urdí un plan ridículo para escaparnos y casarnos en cualquier parte. No me importaba que me repudiaran, solo quería estar con él el resto de mi vida. Lo amaba tanto que no concebía la idea de pasar un tedioso compromiso de meses entre carabinas y miradas de censura de mi madre. Lo quería, y lo quería ya. —Allison meció la cabeza para retener las lágrimas, pero estas le ganaron la batalla y se derramaron por sus mejillas—. La noche de nuestra huida llegó, y sin que fuera consciente del todo, mi vida se desplomó ante mis ojos como un castillo de naipes. Todo está muy confuso en mi mente, pero sé que un amigo de Charles puso a mis hermanos en alerta y el mundo se detuvo para mí. Mis hermanos fueron a hablar con él para quitarle la idea de la cabeza, y mi madre me encerró y me dijo las cosas más horribles que te puedas imaginar. Pero yo seguía confiando en que Charles vendría a buscarme, que me sacaría de allí de una manera o de otra. Lloré hasta quedarme dormida y entonces alguien llamó a la puerta principal. Eso es lo único que recuerdo. El resto está difuminado por una especie de neblina que no me deja pensar con claridad, y a veces dudo si las imágenes que acuden a mi mente son reales o inventadas por mí. Lo único que recuerdo con claridad es el momento en el que mi corazón se detuvo. No sé quién pronunció aquellas palabras: «Ha habido un accidente en los riscos. Charles ha muerto». —Su voz se ahogó por un doloroso sollozo, y Aidan la abrazó contra su pecho para consolarla, aunque sabía que eso era imposible—. Noté que se paraba y se encogía hasta reducirse a cenizas. Nunca ha vuelto a latir igual. Ya no tenía sentido vivir, y decidí que lo mejor era irme con él.

—Lo siento mucho, Allison. Lo siento. No deberías haber pasado por algo así.

—Nadie debería. —La joven se limpió las lágrimas y se recompuso. Ya había llorado bastante durante todos aquellos años y no estaba dispuesta a seguir compadeciéndose—. Ahora que sé lo que tú también has vivido, entiendo que te sientas roto por dentro, que creas que no puedes amar otra vez ni construir nada a partir de tus sentimientos.

Aidan supo que aquella noche no solo lo habían escuchado los

caballos, pero decidió no interrumpirla.

—Creo que no estoy preparado para darte lo que necesitas. Puede que estés confundida, Allison, que tus sentimientos no sean tan fuertes como crees.

—Sé lo que siento por ti, Aidan. Te quiero. Lo he entendido al ver cómo eres en realidad, debajo de esa coraza arrogante y déspota hay mucho más. Pero no te pido que me ames. Ya me has dado mucho más de lo que podía soñar. Me has hecho fuerte, me has ayudado a soltar amarras y a dejar de aferrarme al dolor. Me has hecho libre y ahora sé que algún día seré feliz.

Aidan quiso decirle que no hacía falta que le pidiera que la amara, ya lo hacía sin poder evitarlo. Pero sorprendentemente ahora era él el que no estaba preparado, el que sentía que no había dejado ir el dolor. Lo había ocultado demasiado tiempo y ese sentimiento se había adueñado de él, como una enfermedad silenciosa que acaba consumiéndolo todo.

La ayudó a vestirse en silencio y ambos volvieron a la casa montados en Perla. Esta vez era Aidan quien llevaba las riendas, mientras Allison, sentada delante de él, disfrutaba de la agradable sensación de ir entre sus brazos, cobijada en su pecho.

Cuando llegaron a la mansión ya casi había anochecido y la casa era un ir y venir de sirvientes dispuestos a organizar una partida de búsqueda. Leonard no supo si reír o llorar al verlos llegar a lomos del caballo, y casi arrancó a Allison de los brazos de Aidan para llevarla al interior y asegurarse de que estaba bien. Ella lo miró sobre el hombro de su hermano mientras se alejaban, y sonrió. Aidan le devolvió la sonrisa al leer en sus labios la palabra «gracias».

A la mañana siguiente, Allison vio cómo el carruaje se dirigía a la entrada de la casa de invitados y unos minutos después partía en dirección a Londres, llevándose con él al hombre que la había ayudado a despertar a la vida, y que ahora se marchaba sin valor para despedirse.

Capítulo 26

Había pasado casi un mes desde que el doctor Simpson se había marchado y desde su partida el tiempo parecía haberse parado en la mansión de los Craven. Lo único que marcaba el certero paso de los días era ver cómo Charles crecía.

Allison no podía decir si se encontraba bien o mal, parecía que se había vuelto insensible, al menos a los ojos de los demás. Por dentro sentía el escozor de la pérdida, aunque se había prometido no volver a sucumbir a él. Cada mañana al abrir los ojos, intentaba ignorar esa fuerza invisible que la anclaba a la cama y le susurraba al oído que no merecía la pena levantarse, y se esforzaba por mejorar en sus ejercicios y distraerse. Había ido a visitar a su amiga Prudence, y para su sorpresa había recibido respuesta de algunas de las antiguas compañeras a las que había escrito por sugerencia de Aidan. Sin duda, volver a ser la Allison de siempre la reconfortaba, aunque ya quedase muy poco de aquella chiquilla en su interior. Quizá podría valorar la idea de Casandra de acompañarla a las obras benéficas y las actividades que organizaban en la parroquia y el orfanato, ayudar a los demás siempre era gratificante. Dejó el carboncillo con el que había estado jugueteando sobre el papel, esa mañana no estaba concentrada, y al hacerlo se dio cuenta de que un arcoíris había aparecido como por arte de magia sobre su mesa. Pasó los dedos bajo

el haz de luz que se proyectaba sobre la madera y sonrió. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron, y cuando volvió a mirar el arcoíris había desaparecido.

—¡Adelante!

Leonard apareció en el umbral y se apoyó en el marco de la puerta con aire desenfadado, justo lo que hacía cuando quería hablar de algo importante.

—¿Puedo pasar?

Ella asintió y le señaló una silla frente a ella.

—¿Qué quieres? —preguntó con más sequedad de la que pretendía.

—Antes no necesitábamos una excusa o una razón para pasar un rato juntos, Allison.

—Pero no es el caso, ¿verdad? Te conozco demasiado y sé que tienes algo dando vueltas en tu cabeza.

Leonard titubeó y se pasó las manos por el pelo, ni siquiera tenía idea de cómo empezar, y era consciente de que Allison podía odiarlo después de ese día, pero ella se merecía saber la verdad, toda la verdad.

—Hace mucho tiempo que quiero contarte algo, Allison. Me he acercado a ti mil veces con la intención de hacerlo y siempre pensaba que no era el momento. Al principio, porque la muerte de Charles era muy reciente; después, porque... porque... supongo que porque soy un cobarde.

—¿Algo sobre Charles? —preguntó desconcertada. Leonard apenas hablaba de él desde su muerte, supuso que la traición que había supuesto para él que su mejor amigo sedujera a su hermana a sus espaldas había pesado demasiado.

—Quiero contarte lo que pasó esa noche. —Ambos tragaron saliva y Leo intentó sujetar la mano de Allison, pero ella la retiró en un acto reflejo—. Dame la mano, por favor.

Allison accedió y extendió la mano temblorosa hacia su hermano, la persona a la que habría confiado su vida sin pestañear y que ahora despertaba en ella cierto recelo. Leonard tomó aire y depositó sobre su palma la medalla de oro y la cadena, que se enroscó como si fuera un animal herido. Ella abrió la boca para decir algo, pero no pudo. Esa cadena era el símbolo de su amor por Charles y la había dado por

perdida durante todos esos años.

—¿Por qué la tienes tú?

—Sé que tú se la regalaste a Charles. Esa noche... me volví loco, Allison. Lo siento tanto... ojalá hubiéramos tenido tiempo para arreglarlo, ojalá no hubiera ocurrido nunca.

Allison estaba paralizada, con los ojos muy abiertos y el corazón latiendo frenético en su pecho. Pero tenía que saber qué había ocurrido.

Leonard fue desgranando poco a poco, igual que había hecho con Casandra en su día, todo lo que había acontecido en aquella noche nefasta. Cómo citó a Charles en los riscos para retarlo a un duelo, al que él se negó. La discusión, los golpes que Charles había aguantado estoicamente, sabiendo que a Leo se le pasaría el enfado en cualquier momento. Solo que ese momento no llegó, no tuvieron tiempo de rectificar. Leonard había descubierto que llevaba colgada la medalla que Allison le había regalado y había enfurecido aún más. La había arrancado del cuello de Charles y la había lanzado hacia el precipicio como una absurda venganza infantil. No había esperado que Charles se lanzase a buscarla como si no hubiera un tesoro más valioso para él en el mundo, hasta que un resbalón y la mala fortuna hicieron que perdiera la vida.

—Intenté detenerlo, pero cuando llegué hasta él ya era demasiado tarde. He vivido torturado por la culpa durante todos estos años, hasta que he podido aceptar que fue un desgraciado accidente. Me hubiera cambiado por él mil veces, Allison. Lo echo tanto de menos.

Allison parpadeó intentando digerir aquella información, ya tenía la pieza del puzle que le faltaba y que hacía la muerte de Charles todavía más innecesaria. Cerró la mano en la que contenía la medalla y, sin pensar lo que hacía, comenzó a golpear con rabia a Leonard, en el pecho y los hombros.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritó sin poder soportar el dolor sordo de su corazón, castigándolo durante tanto tiempo que se quedó sin fuerzas.

Su hermano la abrazó y ella se dejó acunar por él, como había hecho mil veces cuando era pequeña.

—Esta medalla me ha quemado en las manos mucho tiempo, Allison. Pero pensé que todavía no estabas preparada para tenerla. —

Leonard apartó el pelo desordenado que caía sobre la cara de su hermana y limpió con los pulgares las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—Me he sentido culpable por lo que pasó durante todos estos años, ¿cómo pudiste ocultarme algo así, Leonard? Merecía saber la verdad.

—Yo también me he torturado, por lo que ocurrió y por no poder decírtelo. Pero apenas podías soportar el peso que suponía estar viva, ¿cómo hubieras podido asimilarlo todo, Alli? Solo quería protegerte y librarte de cualquier dolor añadido. Ya tenías suficiente sufrimiento. Sé que posiblemente me odies después de esto, yo me he condenado a mí mismo durante todo este tiempo.

—¿Casandra lo sabe?

—Sí, y por eso la alejé de mí. Era incapaz de mirarla pensando que quizá... Pero ella me hizo ver que solo fui un maldito idiota consentido, y que lo que le pasó a Charles fue un accidente. Créeme, Allison. Jamás pretendí hacerle daño.

—Déjame sola, por favor.

—Allison, escúchame. La culpa es el peor enemigo al que nos hemos enfrentado. Tú, yo... tu doctor. Nos paraliza y hace que los miedos nos bloqueen. El único camino es perdonarnos a nosotros mismos y seguir avanzando, la vida se encargará de guiarnos, estoy seguro.

—¿Qué tiene que ver el doctor en esto?

—Él también está bloqueado. Que yo le echara en cara de esa forma tan cruel lo que pasó con su familia no creo que lo haya ayudado demasiado. Solo quería protegerte y me comporté otra vez como un cretino.

—Quizá es que seas un poco cretino.

—No te pases —bromeó pellizcándole la nariz como cuando era una niña—. Allison, he visto cómo has mejorado gracias a su ayuda y también sé lo que vi en la biblioteca. Estabais conectados a un nivel al que ni yo ni nadie podía acceder. Mucho más que un médico y una paciente. Prefiero no opinar lo que pienso sobre su ética profesional. Solo espero que seas capaz de perdonarme algún día, hermana. No voy a presionarte, y entenderé que no puedas hacerlo.

—Necesito tiempo para asimilar todo esto, Leonard. No es

sencillo.

—Lo sé. Pero no lo pienses demasiado, he leído en el periódico que dentro de unos días un tal doctor Simpson presentará una esperada tesis en la universidad, quizá te apetezca asistir. Solo quiero que sepas que no voy a cuestionar tus decisiones nunca más, y que te apoyaré en todo lo que decidas aunque sea una completa locura.

Leo se puso de pie y le dio un beso en la coronilla antes de marcharse hacia la puerta. Se había quitado un peso que llevaba cargando durante años y solo esperaba que ese peso no recayera sobre Allison.

La grada estaba más llena de lo normal, la conferencia de ese día había suscitado un gran interés, como todo lo que hacía Aidan Simpson. La mitad de los doctores de Londres lo admiraban por sus labores de investigación y su osadía, y la otra mitad lo despreciaban por las mismas causas, aunque estos últimos, en el fondo, envidiaban su valentía. No se podía negar que a muchos no les gustaban los cambios, y mucho menos que les dijeran lo que tenían que hacer, pero el progreso estaba ahí, a la vuelta de la esquina, y solo había dos opciones: unirse a él o dejar que te pasara por encima. Sobre la mesa central, en la que algunas veces se habían diseccionado cadáveres y otras se habían expuesto muestras medicinales, habían colocado varias prótesis y aparatos ortopédicos que todos estaban deseando tocar. Morgan, su socio y ayudante en todo aquel proyecto, se había encargado de fabricar la mayoría de ellos y ahora miraba hacia los presentes como si fuera un conejillo asustado. Le faltaba el carácter férreo de Simpson y no llevaba demasiado bien las críticas.

—¿Estás insinuando que no somos lo bastante higiénicos, Simpson? —vociferó un hombre mayor desde las primeras filas.

—No, doctor Neil. Sugiero establecer un protocolo común para que en los casos de urgencia, especialmente, todo se cumpla a rajatabla. Si seguimos un orden y usamos los mismos criterios será más fácil detectar y prevenir los errores que nosotros mismos cometemos.

Los presentes elevaron la voz, y Aidan se sintió como si aquello

fuera un circo romano y él estuviera a punto de ser sacrificado.

—A mí lo que me preocupa no es eso. Creo que no se puede jugar a ser Dios, Simpson. Tú deberías saberlo —gritó otro desde más atrás, y se sentó inmediatamente para ocultarse detrás de sus compañeros antes de ser identificado.

Aidan les dedicó una afilada mirada a todos y el murmullo bajó varios grados, hasta que otro médico se atrevió a hablar.

—Reconoce que es muy arriesgado. Estás proponiendo abrir a una persona sana, hurgar en sus huesos y volver a romperlos para colocarlos a tu antojo. El dolor es inhumano, el riesgo de infecciones es altísimo, y ni siquiera sabrás a lo que vas a enfrentarte antes de abrir la herida, cuando el daño ya sea irreversible.

—Su pensamiento es erróneo, doctor Forbes. No se trata de una persona sana. El tratamiento solo se valoraría en personas que sufren dolores insoportables o deformidades que no les permiten vivir de manera óptima. Se ha hecho en casos de polio y algunos pacientes...

—Algunos pacientes... —repitió alguien con sorna.

—Por supuesto que primero se trataría de solucionar el problema con otros medios, por ejemplo, con las prótesis —se atrevió a intervenir al fin Morgan.

Aidan se dirigió hacia la mesa para beber un poco de agua, aunque hubiera preferido tomar algo mucho más fuerte que templara los nervios. Rebuscó entre sus notas y entonces un sobre blanco cayó al suelo. Miró de soslayo a Morgan pensando que podría ser suyo, pero él no tocaba jamás sus trabajos, nadie lo hacía. Recogió el sobre y lo observó unos instantes preguntándose de dónde había salido y por qué razón no lo había visto antes. La jauría seguía entretenida con varias de las botas y brazos ortopédicos que Morgan les había acercado para que los observaran, y él aprovechó para abrir la misiva. Cuando vio la letra claramente femenina y el encabezamiento, su corazón dio un vuelco, y recordó haber despertado aquella mañana en la casa de invitados y haber observado en silencio a Allison registrando entre sus papeles.

«Querido Charles...». El comienzo le rompió el alma y estuvo a punto de romperla y olvidarse de ella. Acababan de hacer el amor y la mujer de la que había creído enamorarse había aprovechado el primer descuido para escribirle a su novio muerto. La curiosidad le ganó la

batalla y continuó leyendo con el corazón latiendo con tanta fuerza que no le permitía oír la algarabía del público que allí se congregaba y que en esos momentos acribillaba a Morgan a preguntas.

«Es muy difícil asumir que estoy empezando a amar a otro hombre con la misma intensidad que a ti. Siento que te estoy traicionando por ello, pero mi corazón ha vuelto a latir. ¿Cómo prohibirme ese sentimiento que me hace sentir viva?... Querido Charles, creo que el momento ha llegado. Estoy lista para dejarte volar y honrarte siendo valiente. Amar es de valientes».

Allison tenía razón, amar era de valientes. Y él no lo había sido. Todos pensaban que era ella la que necesitaba ayuda y, sin embargo, había demostrado ser la más fuerte, la que tenía más coraje. Había sido Aidan quien había aprendido una lección a su lado, quien había empezado a curar las cicatrices de su alma. Enamorarse de ella lo había salvado.

—Eh, Simpson. Todo esto está muy bien —lo interpeló uno de los médicos más jóvenes, que se había dejado un enorme mostacho para aparentar más edad y con ello más prestigio, según él—, pero ¿dónde están los hechos? Sabemos que has estado tratando a la hija de los Craven. ¿Vas a operarla?

Los murmullos y algunos comentarios soeces recorrieron una parte de la grada, en la que estaban situados los médicos más jóvenes y algunos estudiantes, y Aidan apretó la mandíbula deseando plantarles cara a todos y cada uno de ellos.

—Seguro que al estar bajo sus faldas se ha olvidado de todo lo demás. Dicen que es muy bella... —Se oyó decir a una voz que Aidan no reconoció, por suerte para él.

—Apuesto a que sí, yo me perdería bajo su vestido con gusto. ¿Sabéis si ha encontrado un nuevo médico?

—Ya basta, señores. Estamos en una conferencia seria, no en el patio de un colegio mayor. —Aidan apretó los puños a los costados y su voz sonó tan atronadora como la de un sacerdote en una catedral.

Pero no fue hasta que oyó una dulce y familiar voz justo a su espalda que se dio cuenta de que el silencio sepulcral que se había instalado no se debía a su autoridad, sino a la desacostumbrada presencia de una mujer allí. Esa mujer era Allison.

Avanzó con paso elegante a pesar de sus bastones hasta colocarse

en el centro de la estancia, enfundada en un vestido blanco con ramilletes bordados de color negro que le conferían el aspecto de una diosa, y le dedicó una mirada cómplice que le recorrió toda la piel. Caminó un par de pasos hacia ella, pero se dio cuenta de que no lo necesitaba, se había hecho con la atención de todos con solo decir «buenos días». Aidan miró hacia la puerta y vio a Leonard Craven retorciendo el sombrero entre las manos. Este se limitó a hacer una pequeña reverencia con la cabeza, que Aidan interpretó como un signo de aprobación; apoyaba a su hermana en esto y eso era mucho más de lo que había esperado conseguir.

—Señores, como bien ha explicado el doctor Simpson, sus métodos son efectivos y yo soy la prueba de ello. Entiendo que cuestionen su eficacia y por eso estoy aquí.

Allison se acercó a una silla próxima y colocó el pie izquierdo sobre ella. Aidan se acercó con rapidez y cogió su mano intuyendo lo que estaba a punto de hacer.

—Allison, no lo hagas. No tienes que exponerte por mí.

Ella lo miró y vio tanta determinación en sus hermosos ojos azules que tuvo que soltar su mano. Allison Craven iba a hacer lo que quería hacer, y no le importaba ni un ápice lo que pensaran los demás.

—Este es el trabajo del doctor Simpson —anunció levantándose la falda hasta la rodilla y mostrando la bota ortopédica que resaltaba sobre su media blanca—. Hace unos meses apenas podía mantenerme de pie o andar varios pasos sin tener que detenerme, ya han visto que ahora eso ha cambiado.

El murmullo bajo recorrió a los presentes como una marea. Todos estaban ansiosos por ver la pierna de Allison más de cerca, la mayoría había escuchado hablar de su accidente, chismorrear sobre las desgracias de la gente de la alta sociedad era un pasatiempo apreciado por todos.

—Están pidiendo pruebas como si no se tratase más que de un charlatán que quiere venderles un crecepelo mágico. Bien, pues las tendrán. Yo seré su prueba. He decidido que voy a operarme, confío en él y sé que hará un trabajo excelente. Si alguno de ustedes quiere ver las heridas y valorarlas junto con el doctor Simpson, no tengo inconveniente en que lo hagan en privado.

—Y un cuerno —susurró Simpson junto a ella—. No te imaginas

cuánto te agradezco esto, nadie había apostado de esa forma por mí. No creo que haya mayor prueba de confianza que esta, pero no voy a permitir que esos idiotas te manoseen como si fueras un conejillo de Indias para saciar su curiosidad. Si no quieren creer en mi trabajo que no lo hagan. Si tú confías en mí tengo más que suficiente.

Allison lo miró y no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Esos idiotas son tus colegas. Se supone que son médicos respetados.

—Eso es mucho suponer —dijo con una sonrisa mientras la cogía en brazos para dirigirse con ella a la salida, lo que provocó que el murmullo de las conversaciones se elevara considerablemente—. Lo que es algo probado que no da lugar a suposiciones es que tú eres la mujer a la que quiero, y estoy deseando llevarte a algún lugar mucho más privado que este —admitió dándole un rápido beso en los labios que a los dos les supo a poco y que fue acompañado por un coro de silbidos y vítores.

—¡Yo recogeré esto! —gritó Morgan, aunque por la expresión de su amigo y socio supo que le daba exactamente igual lo que ocurriera en ese momento.

Cuando estuvieron en la puerta, Leonard miró a su hermana con expresión divertida.

—Ha sido memorable, hermana. Digno de una Craven, de la rama de los Craven que hace cosas escandalosas, quiero decir —bromeó Leo recordando cómo no hacía demasiado tiempo, él mismo había irrumpido en una conferencia vociferando como un loco porque a su mujer no la dejaban matricularse en la universidad y había llamado «carcamales» a los médicos más prestigiosos de Londres—. Estoy orgulloso de ti —susurró, esta vez con tono serio, mientras se calaba el sombrero—. Cuídala, Simpson. O la próxima vez seré yo quien te rompa la nariz a ti.

Aidan no necesitaba que nadie le dijera que cuidara de ella, solo había una cosa que deseara más que eso. Amarla. Ignorando a todos con los que se encontraba, cruzó pasillos y salas vacías hasta que llegó a su despacho. Su compañero levantó la vista para mirarlos por encima de sus gafas y abrió la boca con sorpresa al ver a Simpson con una sonrisa de oreja a oreja, algo inusual en él, y una mujer en sus brazos, algo todavía más inesperado.

—Verás, Roger. Necesito el despacho con urgencia.

—Pero... tengo que preparar mis clases y...

—Y yo tengo que hacer una petición de matrimonio, entenderás que hay prioridades —dijo Simpson con una sonrisa mientras depositaba a Allison sobre su mesa.

Roger meneó la cabeza y cogió los papeles en los que estaba trabajando.

—Muchacho, creo que hay sitios más románticos que un despacho mal iluminado.

—A mí me parece perfecto —apuntó Allison con una sonrisa.

—Pues entonces mi más sincera enhorabuena.

Roger se marchó con una sonrisa y Aidan cerró la puerta con llave en cuanto salió.

—Así que una petición de matrimonio —repitió Allison entrecerrando los ojos.

Aidan se acercó a la mesa y se situó entre sus piernas. Acunó sus mejillas entre las manos y la besó con tanta ternura que ella sintió ganas de llorar, pero esta vez de felicidad.

—Tu hermano Nathan es un hueso duro de roer, casi más que Leonard, pero me dijo que...

—Espera... ¿Has hablado con Nathan?

—Sí, fui hace un par de días, le dije que quería pedir tu mano y... ¿No te lo ha dicho? Pensé que por eso habías venido.

—No hemos pasado por la mansión. Hemos venido directamente aquí. Necesitaba verte, y cuando escuché que te ponían en duda tuve que plantarles cara. Como haría una Craven. ¿En serio ibas a pedir mi mano?

Él soltó una carcajada y volvió a besarla para demostrarle lo serio que era.

—Solo quería decirte que te amaba y que te entendía. Por eso vine, Aidan. Quería decirte que la maldita culpa que nos ha asfixiado durante tanto tiempo se puede vencer. Solo hay que ser valientes.

—Amar es de valientes —susurró él.

Ella entrecerró los ojos al reconocer la frase que le había escrito a Charles.

—He encontrado tu carta esta mañana. —Aidan sacó del bolsillo de su pantalón el papel mal doblado que había guardado cuando la

vio entrar, y se lo tendió—. Quizá no debería haberla leído. Pero solo puedo decir que Charles fue muy afortunado por llegar a conocerte. Y tú eres muy valiente, Allison. Fui un iluso al pensar que yo podía ayudarte a salir de tu aislamiento. Has sido tú la que me has salvado de un encierro que yo mismo ignoraba. He sepultado mi dolor bajo toneladas de piedras durante mucho tiempo, fingiendo que no existía, hasta que me hiciste entender que esa no era la solución. Tú me has curado a mí.

—Quizá no era el momento de ser valientes. El momento es ahora, Aidan.

—Estoy seguro de que lo es.

Allison entrelazó los dedos en su pelo oscuro para atraerlo y besar sus labios. Liberados de miedos y dolor, la pasión fluía por ellos de manera inevitable. El peso que había aprisionado sus corazones se había esfumado, y la emoción compartida los hacía sentir todo de una manera más vívida. Cada beso y cada caricia eran intensos y diferentes a nada que hubieran sentido antes, ni mejor ni peor, únicos; y sin darse apenas cuenta, sus ropas comenzaron a caer esparcidas por el suelo del despacho.

—Espero que esto sea un «sí» —susurró él mientras mordisqueaba su cuello haciéndola enloquecer, y ella rio enredada entre sus brazos.

Había pasado años sin reír y ahora, con Aidan a su lado, la risa escapaba de sus labios por voluntad propia dándole voz a esa felicidad que no podía contener.

—Sí. Siempre sí, Aidan. Siempre.

Él la observó unos segundos, perdido en su mirada fuerte y tierna a la vez, con la emoción palpitando en sus venas de una manera abrumadora, y la besó hasta que perdieron la noción del tiempo. Le hizo el amor sobre la mesa sin dejar de mirarla a los ojos, memorizando cada roce, cada dulce latido, cada «te quiero» susurrado contra la piel. La felicidad, después de todo, era posible, solo hacía falta ser valiente.

Epílogo

Allison coronó la colina y se detuvo a observar los campos verdes y amarillos que se extendían a sus pies hasta Snowfields, con sus casas blancas con techos de paja. Acarició el cuello de Nube de tormenta y decidió darle un tiempo para recomponerse antes de emprender el camino de vuelta, aunque el animal no parecía acusar el cansancio. Muy al contrario, cuanta más actividad tenía respondía mejor. Igual que ella.

Un agudo silbido le indicó que no estaba sola, y al girarse vio a su esposo que cabalgaba hacia ella a lomos de Perla.

—¿Todo bien? —preguntó al notar que se había detenido.

—Todo perfecto. Es solo que no quiero forzar demasiado a Nube. Y me gustan estas vistas.

—Las vistas son lo mejor, sin duda —dijo con picardía al ver que ella se había desabrochado varios botones de la chaquetilla de montar, aprovechando que no la veía nadie, y una buena porción de su escote quedaba expuesta.

—Hace mucho calor —se excusó acercando su caballo e inclinándose para besarlo.

—Tienes razón, ¿qué te parece si vamos al lago y nos damos un baño?

—Aidan, la finca está llena de gente, y sabes perfectamente lo que

pasa cuando vamos al lago.

—Hablaba de un baño inocente.

Ella no le creyó, podía ver en sus ojos el brillo inconfundible del deseo, el mismo que probablemente iluminaba los suyos en ese momento.

—Quizá esta noche.

—No creas que me voy a olvidar.

Ella rio y azuzó al caballo para emprender, con una emoción indescriptible, el camino de vuelta a la mansión.

Hacía casi dos años que se habían casado en una ceremonia sencilla y emotiva, pero parecía que no se saciarían nunca el uno del otro. Después de la boda, y con la ayuda de uno de los mejores médicos de toda Europa, Aidan había operado el tobillo de Allison. Tal y como había pensado, el hueso estaba tan mal colocado que se clavaba en la carne y la soldadura era tan débil que era un verdadero milagro que Allison hubiese podido mantenerse en pie todos esos años. No se molestó en comunicar a sus colegas de profesión que la operación había sido un éxito, eso no le importaba lo más mínimo. Lo único que lo movía por dentro era ver que su esposa mejoraba un poco más cada día. Allison había llegado a abandonar uno de sus bastones, y aunque sabían que la cojera y las molestias no desaparecerían del todo, la mejoría era tan asombrosa que incluso había empezado a montar casi a diario.

Aidan seguía dando clases en la universidad, y habían adquirido una casa en las afueras de Londres, que, si bien era modesta, contaba con un jardín enorme. Siempre que podían se trasladaban al campo, e incluso Leonard y Aidan habían empezado a caerse bien, aunque morirían antes de admitirlo.

En esta ocasión se habían reunido para celebrar el segundo cumpleaños de Charles y las buenas calificaciones de Casandra, que por fin había sido admitida en la universidad. Cuando llegaron a la mansión, tras dejar los caballos en el establo, se encontraron con una algarabía tal que Allison se pegó a la pared del pasillo por miedo a ser arrollada por los tres sobrinos de Aidan, que escapaban de algún monstruo imaginario, con su madre a la zaga intentando poner orden.

—¿Estás seguro de que quieres empezar a buscar el bebé?

—Estoy deseando; de hecho, no veo el momento de empezar —

bromeó. Habían postergado la posibilidad de ser padres hasta que Allison estuviese bien, y ese momento había llegado.

Toda la familia se había reunido, incluyendo a Nathan y Mónica, que habían tenido su primer hijo a principios de ese mismo año, y que venían acompañados de Eric, el hermano de su cuñada. Su madre también había acudido a la cita, aunque pasaba más tiempo visitando a sus amigas que disfrutando de sus nietos, tantos llantos infantiles le causaban jaqueca, pero sus hijos habían aprendido a no tenérselo en cuenta. Incluso la tía Meredith se había animado a asistir.

—Menos mal que habéis llegado, vamos a cortar la tarta antes de que tu madre vuelva a huir despavorida —bromeó Casandra al pasar por su lado.

—¿Estás segura de que no quieres repensar el asunto del lago? —susurró Aidan al oído de su mujer al escuchar el alboroto que llegaba desde el comedor.

Ella rio y le dio un rápido beso en los labios antes de colgarse de su brazo para dirigirse hacia allí. Cuando llegaron a la puerta, Allison observó con emoción la mesa exquisitamente adornada con flores de todos los colores y alegres guirnaldas. Los niños se sentaron ansiosos por recibir un trozo de pastel, y por qué no decirlo, los mayores también. Leonard cogió a su hijo en brazos para que pudiera rebañar un poco de merengue de la tarta con sus dedos regordetes, ante la cara de espanto de Casandra, que no quería que el maravilloso pastel se estropeara antes de cortarlo. Todos rieron al ver al pequeño Charles relamerse los dedos, entusiasmado con el dulce, y Allison no pudo evitar sentir un pellizco de emoción.

Tomó asiento cerca de la ventana y colocó una mano sobre el mantel, impaciente como una niña pequeña por recibir su porción de tarta. El sol que entraba por la ventana incidía directamente sobre ella, y al desviar la vista vio que un pequeño arcoíris se había formado sobre el lino, tan cerca que habría jurado que podía desdibujarlo con los dedos. Sonrió y quiso pensar que no estaban solos. Charles los acompañaba en aquella casa en la que ya no había silencios. Las sombras que habían habitado Richter Manor habían sido sustituidas por risas, voces de bebés y carreras alocadas por los pasillos, y era simplemente maravilloso. Aidan pareció leer sus pensamientos y acarició su cara con dulzura. Él también había cambiado.

Ambos eran la prueba de que la vida podía golpear muy fuerte, pero también de que a veces daba una segunda oportunidad. Y ellos habían sido lo bastante valientes para no dejarla escapar.

Fin

Si te ha gustado

Cada vez que te tengo

puedes disfrutar de estas

A un beso
del pasado
ANA F. MALORY
Selecta

Nieves
Hidalgo
Apuesta un beso,
si te atreves
Selecta

HOLLIE DESCHANEL
A UN DUQUE libertino NO SE LE PUEDE redimir
LOS BIRDWHISTLE 1
Selecta

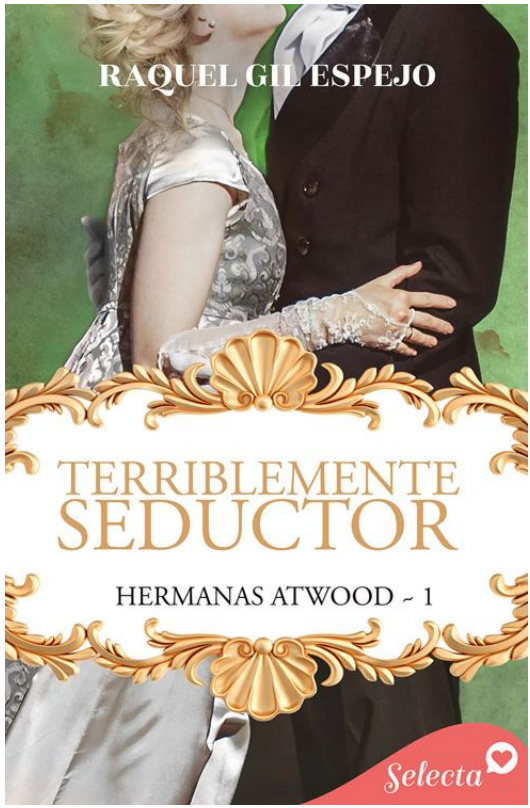
DESPRESTIGIADAS I
La deseable viuda
del duque de Norfolk
MAR POLDARK
Selecta

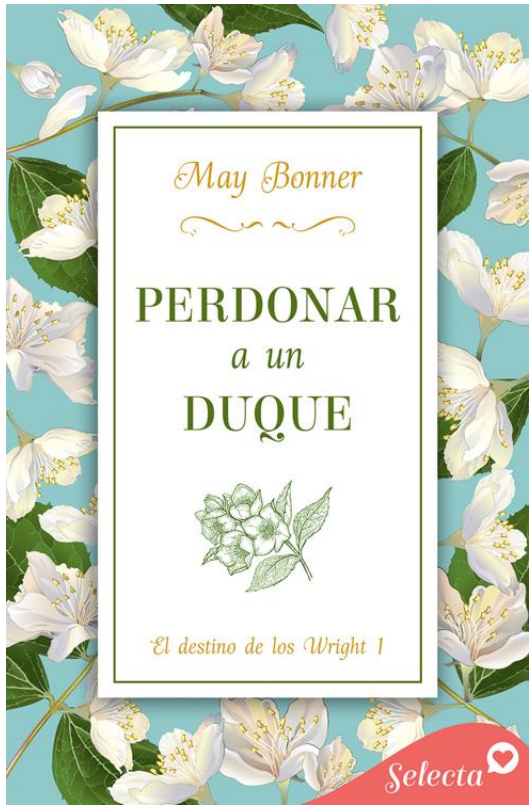
Cuando el amor DESPIERTA

RUTH M. LERGA

Un baile en Almack's 1

Selecta


RAQUEL GIL ESPEJO
TERRIBLEMENTE
SEDUCTOR
HERMANAS ATWOOD ~ 1
Selecta


May Bonner
PERDONAR
a un
DUQUE
El destino de los Wright 1
Selecta

¿Es posible darle una segunda oportunidad al amor? ¿Se puede construir algo hermoso cuando todo lo que hay dentro de ti, todo lo que eres, está destrozado?

Allison Craven descubrió siendo muy joven ese tipo de amor que lo desborda todo, que te vuelve la vida del revés, que te provoca ganas de reír, de gritar y de hacer locuras. Pero también descubrió que el amor puede doler y destrozarte por dentro. Tras la muerte del hombre que amaba, Allison decidió que no merecía la pena seguir viviendo e intentó cometer una locura, lo cual le dejó graves secuelas que le impiden llevar una vida normal. Pero lo más difícil de superar es ese vacío que le aprieta el pecho cada vez que recuerda lo que ha perdido, ese futuro que se ha quedado en un sueño imposible de cumplir. Poco a poco y con la ayuda de su familia empieza a recuperar las ganas de vivir, y para ello necesita mejorar también su salud. Un prestigioso doctor londinense se presta a ayudarla y se traslada a la casa de campo de los Craven unos meses para comenzar su tratamiento.

Aidan Simpson siempre había sido un hombre seguro de sí mismo y de sus cualidades como médico, hasta que algo sale mal y le hace replantearse su vocación. Necesitado de un cambio de aires que le ayude a aclarar sus ideas, acepta convertirse en el médico personal de

Allison Craven, volcándose por completo en sanar su cuerpo, y con un poco de suerte, aliviar también las sombras que empañan su estado de ánimo con demasiada frecuencia.

Poco a poco la complicidad y el deseo empiezan a crecer entre ellos y Aidan se da cuenta de que lo que verdaderamente ansía es sanar las heridas que se aferran al corazón de Allison, que aunque invisibles, resultan mucho más dolorosas. Y de paso, quién sabe, también curar el suyo propio.

Noa Alférez es una almeriense enamorada de su tierra y de la vida sencilla. Siempre le ha gustado la pintura, las manualidades, el cine, leer… y un poco todo lo que sea crear e imaginar.

Nunca se había atrevido a escribir aunque los personajes y las historias siempre habían rondado por su cabeza. Tiene el firme convencimiento de que todas las situaciones de la vida, incluso las que a priori parecen no ser las mejores, te conducen a nuevos caminos y nuevas oportunidades. Y sobre todo la creencia de que nunca es tarde para perseguir los sueños.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2023
© 2023, Noa Alférez
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-19687-31-9
Conversión digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks Facebook: SomosSelecta Twitter: penguinlibros Instagram: somosselecta Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cada vez que te tengo

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Noa Alférez
Créditos